

PASTOR MUÑOZ
ENCUADERNADOR
Pinar de Santa María
JAÉN

82
LAM
cur

Sala

Est

H. de G.

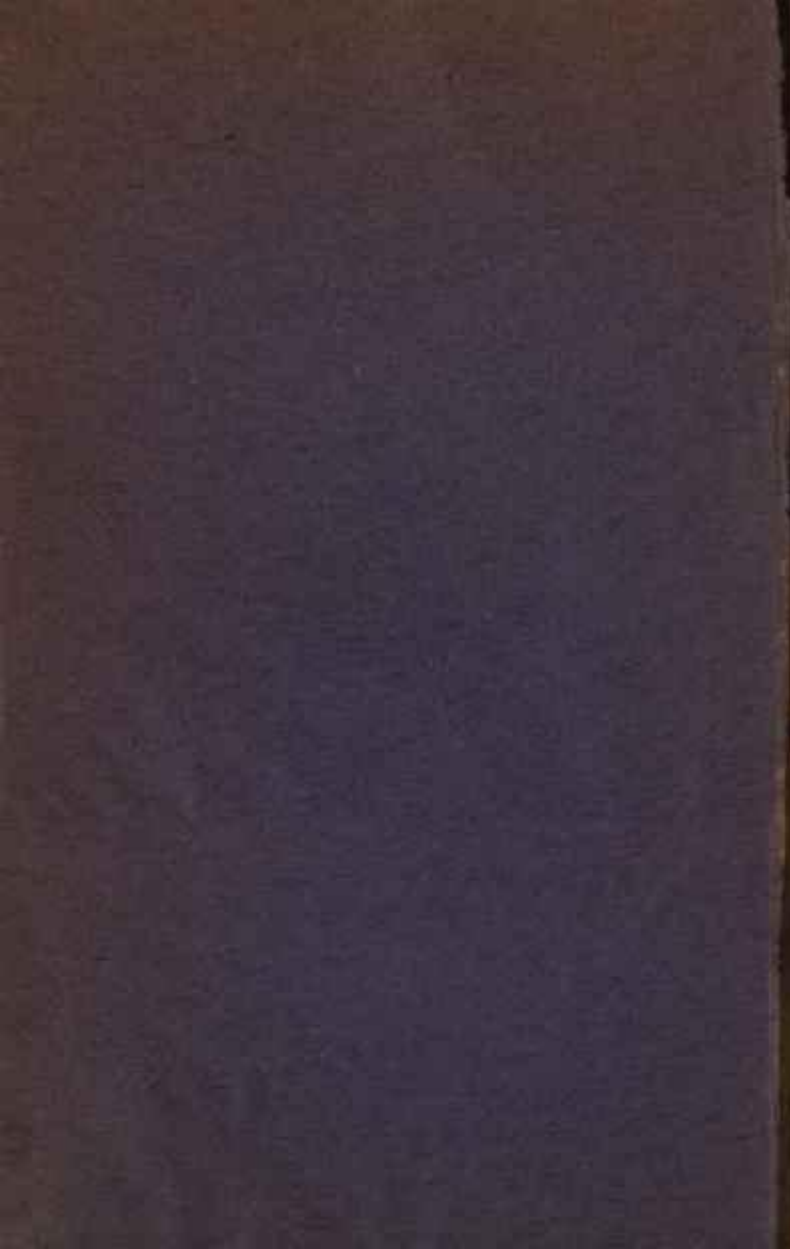
582
LAM
cur



BIBLIOTECA PUBLICA DE JAEN

Devuelva este libro antes de los 15 días
concedidos para su lectura en préstamo.

CUÍDELO, FORRELO, NO LO MANCHE,
NO RAYE SUS PAGINAS.



5

CURSOS

FAMILIARES DE LINGUAGEM

1912

658
BIBLIOTECA ECONÓMICA DE ANDALUCÍA.

LAMARTINE.

CURSOS
FAMILIARES DE LITERATURA.

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO IV.

E. P. C.

EDUARDO PERIÉ.

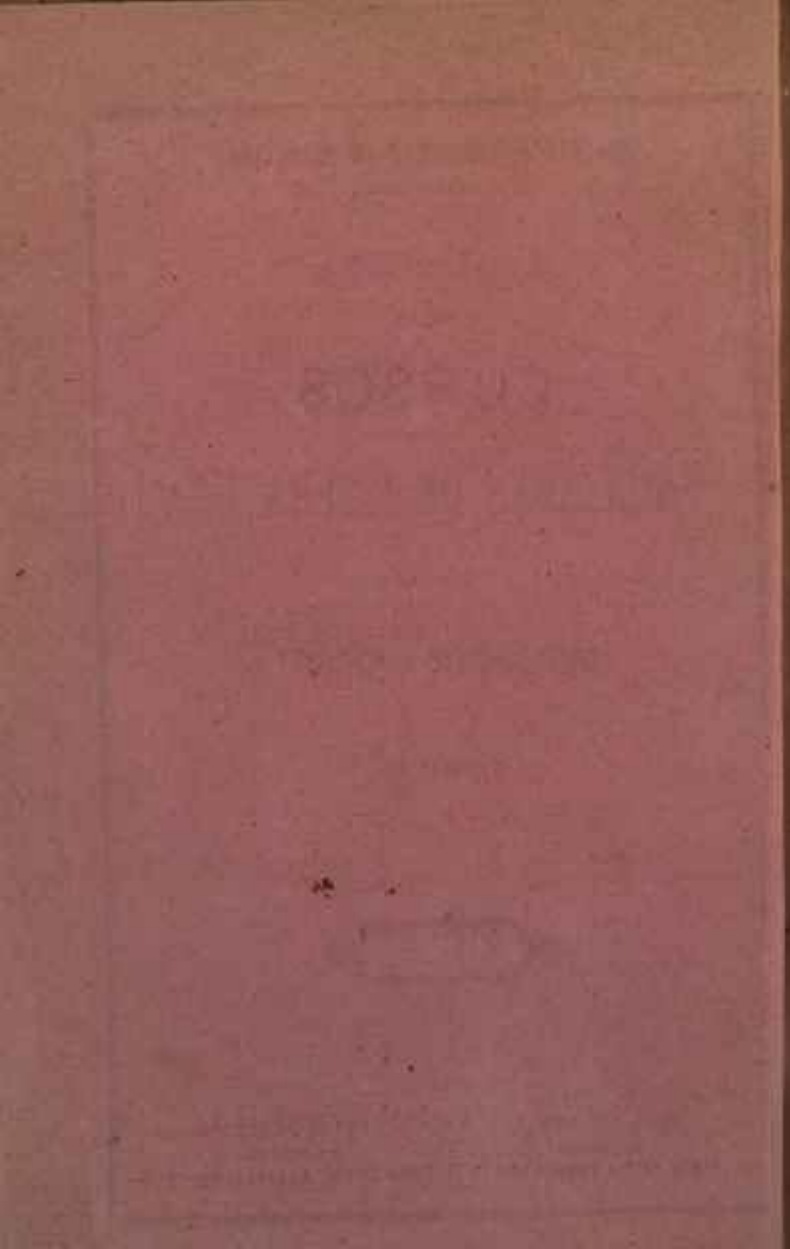
SEVILLA.

Plaza de los Venerables 5.

FÉLIX PERIÉ.

MADRID.

Calle de San Andrés 1, dup. 3.



CURSOS FAMILIARES
DE LITERATURA.



SEVILLA.—Oficina tipográfica de esta BIBLIOTECA, Churrua 1.

B-2426

LAMARTINE.

CURSOS

FAMILIARES DE LITERATURA.

TRABUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO IV.



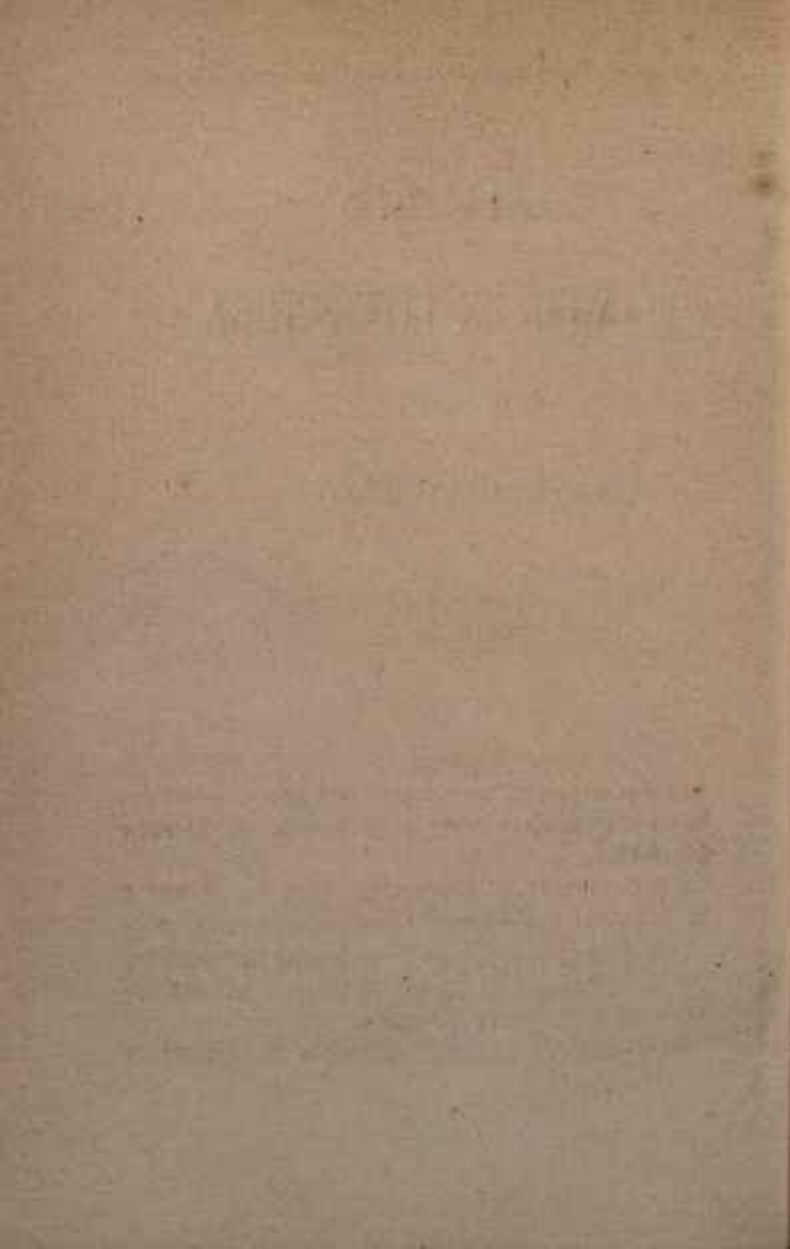
Reg.² 11.833

SEVILLA.

E. PERIÉ Y COMPAÑÍA, EDITORES.

PLAZA DE LOS VENERABLES 5.

1872.



XVIII CONFERENCIA

EPOPEYA

HOMERO.—LA ODISEA.

I.

La *Iliada* es el poema de la vida pública; la *Odisea*, cuyas páginas pongo en este momento delante de vuestros ojos, es el poema de la vida doméstica.

Hay la misma diferencia entre la *Iliada* y la *Odisea*, que entre un campo de batalla y el consejo de los príncipes ó el hogar doméstico.

La *Iliada* celebra el heroísmo; la *Odisea* describe el corazón humano.

La primera de estas epopeyas es el libro de

los héroes, la segunda es el de los hombres.

Homero es acaso más sublime en la *Iliada*, pero de seguro es más interesante en la *Odisea*; los acentos de la gloria son más brillantes y conmovedores, los de la naturaleza son más íntimos y más patéticos. En cada uno de estos poemas, ambos divinos, aunque de diferente manera, Homero es igual á sí mismo, es decir, superior á todo cuanto se ha escrito ó cantado antes que él.

Impongamos, pues, silencio á todos los rumores del dia, que se han hecho un lugar en nuestra alma y trasladémonos con la mente á la época heroica y pastoril del mundo, en una de aquellas islas del Archipiélago, verdaderos Edenes del mar, y escuchemos.

II.

Sin embargo; antes de relataros esos versos admirables que parecen haber conservado en su armonía y en su color las sonoras ondulaciones de las olas lamiendo los costados del buque, el ritmo de los remos que azotan las rizadas ondas, el susurro de la brisa en los cipreses, el mujido de los rebaños en los montes de la Jónia ó de la Albania, el reflejo de las hogueras de los pastores en las ensenadas de la costa, permitidme hacer una observacion que se refiere al exámen del

corazon humano mas bien que á la retórica.

Esto es, que para comprender bien á Homero en la *Odisea* es preciso haber vivido en las condiciones de la existencia rural, patriarcal ó marítima análoga á aquellas en que el poeta de la naturaleza ha encontrado los paisajes, las costumbres, las aventuras y los sentimientos que describe. El cuadro no puede satisfacernos completamente sino en cuanto nos sea conocido el modelo.

El hombre que, ya sea por la mucha elevacion de su cuna, ó por los pocos favores de la fortuna haya nacido en una ciudad ó haya sido educado léjos de las escenas primitivas, sencillas, agrícolas, campestres ó marítimas de la naturaleza, no comprenderá jamás la *Odisea*.

El hijo de un príncipe que tuvo por cuna el palacio de una gran capital, y el hijo del mercenario que nació como la *parietaria* de los muros y que solo ha visto el sol entre las paredes de la villa ó entre los tabiques del taller donde el trabajo le mantiene y le consume, no deben abrir siquiera los poemas de Homero; la epopeya del mar, de las montañas, de los pastores, de los labradores y de los marineros, no se ha escrito para ellos.

Esta es una de tantas privaciones intelectuales, una de tantas injusticias de la suerte por las que debemos compadecerlos, ya sean grandes ó pequeños, ya sean príncipes del pueblo ó cardadores de lana en una ciudad. Están

privados de gozar del inefable encanto que el mundo campestre ejerce en los ojos, en el oído, en la imaginación y en el alma.

Que asistan á los dramas más ó menos ampullosos de los grandes ó de los pequeños poetas de nuestra escena; que aplaudan las feroces ambiciones de los héroes de la corte ó de las calles; que saboreen á su satisfacción las pinturas del corazón humano expuestas ante sus ojos por medio de imágenes, horribles, admirables ó ridículas, por el pincel de los Esquilo, Corneille, Racine, Shakpeare, Aristófanes, Terencio ó Moliere, sublimes coristas de los hombres reunidos, este es su lote; pero en cuanto á Homero, y sobre todo al Homero de la *Odisea*, este no se ha hecho para ellos y deben renunciar á comprenderlo.

No han respirado al nacer el alma de los campos, de las montañas, de los cielos y del mar que brota de la naturaleza en la aurora de la vida y que hace admirar ó adorar al menos los cantos de los poetas épicos.

En cuanto á mí y al mayor número de entre vosotros, hemos sido más favorecidos por el cielo; hemos nacido y nos hemos criado lejos de la sombra triste de las ciudades, á la benéfica sombra del vergel de nuestra rústica cabaña; sobre la vertiente de una colina cultivada, al abrigo de una imponente roca, á la orilla del mar donde el canto de los pescadores y de los pastores nos han mecido cerca de la playa, dormi-

dos en el regazo de nuestra madre ó de nuestra *Euriclea* (sirvienta anciana de Telémaco, en casa de Penelope, en Itaca.)

Así es que podemos leer y releer la *Odisea* con una inteligencia y una delectacion tan completa, como si las imágenes y los recuerdos del poeta fueran nuestras imágenes de la primera infancia y nuestros recuerdos de la cuna.

En efecto; existe una estraordinaria semejanza de familia entre los sitios y las costumbres descritas en el poema de Homero, y los sitios y las costumbres de las provincias más apartadas del mediodia de Francia. Allí, eso que impropiaamente se llama civilizacion, es decir, el lujo, el proletariado, la miseria y el embrutecimiento del obrero sin hogar, sin familia, sin cielo, sin aire y sin luz, no ha penetrado todavía. Sobre todo, en la época en que nací, los vestigios y las tradiciones del régimen feudal voluntario, vestigios todavía no borrados entre el castillo y la cabaña, conservaban mucho de las costumbres y de los hábitos de aquella feudalidad rural primitiva que existía en tiempo de Homero, en Itaca, y sobre el continente griego bañado por el mar Adriático.

Los gefes hereditarios de tribus ó de familias agrupadas que se llaman *reyes* en tiempo de Ulises, tomaban el nombre de *señores* en nuestros dias. Estos padres de familia mas bien que soberanos, eran pueblo tambien por más que fuesen los primeros del pueblo. Distingúfanse

de los otros habitantes solo porque poseian una casa más espaciosa, rebaños más numerosos, tierras más fértiles y mayor número de sirvientes á sus inmediatas órdenes. Con la misma mano manejaban las armas y el arado. Ejercian cierta justicia sumaria en sus dominios, y daban hospitalidad sin fausto, pero liberalmente.

Sus castillos, en general desmantelados desde el tiempo de las guerras de religion, desde la nivelacion real decretada por el cardenal Richelieu, y desde la igualdad democrática llevada á cabo por la Convencion nacional, no conservaban otra señal de superioridad y de nobleza, que algunas torrecillas sin almenas. Sin embargo, en aquellas ruinas radicaba su majestad.

Los campesinos, emancipados de toda feudalidad opresiva por las leyes, no les pagaban ya tributos ni censos, pero les pagaban siempre espontáneamente el respeto, el amor y la deferencia. Estos lazos tanto más fuertes cuanto que eran voluntarios, unian la cabaña al castillo. En este y en aquella se hacia la misma vida, con la diferencia que en el castillo era un poco más desahogada y en la cabaña un poco más mercenaria.

Estos hijosdalgo, militares y labradores al mismo tiempo, hubieran sido reyes en la lengua de la *Biblia* ó en la de Homero; pero en Francia solo eran ciudadanos iguales en un todo al pueblo de los campos; mas eran reyes recién destronados. Reinaban todavía cuando se

hacian dignos de ser amados por los recuerdos, por las antiguas afecciones del país, y por la deferencia voluntaria, sobre las poblaciones emancipadas.

En esta clase homérica y bíblica es en la que he nacido. No me envanezco de ello, considerando que la cuna es un juego de lotería para los que venimos al mundo; pero tampoco me creo humillado, visto que la primera dicha de la vida es el encontrarse al nacer un destino que nos concede un buen asiento en el banquete de la vida y un buen lugar en el corazón de nuestros contemporáneos.

«Felices, dice Homero, aquellos que nacen de raza libre.»

La raza libre, antes de los tiempos mejores en que todos los hombres fueron libres, éramos nosotros.

III.

La condicion social en la cual por casualidad nací, el país agrícola y pastoril que habitábamos, la casa, los vergeles, los campos, las relaciones altaneras, pero afables que unian á los campesinos con el castillo y al castillo con la cabaña; los numerosos criados jóvenes ó viejos unidos hereditariamente á la familia por honor y por afeccion mas bien que por el mezquino

salario; mi padre, mi madre, mis hermanas, las ocupaciones pastoriles, rurales, domésticas del campo ó de la casa, todos esos hábitos en medio de los cuales yo creía eran tan semejantes á las costumbres de los hombres de la *Odisea*, que nuestra existencia toda entera no era en realidad más que un verso ó un canto de Homero.

Voy á domostrarlo en el siguiente bosquejo del castillo, de la granja y de sus habitantes.

IV.

Una de las grandes reformas llevadas á cabo por la revolucion francesa fué la supresion de las sustituciones y de los mayorazgos, que perpetuaban, algunas veces útilmente para las familias y otras inúcuamente para los hijos, la trasmision de los bienes de padres en hijos. Mi abuelo cargado de años, poseía vastos territorios en la Borgoña y en el Franco-Condado. Acababa de salir de los calabozos del Terror; y descansaba en ese dichoso estado de la vida, que se llama una hermosa vejez, antes de morir. Una vez bajado al sepulcro aquella vasta herencia se dividió entre sus seis hijos, tres varones y tres hembras.

Entre esta numerosa familia, solo mi padre aunque el más jóven, se habia casado. Cada uno de estos hijos heredó por su parte un castillo y sus

tierras, situado en una de las dos provincias donde nuestros bienes paternos y maternos estaban situados. Déjase adivinar fácilmente, que esceptuando la finca principal, próxima á la ciudad y habitada por mi abuelo, la mayor parte de las tierras arrendadas ó administradas por intendentes, estaban muy poco cuidadas, y las casas, aunque antiguamente feudales, yacian en ese estado de abandono que precede la ruina de los edificios humanos.

Al segundo de mis tios por órden de nacimiento, le habia tocado en las particiones una posesion rica en pastos y en bosques, situada á alguna distancia de Dijon. Radicaban estas tierras en medio de un grupo ó nudo enmarañado de montañas oscuras, cuyos sombríos desfiladeros veo y reconozco todavia con la emocion de los tiernos recuerdos, cuando me dirijo por el camino de hierro á la estacion, entonces desconocida, de *Malins*. El humo que sale de las cabañas de la aldea de Ursy, y que se levanta en ligeros vapores azulados por encima de aquel mar de verdor, pasa desapercibido para los viajeros, pero á mí me conmueve hasta hacerme derramar lágrimas. Podria señalar la choza del labrador ó del leñador que lo produce, y qué madre de familia, criada ó pastora en otro tiempo del castillo, enciende la candela en el hogar para que se caliente, al regreso del trabajo, su marido ó sus hijos.

Este grupo de montañas sombrías, cuenta

muy pocos valles, y estos angostos y tortuosos. Las encinas que bordean las quebradas, entrelazan sus ramas y no dejan penetrar la luz del día en aquellas soledades. Cada una de sus estrechas gargantas deja paso á una senda cruzada de profundas rodadas, abiertas por los carros que conducen las maderas cortadas, única riqueza de la comarca, hácia la orilla izquierda del río Ouche, cuyas aguas saltan mas bien que corren desde las altas mesetas de las montañas de la Borgoña hácia el pueblo de Bossuet.

Oculto el castillo á todas las miradas por dos empinados cerros y por espesos bosques de altos fresnos, solo pueden verlo los grajos y las cornejas que anidan en las montañas que le rodean: los pastores llevan sus rebaños á pastar en los claros que dejan los bosques.

El castillo tuvo en otro tiempo torres, foso y puente levadizo; se ven todavía sus vestigios medio ocultos por modernas construcciones. Hoy en día se parece á una inmensa abadía de Italia ó de Alemania. En su fachada se cuentan quince huecos con balcones de piedra, tiene numerosas esculturas bastante bien conservadas, y termina por encima de la cornisa con una elegante balaustrada más digna de una *villa* de Roma que de un antiguo castillo borgoñon.

Las alamedas de cerezos, los bojes seculares, esos tejos del Norte, los estensos parterres, los inmensos jardines, los estanques de aguas man-sas contenidas en sus tazas de mármol ó rodea-

dos de cañas, las fuentes que desaguan por la boca de delfines de piedra cubiertos de musgo, los dilatados setos y enramadas que se prolongan en perspectiva hasta perderse en el horizonte, y, en fin, los silenciosos y apretados bosques que rodean la morada, todo daba al castillo de mi tío un carácter de melancólica grandeza y de salvaje magestad. Parecía mas bien que la casa de un hidalgo de aldea, el cláustro de los *camaldulenses* de Nápoles, ó el de *Valumbrosa* de Florencia.

Acaso el carácter claustral de esta residencia habia movido á mi tío á elegirla entre las otras fincas de aspecto menos severo que le habian correspondido en la reparticion de los bienes de la casa.

Este hermano de mi padre habia sido destinado á la Iglesia antes de la Revolucion. Habia aceptado con repugnancia este estado, movido por la esperanza mundana de alcanzar un obispado ó una abadía; y de él salió sin pesar empujado por la Revolucion. Solo la decencia del carácter sacerdotal fué lo que conservó.

A fin de eludir el contraste entre su antigua profesion y su nueva existencia de simple labrador que cultiva sus bienes patrimoniales, habíase apartado para siempre del mundo en esta opulenta tebaida. De ministro del altar sin vocacion, trocóse en patriarca por hastio del mundo. Sus tierras, sus bosques, sus criados, sus rebaños, su aspecto de serena paz, su filosofía orien-

tal y contemplativa, todo en él recordaba un Abraham sin esposa.

Solamente que su tienda era un castillo, sus palmeras eran encinas y sus camellos los más hermosos toros que se criaban en la comarca.

V.

Este tío, á quien sus votos religiosos imposibilitaban de tener una familia, amaba entrañablemente á mi padre, y nos habia adoptado por hijos. Todos los años, despues de la primavera, salíamos de nuestra campestre residencia del Maconnais, para pasar el verano y el otoño en su castillo, que yo debia heredar despues de su muerte. Nuestros padres nos hacian continuar allí los estudios y nosotros alegrábamnos con nuestros gritos y nuestro regocijo infantil la monotonía de aquella casa. En ella los seis hermanos hemos adquirido los hábitos y las pasiones de la vida del campo; esa vida que dilata el alma en oposicion á la estrecha existencia de las ciudades.

Un inmenso espacio bajo los piés, y sobre la cabeza un cielo cuyos horizontes se pierden de vista, fortifican el alma y forman el espíritu de independendencia.

Las paredes son la esclavitud, los campos la libertad.

VI.

Las costumbres, las labores, los descansos y los hábitos á la vez dignos y rurales que teníamos constantemente ante los ojos, eran los más apropiados para hacernos tomar aficion á la vida antigua y patriarcal de los hombres homéricos de la *Odisea*. El castillo era una tribu cuyo gefe griego ó jeque árabe era nuestro tío; amos y criados vivían en él casi como iguales y en esa dulce familiaridad de la tienda patriarcal; la diversidad de cuidados y de trabajos era lo que constituía las categorías. La autoridad fundada naturalmente sobre la base de la costumbre y del respeto, funcionaba desembarazadamente y no necesitaba mandar para ser obedecida. Cada uno de los numerosos sirvientes del castillo marchaba á desempeñar sus funciones, de la misma manera que los ganados cuando salen de los establos; este se acerca voluntariamente al yugo; aquel á las varas de los carros, y los demás se dirigen á los pastos. Casi todos los sirvientes habían nacido ó se habían criado en la casa.

Una jerarquía natural y ascendente, año por año, elevaba al zagal de ovejas al rango de vaquero; de vaquero pasaba á guiar las carretas de bueyes, y de aquí á conductor de los carros que todas las semanas iban al mercado á vender

los granos, cuyo importe estaban encargados de cobrar y entregar al amo. Esto mismo acontecía con los jornaleros leñadores, habitantes todos de la vecina aldea; los hombres robustos cortaban las encinas con el hacha; los muchachos escamondaban las ramas y las mujeres ataban los haces de leña. De la misma manera se hacía respecto á las mieses y á los henos; á cada uno se le señalaban trabajos proporcionados á su sexo, á su fuerza, á su aptitud y á su edad: los unos manejaban la guadaña al amanecer, los otros la hoz á la hora en que el sol lanza sus más ardientes rayos; unos atan las gavillas, otros las cargan sobre los carros; las muchachas y los rapaces espigan, y otros, en fin, se cuelgan de las estacas y de los adrales de los carros para mantenerlos en equilibrio á su paso por los malos caminos y evitar que se caigan las gavillas antes de llegar á las granjas.

VII.

A puestas de sol toda la tribu entraba cantando en los patios; hombres y mujeres se dirigen á los pilones de las fuentes para lavarse la cara y las manos, y luego á la cocina para hacer en comun la comida de la tarde.

La cocina no era menos homérica que el establo, las labores, la siega del heno y del trigo

y que la trilla en la era. Presidia la mesa el viejo José, semejante á Patroclo trinchando la carne para Aquiles. Ayudábanle cinco ó seis sirvientas, nuevas *Briseas* ó *Euricleas* de este ministro director de los festines.

Inmensos calderos colgados con cadenas de bronce á las barras dentadas, humeaban y hervían sobre la llama incesantemente alimentada del hogar. De ellas se sacaba, con casos de cobre brillantes como el oro, las raciones de legumbres y tocino que se servían á los jornaleros de la granja, en platos de estaño simétricamente colocados sobre la mesa.

Esta mesa, que era de nogal, rodeada de bancos de pino, se extendía de un extremo á otro bajo la bóveda inmensa y ahumada de la cocina. Alumbrábanla con sus fantásticos resplandores la llama del hogar y algunos candiles colgados de las paredes.

Los manijeros se sentaban en los sitios preferentes, que eran los más próximos al gran sillón de madera donde el cocinero José, semejante á un rey, presidía el banquete; despues los carreros y luego los gañanes, los pastores casi todos muchachos, salvo el mayoral, anciano respetable, pensador, decidor y filósofo, que se sentaba á la cabeza de los vaqueros, por derecho que le daban sus muchos años y su sabiduría.

Las mujeres y las muchachas, siguiendo los usos de los siglos de Homero y los del país, no se sentaban á la mesa al lado de los hombres;

comian en pié detrás de los pastores, recostadas contra los muros, agrupadas en los ángulos de la estancia ó cerca de las ventanas; para beber tenían que ir una á una á sacar el agua de un cubo colgado detrás de la puerta.

El austero silencio que reinaba durante la comida, solo se veía interrumpido de vez en cuando por un dicho agudo profundo ó malicioso del anciano mayoral, prudente como Nestor, ó por cualquiera carcajada mal contenida de las muchachas, que se volvían hácia la pared para ocultar el rostro, ó que salían corriendo al patio para reírse con entera libertad.

Terminada la comida, mi madre que no malograba ninguna ocasion de enseñar á cumplir sus deberes de cristiano á todos aquellos que estaban á su cargo ó servicio, aparecía en la puerta de la cocina acompañada de mis hermanas, y llevando un libro en la mano.

Acto continuo cesaba el ruido de los cubiertos, las risas y las conversaciones quedaban mudas. Su aspecto noble, gracioso y severo al mismo tiempo, apagaba instantáneamente el alegre rumor de la mesa. Los hombres se levantaban descubriéndose la frente, y las mujeres y los niños se agrupaban en su derredor. Mi madre hacía una breve y piadosa lectura al alcance de la inteligencia y condicion de sus oyentes; casi siempre consistía en un episodio rural ó pastoril de la *Biblia*, seguido de un corto comentario para hacer comprender á aquellas pobres jentes

la semejanza de su vida con la vida de los patriarcas queridos de Dios, y terminaba con una plegaria en accion de gracias á Dios por los beneficios que nos prodigaba.

Así es que nada faltaba á aquella existencia de familia agrícola, ni aun la elevacion del pensamiento más arriba de la tierra, ni aun ese *sursum corda* de que carece todo aquello que no enlazamos con el infinito, verdadero horizonte del alma.

VIII.

El esquileo de las ovejas, el lavado de los borregos en los estanques de agua cristalina; la última gavilla que llega á la era en la última carretada de miés alfombrada de flores silvestres de vivos colores; la última gavilla segada, cuyos granos traídos en una escudilla se esparcen bajo los piés del amo, para que este vuelva á llenar la taza con monedas que se distribuyen entre los segadores; los establos donde los toros, los bueyes y las vacas amarrados al pesebre dan testimonio con su limpieza del buen celo de los vaqueros; las cuadras de los caballos de tiro, en cuyas paredes están colgados los arreos perfectamente conservados; el lejano mugido de los bueyes repercutido de cerro en cerro al despuntar de la aurora; los gritos intermitentes de los

mozos que los guian con la ahijada; los chasquidos del látigo del carrero que vuelve de vacío de la ciudad donde ha ido á llevar sacos de trigo; el incesante arrullo de las palomas que revolotean sobre los tejados de la granja, ó que se posan en el suelo de los corrales, donde disputan á las gallinas y á los gorriones los granos de trigo; las fiestas campestres del castillo que señalan á los servidores del mismo y á los jornaleros temporeros el término de cada recoleccion; los bailes de los campesinos en la estensa sala ruinosa cuando la lluvia ó el frio no permite celebrarlos sobre la menuda yerba de los parterres; las afecciones nacientes, las inclinaciones tímidas, declaradas, rechazadas, aplazadas ó triunfantes que se manifiestan entre los mozos de la granja y las criadas de la casa; las declaraciones, los esponsales, las bodas, la alegría de las recién casadas que dan motivo al regocijo y al comadreo en toda la tribu; en fin, el reposo y el silencio completo de los domingos y dias de fiesta, que suceden á las labores de la semana; silencio descansado, durante el cual ya no se oye en derredor del castillo ni en la espesura de los bosques más ruido que el que produce el zumbido de las abejas y el soporífero rumiar del ganado vacuno echado sobre la paja que alfombra los establos; todas estas escenas de la vida íntima, aunque vulgar, rural y doméstica, ¿no aparecen tan ricas de verdadera poesía, épica ó descriptiva, como las escenas de la vida pública en

la *Iliada*, como las tiendas de los héroes, el consejo de los gefes y los campos de batalla de Ilion?

Esto es lo que Homero, el poeta cabal, el poeta supremo, el poeta del corazon y de los ojos al mismo tiempo, habia admirablemente sentido mucho antes que nosotros. Por eso compuso primero la epopeya heróica en la *Iliada*, y luego la epopeya íntima, privada, doméstica, en la *Odisea*; por eso (pues cuanto más se acerca el hombre al corazon, se hace más patético é interesante) esta segunda epopeya de Homero, la *Odisea*, vibra mil veces más en el corazon, que la *Iliada*, y por eso se lee una vez la *Iliada*, y ciento la *Odisea*.

La *Iliada* es la escena de la vida de los guerreros ó de los príncipes; la *Odisea* es nuestra vida propia, vida de todos los dias, vida de todos nosotros. La *Iliada* es el campo de batalla, la *Odisea* es el campo del labrador, es la casa que habitamos. Iluminad esta casa y el corazon del hombre con la luz de la poesía divina de Homero, y encontrareis dentro tesoros misteriosos de costumbres, de movimientos y de sentimientos infinitamente superiores á los de la vida heróica.

Para todo aquel que sabe ver y sabe sentir, la naturaleza ha puesto poesía en todo, á la manera que el fuego se oculta en los elementos; basta herir el pedernal para que brote la chispa, basta tocar la cuerda sensible del corazon, para que la poesía brote y se desborde, asi como el sentimiento.

IX.

Aquella poesía de la vida doméstica, aquel hermoso poema del hogar de la familia, del cual éramos sin darnos cuenta de ello, testigo y actor al mismo tiempo en esta Itaca de Borgoña, infiltraba en nuestra sangre todas sus emociones, que eran para mí las emociones de la naturaleza y del corazón, y que para un gran poeta primitivo, hubieran sido las emociones del arte.

Aquellos días eran páginas de la *Biblia*, páginas de Homero. Esto lo ignorábamos, porque éramos todavía muy niño para encontrar el arte supremo bajo la sencillez de la vida de los hombres del campo, entre los cuales vivíamos. Mi madre, no menos sensible, pero más entendida que nosotros, no lo ignoraba. Muy versada por sus hábitos de piedad en la *Biblia*, y enriquecida su imaginación con las letras homéricas de su juventud, dirigida por ilustres maestros, veíase en su fisonomía expresiva é inteligente, que gozaba no menos cándidamente que nosotros con el corazón, pero más literariamente con el espíritu ante aquellas grandes escenas de la vida rural.

Para cada uno de aquellos hermosos ó graciosos cuadros de la labranza, de la sementera, de la siega, de los carros cargados de flores, de

las comidas campestres, de los rebaños saliendo ó entrando en los apriscos bajo la vijilancia de los perros, de los toros doblando manzamente la cerviz para recibir el yugo; para cada uno de aquellos bailes en la era, de aquellas bodas en la aldea, y de aquellas ceremonias religiosas, que todo lo poetizan, eslabonándolo todo al primer anillo de la cadena del mundo, tenia un versículo de las Sagradas Escrituras, un verso traducido de Homero ó de Virjilio, un pasaje de Fennelon ó de Bernardin de Saint-Pierre, que al salir de sus lábios penetraba en nuestra memoria y grababa en ella con trazos indelebles el espectáculo que teniamos delante de los ojos.

Aquella hermosa naturaleza rústica, de la que nosotros solo apercibiamos la faz exterior, se le aparecia á ella doble; en primer lugar, en sí y por sí misma, y despues, en un espejo escrito que refractaba en su alma aquella naturaleza.

Este espejo, era un libro del cual hacia su lectura predilecta mientras que nosotros corriamos por los prados y por los bosques, pues todos los libros son en el fondo verdaderos espejos; aquel que no sabe leer solo vé un mundo en ellos; el que sabe, vé dos.

X.

Esta mujer tan jóven, bella y simpática en-

tonces, en medio de su casa y rodeada de sus hijos, no era, sin embargo, muy erudita; no estaba dotada de una de esas imaginaciones trascendentales que hacen tan brillantes, y á las veces tan ilusorias la vida, las ideas ó las pasiones de las mujeres artistas; solo su sensibilidad era trascendental; toda su poesía estaba en su corazón; en él es donde verdaderamente debe existir toda la de la mujer.

El arte es la decadencia de la mujer, porque la mujer es mas bien que poeta, la poesía misma. La sensibilidad es una revelacion, el arte es un oficio: la mujer debe dejarlo al hombre, obrero de la vida; el arte para ellas consiste en sentir, y su poesía en amar.

Estas reflexiones que hice más tarde, me hicieron comprender, por qué aquella mujer, cuya imaginacion no pasaba del nivel comun, y cuya instruccion no era más estensa que la que conviene á su sexo, aparecia, sin embargo, tan superior por la imaginacion y por la grandeza de su alma. Y es que el génio tiene dos naturalezas; llama en la cabeza del hombre, calor en el corazón de la mujer. Aquella llama ilumina el mundo exterior de las ideas, este calor hace brotar el mundo interior del sentimiento.

¡Desgraciadas las mujeres que sobresalen en las letras ó en las artes! Se han equivocado de génio. Si se afanan por pensar, podeis estar seguros que les falta un objeto que amar: su gloria pública no es más que el estallido de al-

gun inmenso dolor secreto. No se deben envidiar las coronas y los aplausos que reciben; antes bien, debe compadecérselas por sus triunfos. Preguntadles si no cambiarían todo el ruido que produce su nombre por un suspiro que solo resonara en su corazon.

XI.

Pero esta madre de familia, cuya sensibilidad era tan delicada y esquisita, gozaba como nadie, por efecto de su delicadeza y sensibilidad, de las obras del arte antiguo. La naturaleza y el corazon humano se revelan en ella mucho antes de la edad de las declamaciones y de las afecciones literarias, con toda la sencillez y todo el candor de la primera edad, de esa edad de la inocencia de los libros, si es permitido servirse de esta espresion.

El lirismo la entusiasmaba poco: se acerca demasiado á la demencia. El entusiasmo que desatina entre el cielo y la tierra sobre las olas incesantes de imágenes, apóstrofes y ejaculaciones en el fondo, no es mas que la demencia del génio. Deslumbra, eso sí, pero dice muy poco al corazon, á menos que no sea una plegaria y que se disuelva en lágrimas, como la nube se deshace en agua, como David se fundia en jemidos, acostado sobre un lecho de cenizas.

Pero la poesía épica la arrobaba en éxtasis; mas no tanto la heróica del génio de la *Iliada* y de la *Eneida*, cuyos poemas y las aventuras que describen son harto desemejantes á nuestras condiciones, y están demasiado lejos de nuestro corazon, como la poesía épica de la *Biblia* y de la *Odisea*. Estos poemas franquean la entrada de la tienda en el desierto, y entreabren la puerta de la casa en la ciudad antigua, sorprendiendo en ambas la vida comun y en el secreto de todas las familias, una poesía que sale de la tierra como la fuente de Siloé en la *Biblia*, sale de la peña sin fragor, sin truenos y sin relámpagos, como el huésped que llega sin hacer ruido.

Estas eran las pinturas, que sin distraerla de las realidades de su vida de madre de familia y de su rústica morada, la trasportaban hácia aquel mundo antiguo, sagrado ó profano: en él encontraba las mismas costumbres, las mismas imájenes y el mismo corazon humano que dentro de su propia casa.

Por medio de estos cuadros sencillos y patéticos, tan propios para despertar y hacer palpitante el sentimiento de lo bello y de lo justo en la inteligencia y en el corazon de los niños, quiso mi madre, en aquella época, leernos ella misma la *Odisea* de Homero.

La *Odisea* es la historia de todas las lealtades y sumisiones del corazon hácia los deberes naturales: lealtad del padre, en la persona de Ulises á su pátria y á su familia; lealtad de la

esposa, en la persona de Penelope, á su marido; lealtad del hijo, en la de Telémaco, á su padre; lealtad del súbdito, en la de Eumeo, á su rey; lealtad del esclavo, en la de Euridea, á su ama; lealtad del perro, en Argos, á su amo; y todo esto contenido en un cuadro inmenso cuajado de paisajes, de escenas campestres, de escenas marítimas, de costumbres diversas, todas sencillas y primitivas, que hacen que los accesorios sean no menos interesantes que el asunto principal.

XII.

Desde aquí veo el rincon retirado y silencioso de los jardines, donde durante los interminables calores de un verano sin nubes en el cielo, en la hora en que los trillos de mano dejan de machacar las mieses en las granjas, y cuando los gañanes duermen en las eras, teniendo un brazo por almohada y el sol de julio por cobija, toda la familia, mi tío y hermanos nos reuníamos después de comer (en aquel tiempo se comía al medio día) para asistir á la lectura de la *Odisea*.

El acto tenía lugar en la estremidad de una larga calle de árboles, que empezaba en el parterre y terminaba en la sombría espesura de los bosques. Existía allí, y probablemente subsiste todavía (dado que los árboles prolongan sus des-

tinios mucho más allá que aquellos que se sientan á su sombra) existía allí, repetimos, al pié de una suave pendiente cubierta de helecho, una haya gigantesca, cuyas hojas distribuidas en todas direcciones por innumerables y robustas ramas, proyectaban su benéfica sombra sobre un espacio de terreno, que mediria media fanega próximamente.

Entre las nudosas raíces de esta haya existía un pozo natural, del cual se podía sacar agua con la mano, y que parecía dormir cubierto su orificio con una espesa capa de hojas secas desprendidas del árbol. Empero no dormía, puesto que por un estrecho canal subterráneo abierto por la mano del hombre, sus aguas cruzaban una espaciosa estrella formada con senderos convergentes trazados entre calles de setos, para salir un poco más abajo en chorro espumoso por la boca de un delfín de piedra grís, sombreada por un espeso bigote y barba larga de musgo veloso de un color verde sucio. Despues serpenteaba en arroyuelo hasta un estanque, y de aquí corriendo de nuevo por bajo de tierra, descansaba al fin en un pequeño lago que se extendía al pié de la colina cubierta de helecho.

Esta colina cortada en espaciosas gradas, estaba cubierta de un bosque cultivado, formado con árboles de troneo alto y delgado, fresnos, sauces y álamos blancos, cuyas raíces se entrelazaban bajo un suelo siempre húmedo. Sus copas nacaradas ó de un verde de esmeralda, se

elevan vigorosas hácia el cielo para recibir los rayos del sol y los besos de la brisa por encima de la copa de la gigantesca haya que los cubria con su sombra. Entre el enrejado de sus troncos apenas festoneado por algunas ramas bajas, veíase brillar, herida por el sol, el agua tranquila y plateada del estanque.

Este espejo, en el que se pintaban los árboles y las nubes que flotaban en el espacio, reflejaba toda la escena, que queda descrita. Sobre una pequeña meseta situada á pocos pasos del delfin, habíanse puesto unos bancos de piedra y una maciza mesa de mármol. A este sitio encantador, que brindaba con comodidad y frescura en medio de los calores de la estacion, dirijíase la familia, incluso los perros, todos los dias despues de comer, para pasar las horas entretenidos dulcemente, los unos con la lectura, los otros en sabrosos coloquios, y los más perezosos durmiendo al arrullo de la brisa, del murmullo del agua y del sonoro movimiento de las hojas de los árboles.

Un dia mi madre llevó allí un libro que todos desconocíamos.

Su forma, el color de su cubierta y su aspecto de venerable antigüedad, nos hizo creer que seria algun antiguo breviario de nuestro tio, ó un misal de sacristia del tiempo en que el castillo tenia su capellan. Sabíamos que nuestra madre gustaba leer en esos libros de altar, que conservaban todavía en sus páginas el olor del

incienso que en otros tiempos perfumaba la capilla.

Así es que nos encontramos agradablemente sorprendidos cuando abrió de improviso el misterioso volúmen, diciéndonos con sonrisa y acento cariñoso:

«Voy á leeros hoy, y muchos dias seguidos, una larga y hermosa historia, la más larga y la más hermosa que conozco despues de la *Biblia*. Os enseñará muchas cosas relativas á los paises y á los hombres de otros tiempos.»

Esto dicho, abrió el voluminoso libro, cuyos márgenes roídos por los ratones, dejaban algunos claros en las pájinas; era la traduccion de la *Odisea* de Homero, hecha por madama Dacier.

No existe ninguna más inexacta ni más libre, y sin embargo, es la más fiel. ¿Por qué? Porque la buena y sábia madama Dacier, adoraba á Homero, su modelo, como ningun otro traductor lo adoró jamás; porque el amor es una revelacion; y porque, en suma, sin cuidarse nunca de su propia gloria de escritor, aquella mujer repleta de erudicion antigua, esforzábase solo en hacer sentir, no literalmente, sino por analogía y por perífrasis, algunas veces ridículas, pero siempre sinceras, el pensamiento ó el sentimiento de su poeta, espejo algunas veces empañado, pero espejo siempre vivo, que desfigura algunas veces la imájen, pero que reproduce lo que se contiene de más intraducible en la imájen; la semejanza y la vida.

Permanecemos impacientes y silenciosos sentados sobre la yerba al alcance de su voz. La atencion que pusieron nuestro padre y tio al oir el anuncio de aquella lectura, aumentó la nuestra. Habian cerrado el libro que cada uno de ellos tenia en la mano, como si todo debiera ceder al interés que despertaba aquel grueso volumen, y ambos tomaron sobre los bancos en que estaban sentados la actitud de hombres que escuchan.

XIII.

«Es necesario ante todo, hijos mios, nos dijo nuestra madre, que yo os enseñe lo que se entiende por un poema épico.

«Un poema épico es una historia verdadera en el fondo, pero cuyos detalles y aventuras son más ó menos imaginarias. El poeta, es decir, el que refiere á los hombres esta historia, embelleciéndola, no la narra solamente, sino que tambien la canta. Esto quiere decir que la recita; ó de otra manera, que la escribe en frases cadenciosas y musicales que se llaman versos. El placer que producen en el oido estos sonidos regulares y armoniosos, así como el que resulta de las imágenes, de las pinturas y de las composiciones para los ojos del alma, encantan al oyente ó al lector de su historia, y la graban así en la

memoria de los hombres como una música de que se conserva el recuerdo, ó como un cuadro cuyo asunto se tiene siempre delante de los ojos.

«Homero fué uno de esos historiadores que cantaron en lugar de narrar. Vivió hace tres mil años. Despues de haber cantado una guerra entre los Griegos y los Troyanos de Ilion, llamada *Ilíada*, quiso cantar una historia menos heróica y más familiar, en la cual no solo los héroes, pero todo el mundo, desde el héroe hasta el pastor, desde la princesa hasta la sirviente, encontrasen la imájen de su propia vida. La *Odisea* es un poema épico familiar, el poema de la vida humana toda entera, sin escepcion de condiciones ó de rangos en la sociedad. Si yo lo leyera á la criada del corral, *Genoveva*, que echa de comer á las gallinas; si la leyese á *Santiago*, el pastor que ordeña las cabras cuando regresan al aprisco, y que habla con los perros echados á sus piés, *Genoveva* y *Santiago* hallarian en esta historia sus iguales, y escucharian su lectura con tanto interés, como un rey ó una reina.

«Vosotros mismos, hijos mios, vuestro padre y vuestro tio, el uno con el nombre de Ulises, y el otro con el de Alcinoos, y yo misma con el de Penelope, estamos todos retratados en ella.

—Leed, pues, esclamamos, batiendo las palmas.

—Pues, bien, voy á leer, respondió.

«Mas ante todo debo deciros quien era Ulises, de quien tanto se habla en esta historia. Este

era un rey de una pequeña isla griega llamada Itaca en el mar Adriático enfrente de la Grecia magna. Habia acompañado á Agamenon, otro reyezuelo de un canton de la Grecia llamado Argos, en la guerra contra los Troyanos. Despues de la ruina de Ilion, Ulises anduvo errante mucho tiempo por el mar, sin poder volver á Itaca. Su mujer, Penelope y su hijo Telémaco, cuyas aventuras nos ha contado Mr. de Fenelon, lloraban tristemente su prolongada ausencia. La hermosa Penelope, cuyo rango, belleza y riqueza la hacian el ídolo de la ambicion de otros gefes Griegos, se veia constantemente sitiada en su palacio por los pretendientes á su mano. Estos pretendientes menospreciaban á su hijo Telémaco; dilapidaban sus bienes, y exigian con amenazas á Penelope que eligiera esposo entre ellos. Mas ella pedia plazos para decidirse; y por último, les ofreció hacer su eleccion el dia que terminase de bordar un velo que tenia entre manos; pero la discreta mujer del héroe errante, deshacia por la noche lo que habia hecho durante el dia, á fin de prolongar indefinidamente el plazo.

«Aquí empieza el poema. El poeta con la velocidad del vuelo del pensamiento, que no conoce las distancias, se cierne unas veces sobre un sitio y otras sobre otro: ahora al lado de Ulises, poco despues junto á Penelope; hoy en Troya ó en Argos, mañana en Itaca; vé, en fin, como un Dios todo lo que quiere ver, reunido en un solo pun-

to, ó desparramado en diferentes sitios.»

Esto dicho, comenzó á leernos con voz lenta, grave y cadenciosa el primer canto de la *Odisea*. No os lo repetiré aquí, puesto que teneis el libro á la mano.

Cuando llegó á estos versos que refieren como Minerva suplica á Júpiter que permita á Ulises entrar al fin en su pátria;

«Ulises, cuyo único deseo, es volver á ver, «de lejos siquiera, el humo que se desprende del «tejado de la casa donde ha nacido y donde quisiera morir.»

—«Ya veis, hijos míos, nos dijo, qué profundo análisis de las sensaciones y del corazón del hombre se encierra en esta sola frase: *el humo de la casa de sus padres*! Suponed que andais extraviados hace muchos años por la inmensidad de los bosques que nos rodean; suponed que una tarde á la puesta del sol, divisais desde lo alto de una montaña un ligero vapor azulado que sube hácia el cielo por encima del tejado del castillo: ¿qué de recuerdos no traeria á vuestro corazón esa columna azulada desprendida de la chimenea del hogar de vuestros padres? ¿Cuántas cosas no veríais con los ojos del alma á través de aquel ligero vapor? Vuestra cuna, vuestro padre, madre, tío, nodrizas, sirvientes, perros, ganados, la mesa servida, el hogar donde se preparan los alimentos de la familia; los coloquios sentados alrededor de la chimenea, nuestros besos al acostaros y al levantaros, toda vuestra

existencia, en fin, encerrada dentro del humo que se desprende del haz de leña que una criada arroja sobre las cenizas calientes.

«Hé aquí, pues, como Homero, quien indudablemente pensaba en cosas muy parecidas, dado que habia andado errante mucho tiempo lejos del hogar de su familia, hé aquí, repito, porque evoca en un solo verso todos estos recuerdos, todos estos pesares en la memoria de sus lectores. Esta imájen está tomada en el corazon, por eso, ninguna otra imájen podria espresar con tanto colorido lo que quiere hacer sentir. ¡Este es el poeta! el poeta muy superior al historiador, porque este narra, y aquel pinta!

XIV.

Continuó la lectura; mas luego la interrumpió despues de estos versos, en los que Homero refiere la entrada de Telémaco en el palacio de su madre Penelope, seguido de Minerva, bajo el aspecto de un extranjero.

«Telémaco, que conducia á su huésped, le toma la lanza, la apoya contra una columna, mas luego la pone en el estante donde están colocadas las lanzas de su padre Ulises. Invítale á ocupar un asiento sobre el cual ha estendido un tapete de lino ricamente bordado; delante del asiento habia un taburete para poner los

«piés.... Entonces una sirvienta, que traía con
«las dos manos un jarro de oro lleno de agua,
«vierte su contenido en una palangana para que
«Telémaco y su huésped se laven las manos. A
«seguida puso delante de ellos una mesa bruñi-
«da. La sirvienta encargada de la despensa del
«palacio la cubrió con panes y numerosos man-
«jares; un sirvienta trajo grandes y pesados pla-
«tos, que contenian diversas especies de viandas.
«Les distribuyó hermosas copas de oro, en las
«que un heraldo escancia el vino.»

—«¿No os parece, hijos míos, repuso mi madre, que estas costumbres domésticas que existían hace tres mil años, son las mismas que practicamos hoy en día? ¿No os parece que asistís al obsequioso recibimiento que vuestro padre ó vuestro tío dispensan á uno de sus vecinos de distincion, cuando llega al castillo cansado despues de un largo viaje ó de una penosa cacería? ¿No reconocéis el ama de llaves, que tiene las de la despensa, la criada que lleva el jarro y la palangana al cuarto de los forasteros, al mozo que trae del sótano la botella de vino añejo y que escancia en los vasos antes que los convidados se sienten á la mesa, y los criados que llevan de la cocina al comedor los platos de carne y de legumbres? Todo esto es tan vulgar como lo que estais viendo diariamente con poner atencion en ello. Pero ¿no es verdad que está espresado con tanta naturalidad en estos versos, que os causa la misma impresion, que si por prime-

ra vez asistiérais á esta escena íntima, cuya sencilla descripcion é injénua belleza la avalora á vuestros ojos?

—«¿No os enseña esto que se encierra tanto interés en la poesía doméstica de una casa bien gobernada, como en la solemnidad de los actos de la vida heróica, y que todo el ingenio de aquel que refiere una historia ó un poema como este que os estoy leyendo, consiste en poner de relieve por la exactitud de las descripciones, toda cuanta gracia, belleza, dignidad y sentimientos ha puesto Dios en las cosas humanas? En una palabra, ¿no sentís, por la primera vez en vuestra vida, que todo es poesía en la naturaleza, y que nosotros mismos, sin apercibirnos de ello, somos acaso, sin saberlo, un cuadro de la vida íntima tan interesante y pintoresco como el de Telémaco y su huésped Mentor, pintado por Homero? Este manantial, estos hermosos árboles, este estanque cuyas aguas brillan entre los juncos, esas golondrinas que rasan volando su superficie, vuestro padre, vuestro tío que descansan recostados en esos bancos en actitud pensativa, vosotros mismos que me escucháis silenciosos y abiertos tamaños los ojos, sentados al pié de esta frondosa haya que balancea sus ramas sobre vuestras rubias cabezas, yo, en fin, que con este libro viejo en la mano, os cuento cosas tan antiguas, y sin embargo, siempre nuevas, ¿no representaríamos una escena de Homero, si hubiese un Homero entre nos-

otros para cantarla? Mas, prosigamos.

Entonces nos leyó la conversacion de sobremesa entre Telémaco y su huésped divino; como los pretendientes á la mano de Penelope abusaban de la viudez de esta madre para arruinar y deshonar su casa; como Minerva, bajo la figura de Mentor, se indigna de tanta porfia, y aconseja á Telémaco que mande preparar un bajel para ir en busca de su padre; como, si no tiene la dicha de encontrarle, volverá á Itaca más robusto y más experimentado, para castigar por la fuerza ó por la astucia los indignos perseguidores de su madre; como Penelope, oyendo desde su cámara, situada en alto, al cantor Femio, que cantaba delante de sus pretendientes el regreso de los Griegos del sitio de Troya, baja las escaleras del palacio, se detiene en actitud modesta, cubierto el rostro con el velo, apoyada en la jamba de la puerta, húmedos los ojos y pensando en Ulises, que no ha vuelto con los Griegos; como suplica á Femio que busque otro asunto menos triste para sus cantos; como Telémaco, ya sagaz como su padre, finje amonestar respetuosamente á su madre, rogándola que vuelva á su cámara. «¡Dejad á este poeta que cante lo que quiera: los cantares más nuevos son siempre del agrado de los hombres reunidos; volved á vuestro aposento y reanudad vuestros acostumbrados trabajos, la rueca y la tela. El derecho de hablar pertenece á todos los hombres, y sobre todo, á mí, porque me pertenece por mi na-

«cimiento la autoridad en esta casa!»

Llena de admiracion y disimulando su gozo, Penelope vuelve á su cámara seguida de sus sirvientas, para llorar el recuerdo de su ausente esposo, hasta que el sueño cierre sus párpados.

No son para contarlas las exclamaciones de entusiasmo en que prorumpimos los niños al oir la descripcion de esta escena, que manifestaba la ternura y el punzante dolor de Penelope, y la astucia respetuosa de su hijo. «Eso mismo haria yo, dije en voz baja.—Eso mismo hubiese hecho yo, replicó mi madre, hubiera puesto mi confianza en mi hijo; no me hubiese ofendido de una falta de respeto, cuya piadosa intencion era manifesta, y hubiera fiado en él la venganza de la mujer y de la casa de su padre.» Mis hermanitas dejaron correr sus lágrimas al comprender por el acento de su madre, lo que en un principio no habian comprendido.

Mi madre y mi tio sonreian llenos de satisfaccion al presenciar este cuadro de familia.

XV.

El primer canto termina cuando acaba el dia. Mi madre leyó con cierta vehemencia los siguientes detalles íntimos y domésticos que se refieren al hijo de Ulises.

«Al fin se retiró al vasto aposento, que habia

«sido construido para él en el recinto del pátio,
 «y en sitio desde el cual podia ver todo lo que
 «pasaba en su derredor. Allí vá en busca de re-
 «poso, combinando en su mente mil proyectos
 «diversos. A su lado caminaba Euriclea, llevan-
 «do antorchas resplandecientes.—La prudente
 «Euriclea, hija de Apo, la que Laerte, padre de
 «Ulises, habia comprado en otro tiempo con sus
 «propias riquezas, y aunque estaba todavía casi
 «en la infancia, dió veinte toros por obtenerla.
 «La honró en su casa al igual de una casta es-
 «posa, y respetó siempre su lecho. En este mo-
 «mento llevaba las antorchas resplandecientes
 «delante de Telémaco. Esta era entre todas las
 «sirvientas de su madre la que él amaba más,
 «porque le habia cuidado en su infancia. Euriclea
 «abrió las sólidas puertas del aposento. Teléma-
 «co se sentó en el borde de la cama, quitóse la
 «flexible túnica y la puso en manos de aquella
 «mujer cuidadosa; Euriclea dobla delicadamente
 «la túnica, la cuelga de la clavija de la cama, y
 «se dá prisa á salir del aposento. Cierra la puer-
 «ta, atrayéndola hácia sí por medio de la armella
 «de plata, y baja el pestillo tirando de la correa.

«Allí durante la noche, Telémaco, cobijado
 «con el sutil vellon tejido de las ovejas, desar-
 «rolla el proyecto del viaje que le ha aconsejado
 «Minerva.»

—¿Qué os parece Euriclea, hijos míos? nos
 pregunta nuestra madre, despues de haber cer-
 rado el libro. Cada uno de nosotros, cada uno de

vosotros ¿acaso no ha tenido tambien su Euriclea, esta segunda madre de los niños de la casa, porque los vió nacer, porque los crió á su pecho ó los cuidó en la primera infancia, por la satisfacción que tiene viéndolos crecer, y por el orgullo con que los mira cuando se hacen hombres, y se dan á respetar en la casa? Jacoba, ¿no es, acaso, mi Euriclea? ¿No me habeis visto llorar besándole las manos cuando viene, cada año, á visitarme desde su aldea, donde pasa tranquilamente los últimos dias de su vejez en la casita que vuestro padre le ha comprado por amor mio? Filiberta, ¿no es vuestra Euriclea, ella que os ha mecido á todos en sus brazos, que envejece á nuestro lado, y que me reemplazaria, si llegase á morir antes que ella? No lleva todas las noches la luz á vuestro aposento cuando os vais á acostar, y dobla cuidadosamente vuestros vestidos y los pone sobre el respaldo á los piés de la cama?

«Pues qué, ¿Homero ha vivido entre nosotros, para conocer tan al pormenor los secretos domésticos y del corazon que caracterizan á nuestra familia? No; pero es que ha vivido con su corazon sensible y con su génio observador en el seno de todas las familias; es que todos los lugares y todos los tiempos se parecen en cuanto á esas intimidades de la casa, en cuanto á esos misterios domésticos, que son iguales y semejantes para todos los hombres, formados con el mismo barro, y amasados con la misma sangre por la misma naturaleza.»

Esto dicho, mi madre aplazó para el siguiente dia la continuacion de la lectura de aquel delicioso libro, en el que creiamos vernos retratados nosotros mismos.

XVI.

A la tarde siguiente, en el mismo lugar y hora, nuestra madre volvió á abrir el libro.

Nos anticipábamos con la imaginacion al movimiento de sus lábios.

Telémaco se despierta inspirado por la sabiduría y la piedad. Convoca la asamblea del pueblo; diríjese á ella; su perro, leal como el nuestro, le sigue. Refiere con modesta elocuencia los males que los pretendientes hacen sufrir á su madre, á su país y á él. Respóndenle, y él replica; todos los caracteres de los diferentes oradores honrados ó perversos, se dibujan con claridad en esta asamblea. Antinoo, uno de los pretendientes de Penelope, se burla con ironia de la juventud del hijo de Ulises. Telémaco se niega á beber una copa con él. Por último, se decide á partir.

—Escuchad los detalles, continuó nuestra madre, de su secreta marcha, y del cargamento del bajel, creereis asistir á la salida de vuestro padre y mia, cuando dejamos nuestra casa de campo para trasladarnos á la ciudad.

—«Despues Telémaco pasó á la espaciosa y

«ventilada despensa de la casa de su padre, donde se guardaban los trajes dentro de las arcas, y el aceite perfumado (la riqueza de Itaca) en grandes jarras. Allí estaban puestos en orden, arrimados á la pared los toneles de vino añejo y deleitable, conteniendo un licor puro y divino. Estaban destinados para Ulises, si es que alguna vez debia volver á su morada despues de tantas penalidades. A la entrada del sótano habia dos grandes puertas de dos hojas cada una, perfectamente unidas la una á la otra. Una sirvienta de la casa vijilaba noche y dia la entrada, y guardaba aquellos tesoros con celo previsor. Era Euriclea. Telémaco la llamó y le dijo las siguientes palabras:

«Nodriz, sacad de las cántaras un vino delicioso, el mejor despues de aquel que reservais para el divino Ulises, si alguna vez regresa á sus hogares! Llenad con él doce vasos, que tapareis cuidadosamente. Echad tambien en los odres veinte medidas de harina de la que se muele en el molino. Sabed vos sola mi designio, y acondicionad bien todas estas provisiones. Esta noche las recojeré en cuanto mi madre suba á su cámara alta para descansar en su lecho. Dijo, y en el acto la nodriz Euriclea rompió á llorar, y entre sus lágrimas dejó oir estas palabras....»

«Euriclea le dijo (¿lo oís bien?) todo cuanto una sirvienta adicta á la casa puede decir al hijo de sus amos para hacerle renunciar á un viaje

que la asusta. Telémaco la tranquiliza y la consuela. «Juradme, nodriza, de no decir nada á mi madre muy amada, antes de que hayan pasado once ó doce dias despues de mi marcha: temo que el mucho llorar destruya su belleza.»

Euriclea lo jura y obedece. Llegada la noche, Telémaco se embarca secretamente.—«Escuchad, hijos mios, y vereis como todos los detalles del mar están descritos por el poeta universal con la misma esactitud y la misma animacion que los que se refieren á la vida de la casa. Habeis visto los barcos en el Saona; figuraos el navio en el Océano.

«Se largan los cables; los remeros ocupan uno á uno su respectivo sitio, y se acomodan en los bancos. A seguida Minerva dispone que sople de tierra un viento favorable, el impetuoso Zéfiro, que riza las ólas del tenebroso mar, isan el mastil y lo afianzan en el hueco que le sirve de base; lo mantienen derecho con las cuerdas, y dan al viento las blancas velas tesadas con fuertes correas. El viento se arremolina en la bolsa que forma la vela; las azuladas ólas lamen mujiendo los costados del bajel que zurca la mar. Despues de haber asegurado el aparejo de la nave, llenan las copas de vino y hacen libaciones á los dioses.»

XVII.

Minerva, bajo la figura de Mentor, conduce desde luego al hijo de Ulises á la morada de Nestor, el más prudente y el más virtuoso de los griegos, vueltos de la expedición de Tracia. Toda la poesía de la hospitalidad se manifiesta en esta narración con una sencillez de estilo que no se puede espresar.

«Ya veis, nos dice nuestra madre, como se deben recibir y como se deben obsequiar los huéspedes desgraciados que la Providencia conduce á nuestras puertas. ¿No es así como vuestro padre y vuestro tío reciben y agasajan aquí á los extranjeros, á quienes la adversidad conduce á estos umbrales?»

Luego nos leyó los siguientes versos del canto tercero, pronunciados por Nestor, cuando Minerva y Telémaco quieren retirarse á la caída de la tarde.

«¡Que los dioses inmortales me preserven de
«dejaros marchar de aquí para iros á reposar en
«vuestra nave, como si yo fuera un indigente
«falto de todo, que no tiene en su casa ni man-
«tos ni cobertores para su uso, ni una mullida
«cama que ofrecer á sus huéspedes! Yo poseo
«mantos y hermosos cobertores. No, no! mien-
«tras yo viva, jamás el hijo de Ulises dormirá

«aquí sobre la cubierta de un navío.... Termina-
«da la comida de la tarde, Nestor manda dispo-
«ner un mullido lecho en el vestíbulo para Telé-
«maco. A la mañana siguiente, no bien se hubo
«despertado, la hermosa Policasta, la más jóven
«de las hijas de Nestor, le conduce al baño. Des-
«pues que le hubieron bañado y perfumado con
«aceites olorosos, Policasta se pone una túnica
«y un precioso manto. Telémaco vá á sentarse
«cerca de Nestor.... Una vez asadas las carnes,
«sácanlas del fuego, y todos se sientan para al-
«morzar. Entonces se adelantan algunos hombres
«robustos y escancian el vino en copas de oro....
«Luego lo disponen todo para el viaje por tierra,
«que Nestor ha aconsejado á su huésped.

«Hijos míos, dice el anciano rey, daos prisa
«á traer para Telémaco los caballos de largas
«crines, y enganchadlos al carro, para que este
«extranjero cumpla su viaje.... En el momento
«enganchan al carro los ágiles caballos. La sir-
«vienta, á cuyo cargo está el cuidado de las pro-
«visiones de la casa, pone en el carro el pan, el
«vino y todos los manjares destinados para el ali-
«mento de los reyes, hijos de los dioses. Telémaco
«sube sobre el bruñido carro; el hijo de Nestor
«toma asiento á su lado, empuña las riendas, y
«azota con el látigo los caballos. Durante todo el
«día, ambos corceles sacuden alternativamente
«la cabeza y mueven el yugo que los une y los
«sujeta á la lanza.»

Salvo lo del yugo, que en aquellos tiempos

unia los caballos por el cuello para hacerlos tirar y marchar á un paso igual, yugo que sólo se pone hoy en día á los bueyes, ¿no se os figura ver, dice la lectora á sus hijos, á vuestro padre cuando el cocheró le presenta las riendas, que él invita á tomar asiento á su lado en su coche, á uno de sus huéspedes, para llevarlo á la ciudad, y hace chasquear el látigo, azotando blanda y alternativamente los caballos?

Y continuó leyendo la narración del viaje de Telémaco y Mentor, hasta su llegada á la morada del rey de Lacedemonia, Menelao, marido de Helena, que al fin le había sido devuelta. «Escuchad, nos dijo, los versos que describen la llegada del carro á la casa del rey.»

«El caballerizo de Menelao, Eteomneo, llama á los otros sirvientes y les manda seguirle. Se apresuran á quitar el yugo á los caballos bañados de sudor, y les dan espelta mezclada con cebada. Después levantan el carro con la lanza hacia arriba, arrimada contra la pared del patio.

«¿No es así, repuso nuestra madre, como lo veis practicar aquí todos los días, por los boyeros que colocan las carretas en el corralón de manera que ocupen el menos espacio posible? ¿Hubiérais nunca imaginado que un detalle tan vulgar y rústico pudiese ser cantado para la posteridad en versos tan magníficos? Esto es, sin embargo, lo que hace Homero, y estas son precisamente, las sencillas descripciones que tanto

interés prestan á sus cantos, y que nos graban en la memoria el conjunto de su poema. El génio sabe mirar las cosas bajo un aspecto que no las vé la generalidad de los hombres, y este aspecto es lo que se llama poesía.»

Continuó la lectura sin interrumpirse hasta el pasaje en que Menelao refiere á sus huéspedes sus propias aventuras.

«Embarcado en mis naves, anduve errante «mucho tiempo por los mares, y no llegué á mi «casa hasta el finalizar del octavo año. Visité los «Ejipcios, los Etiopes, los habitantes de Sidon y «la Libia, donde los borregos nacen con cuernos, y las ovejas paren tres veces en el año. En «esos países nunca le falta al más pobre labrador ni á su zagal, queso, carne de sus ganados, «ni sabrosa leche.... Pero en el discurso de la «conversacion, Menelao nombra á Ulises, y elogia su prudencia y su valor.

«Al oir hablar de su padre en estos términos, «las lágrimas inundan los ojos de Telémaco, «quien coje con las dos manos la punta de su «manto de púrpura para cubrirse el rostro. Menelao conoce en este jesto al hijo de Ulises.»

—«¿No fué este el jesto, exclamó nuestra madre, de aquella pobre huérfana de la aldea, á quien pregunté el otro dia por su madre, ignorando que habia muerto? ¿No cojió ella tambien las puntas de su delantal para cubrirse el rostro y ocultar sus jemidos? ¿Por qué, continuó, despues de un corto intervalo de silencio, los hom-

bres y las mujeres de todos los tiempos conservan el pudor del sufrimiento?

—Será que el dolor desfigura el semblante, respondió una de mis hermanas, y que no gustamos de mostrarnos con la fealdad de las lágrimas.

—¿Y no podia ser tambien, respondí yo, porque el dolor es una debilidad, y que el hombre debe hacerse fuerte hasta contra la pena?

—Esos serian dos malos sentimientos, repuso mi madre; la vanidad debe darse de lado cuando el corazon sufre una pena, que solo puede comprender el corazon; y siendo el dolor una ley de la naturaleza, impuesta por la Providencia, no hay cobardia en llorar la pérdida, aunque sea pasajera, de aquellos que amamos; pero sí es una prueba de indisciplinable orgullo ó de hipocresia el pretender mostrarse impasible ó empeñarse en luchar contra la propia sensibilidad. El verdadero motivo que nos impulsa á cubrirnos los ojos cuando lloramos, es el temor de aflijir á los otros, haciéndolos testigos del pesar que Dios nos ha enviado.»

Mi madre y mi tío aplaudieron esta explicacion del pasaje de Homero, y exclamaron:—«Además olvidais, que en aquel momento Telémaco queria ocultar su nacimiento y su nombre, y temia que sus lágrimas le hiciesen traicion.»

XVIII.

«Sin embargo, Elena le reconoce, continuó nuestra madre, y comunica sus sospechas á su marido.—«Querida esposa, prosigue Menelao, el mismo pensamiento me preocupaba en este instante. Sí, esos son los piés de Ulises (en aquel tiempo no se gastaban zapatos, y los piés tenían su fisonomía particular como las manos); sus mismas manos, el brillo de sus ojos, su cabeza, y hasta el cabello que la cubre. Además, cuando en mi discurso he pronunciado el nombre de Ulises, este jóven príncipe ha derramado lágrimas amargas, y se ha cubierto el rostro con su manto de púrpura.»

Telémaco se dá á conocer. «Hijo de un padre prudente, dice Menelao al jóven, hablais con prudencia. Reconócese en vos la posteridad de un hombre á quien los dioses han señalado un feliz destino en dos cosas, en el día de su nacimiento y en el día de su matrimonio.

—«Observad, dijo mi padre, como ya en aquellos remotos tiempos, el nacer de una familia honrada se consideraba como una buena ventura en la vida. Cuando seáis grandes, procurad conservar esta buena fortuna á los que nazcan despues de vosotros.»

Así era como cada pasaje notable del poema

servia de texto á una observacion ó á una leccion indirecta para nosotros.

Pasamos la tarde hablando de los grandes hechos de Ulises. Telémaco, animado con las obsequiosas atenciones que le prodigaban Menelao y su esposa Elena, la más hermosa entre todas las mujeres, se resolvió á declarar el objeto de su viaje.

«Hijo de Atrea, exclamó, jefe del pueblo, he venido con la esperanza de saber de vuestros lábios algunas noticias de mi padre. Mis bienes están disipados, mis fértiles campos talados, mi casa llena de enemigos que destruyen mis numerosos rebaños de bueyes y de ovejas, y además solicitan insolentemente la mano de mi madre!

—«Oh! dioses inmortales! exclamó Menelao, suspirando con fuerza; pretenden esos cobardes insensatos descansar en el lecho del héroe! Cuando una cierva deja por casualidad sus cervatillos, que maman todavía, en la cueva de un leon, para irse á pastar por montes y por valles, vuelve el terrible animal y los despedaza á todos sin piedad. Así Ulises esterminará un dia esos jóvenes insensatos.»

Entonces Menelao refiere lo que sabe de las aventuras de Ulises, que naufragó en los mares despues del sitio de Troya. Luego ofrece á Telémaco copas y caballos.

—«Solo acepto la copa, responde el hijo de Ulises; en Itaca no hay prados ni estensas lla-

«nuras, pero sus pastos de cabras me son más agradables que los pastos de caballos.

—«Os sonreis, hijos mios, al oir este pasaje, dice mi madre, porque opinais lo mismo que Telémaco; la casa ruinosa de vuestro padre y los cerros de cabras de su hacienda os son más gratos que las fértiles llanuras de Chalon y de Dijon, y que las más hermosas viviendas de la ciudad donde no habeis nacido! Pues bien, la naturaleza no ha cambiado en tres mil años; el amor al sitio donde nacen y á la casa de sus padres, es siempre la virtud del corazon de los niños.»

XIX.

Aquí la relacion del poeta vuelve á Itaca.

Furiosos los pretendientes de Penelope con la partida de Telémaco, se confabulan para sacrificarlo á su regreso. La esposa de Ulises llega á tener conocimiento del complot. Esta nueva la trastorna en términos, que no puede permanecer sentada en su sitio; por más que se cuentan muchos en su aposento, se sienta en el umbral de la puerta derramando abundantes lágrimas. Sus sirvientas todas, desde la más anciana hasta la más jóven la rodean sollozando.

—«Recordais, hijos mios, dijo nuestra madre, dejando caer el libro sobre su regazo, que esto mismo esactamente aconteció en casa, el dia que

trajeron á vuestro padre herido de un tiro de escopeta que le dió un cazador? ¿Os acordais que en tanto que el médico reconocia la herida, yo andaba desatentada de un sillón á otro sillón, y que por más que hubiese muchos en el aposento, acabé por sentarme en el umbral de la puerta, rodeada de mis sirvientas jóvenes y viejas, que como yo lloraban sin consuelo? ¿No se diria que Homero entró en todas las habitaciones de todas las familias y en el corazón de todas las mujeres? Todos los ademanes que les presta, están reproducidos con tanta exactitud, como sus sentimientos. No nos admire, pues, que los antiguos hayan llamado adivinos á los poetas, visto que adivinan así el pasado como lo porvenir. Son los lectores del poema de Dios.»

XX.

«La leal Euriclea, su sirvienta favorita, la consuela. Penelope se acuesta al fin, y sueña con su hijo.»—«Ah! ¿con qué otra cosa puede soñar una madre, dijo la nuestra, cuando su hijo está ausente ó espuesto á los peligros de la vida?»

Leimos hasta el final del canto sexto las aventuras de Ulises.

Pocas observaciones interrumpieron la lectura de estos cantos, escritos más bien que para los niños, para el pueblo crédulo, hasta el pa-

saje que refiere como Nausica, hija del rey Alcinoos, salva á Ulises en la isla de los Feocios. Pero encontrando de nuevo en él nuestra madre, toda la sencillez de la familia antigua, que se ha conservado en la familia moderna de nuestra vida rural, declamó con mayor interés los versos, y nos hizo poner más atención.

«Oid bien, nos dijo, la descripción de un cuadro de familia, del cual habeis sido muchas veces testigos aquí mismo en la orilla del estanque donde se lava la ropa, sin haber sospechado que una colada hecha por las criadas de la casa, pudiera dar asunto para uno de los más bellos cuadros de poema que hayan sido jamás escritos por los hombres.

Esto dicho, leyó los siguientes inmortales versos.

«Minerva invisible, dijo en la mente de la
 «hija de Alcinoos, en el momento de despertarse:
 «Nausica ¡qué perezosa os hizo vuestra madre!
 «Vuestros mejores vestidos permanecen en el
 «más completo abandono dentro de los cofres; y
 «sin embargo, el día de vuestro matrimonio se
 «aproxima y debeis poner os vuestros más bellos
 «adornos, y aun ofrecer algunos de ellos á vues-
 «tro esposo. Teniendo mucho primor es como al-
 «canzareis buena fama entre los hombres; vues-
 «tro padre y vuestra madre se envanecerán de
 «ello con alegría. Vámonos al lavadero al des-
 «puntar de la aurora, yo os acompañaré, á fin
 «de que la faena se haga con más celeridad;

«porque ahora, pensadlo bien, os queda poco
«tiempo de permanecer doncella; los más ricos
«Feacianos os solicitan en matrimonio, porque
«vuestro oríjen es ilustre. Así pues, desde maña-
«na temprano pedid á vuestro noble padre que
«mande preparar las mulas y el carro para tras-
«portar vuestros cíngulos de virginidad, vues-
«tros velos y vuestros hermosos mantos. Os es-
«tará mejor ir así, que á pié, pues los lavaderos
«están lejos del pueblo....»

«Nausica, impresionada con este sueño, se
levanta....» Encuentra á su padre y madre reti-
rados en el interior de sus aposentos. La reina,
su madre, sentada junto al hogar, y rodeada de
sus criadas, hilaba una lana de color de púr-
pura....

—«Mi querido padre, dice Nausica, ¿no me
«otorgareis la merced de mandar que me prepa-
«ren un magnífico carro de ruedas bien redon-
«deadas, para que vaya al rio á lavar las her-
«mosas ropas de la casa, que están cubiertas de
«polvo? Esto os interesa á vos como al que más,
«pues conviene que cuando asistís al consejo con
«los principales ciudadanos lo hagais vestido con
«ropas resplandecientes y muy limpias. Además,
«que teneis cinco hijos en vuestra casa; dos, es
«verdad que están casados, pero los tres más jó-
«venes quieren tener siempre túnicas y mantos
«recien lavados, para presentarse en las asam-
«bleas, donde se baila, y este cuidado me está
«encargado á mí.... El pudor la impidió hablar

«á su padre de su próximo casamiento; pero Al-
«cino, penetrando todo el pensamiento de la
«jóven, le contestó: Hija mia, no puedo rehusa-
«ros ni mis mulas, ni otra cosa alguna. Id, mis
«servidores os prepararán un carro resplande-
«ciente con ruedas bien redondeadas, y provisto
«de una caja sólida.

«Los servidores obedecen; los unos sacan de
«la cuadra el ligero carro, los otros conducen
«las mulas y las unen al yugo. La jóven trae
«de su aposento una rica tela para adornar el
«carro resplandeciente, y su madre lleva un ca-
«nasto de manjares esquisitos de todas clases, y
«un odre de pellejo de cabra lleno de vino. Nau-
«sica sube al carro, y su madre le dá una
«esencia líquida, contenida en una vasija de oro,
«para perfumarse despues del baño, así como las
«mujeres que la acompañan. La jóven empuña
«las blancas riendas y el látigo, y azota las mu-
«las para obligarlas á arrancar. Oyese muy lue-
«go el ruido de sus cascos hiriendo la tierra, y
«corren sin descansar arrastrando el carro, la
«princesa, sus sirvientas y la ropa que se ha de
«lavar.

«No mucho tardan en llegar á la límpida cor-
«riente del rio. Habíanse cavado allí espaciosos
«lavaderos, donde corria con abundancia un
«agua pura, propia para lavar las ropas, aun las
«más sucias. Las sirvientas desuncen las mulas y
«las dejan en libertad en la orilla del rio, donde
«encuentran un abundante pasto; luego con sus

«mismas manos sacan del carro las ropas, y las
«sumerjen en las ondas, y las estregan á quien
«más puede en los profundos lavaderos. Despues
«de haberlas lavado bien y limpiádolas de todas
«las manchas, las ponen á secar estendidas en la
«playa sobre cantos rodados, limpios por el flujo
«y reflujo del mar en las mareas. Despues de ha-
«berse bañado y perfumado con la esencia untuo-
«sa, se sientan á comer á la orilla del rio, en
«tanto que los rayos del sol secan las ropas re-
«cien lavadas.»

—¿No parece, esclama mi madre, que Ho-
mero acompañó muchas veces á las lavanderas
para verlas lavar la ropa, ponerla á secar sobre
las piedras, comer sentadas sobre la menuda
yerba, y luego, á la tarde bailar alrededor
del carro que lleva la colada á la casa? ¿Decid-
me si vosotros mismos echais de menos, en este
cuadro, un solo detalle de lo que pasa en casa,
desde la peticion de la tímida jóven, para quien
es un dia de regocijo el que pasa al lado de sus
compañeras á la orilla del rio, hasta el carro
que lleva la ropa que se ha de lavar, el pan, el
vino, los comestibles todos, y hasta el jabon un-
toso y perfumado con que se han de lavar, una
vez terminada la faena, y por último, el baile
bajo las hayas á la hora en que aparece la
luna?»

Nosotros dábamos palmadas de alegría al ver
tanta semejanza de costumbres, y nos pregun-
tábamos, ¿cómo se puede escribir un libro divino

tomando por asunto un lio de ropa sucia lavado en medio del campo?

—Es divino, porque es fiel en sus descripciones, respondió nuestro padre. Los libros son espejos de palabras, en lugar de ser espejos de cristal; si el espejo es límpido, refleja con la misma esactitud y encanto una choza ó un palacio, una montaña ó un terron, el corazon de una reina ó el de una lavandera, porque el verdadero encanto se encuentra en la verdad.

—Y tambien se encuentra en ella la vida, repuso mi tio. Ved, sino como todo se anima en este cuadro de Homero, por que no ha omitido ninguno de los detalles que pueden dar vida á su cuadro.

—Además, continuó nuestra madre, que está elejido con raro acierto. He visto pocas escenas de campo más alegres, más animadas y más pintorescas que la conduccion de la ropa de la familia al lavadero. Todo allí es animacion y movimiento; las muchachas desnudos los brazos y las piernas, que lavan la ropa batanándola y sumerjiéndola en la espuma del agua azulada por el jabon; los dichos oportunos, las risas y el canto que alegran la escena, y la ropa blanca puesta á secar tendida sobre la menuda yerba del prado en las ramas de los arbustos, flameando unas veces como las velas de los barcos, y otras cubierta por una lluvia de flores desprendidas de los majuelos y del rosal silvestre.»

XXI.

Continuamos durante quince días la lectura de este poema.

La descripción del palacio de Alcinoos, nos deslumbró.

—¿Hace, pues, mucho tiempo, preguntamos á nuestro padre, que los hombres tienen palacios adornados con columnas de mármol y estatuas de bronce, y vasos de oro cincelados? ¿Las artes son tan antiguas como el mundo? ¡Y los jardines! El de Alcinoos era semejante á los que admiramos en nuestros días.

«Más allá del pátio, decía el libro, había un
«jardin bastante estenso, rodeado de un cercado;
«allí crecen árboles corpulentos y de un hermoso
«color verde, perales, granados y manzanos cu-
«biertos de fruta, higueras sagradas y olivos;
«que no se despojan jamás de sus hojas. Los fru-
«tos de estos árboles se suceden sin interrupcion
«durante todo el año; el hombre no los echa de
«menos ni durante el verano, ni durante el in-
«vierno; un viento túbio, que sopla sin cesar, los
«hace nacer y madurar continuamente. La pera
«se pasa de madura junto á la pera, la manzana
«junto á la manzana, el racimo junto al racimo,
«y la breva junto á la breva.»

«Mirad, exclamó mi tío, señalándonos con la

mano estendida, una viña que acababa de plantar: allí tambien hubo una viña que ha sido renovada.

Despues nos enternecimos oyendo leer los siguientes bellísimos versos, en los cuales Homero representándose á sí mismo bajo el aspecto del cantor Demodoco, canta delante de Ulises, á quien no conoce, sus propias proezas, bajo los muros de Ilion.

«Tales eran los cantos del ilustre Demodoco; oyéndole cantar Ulises se cubria la cabeza
«y ocultaba su hermoso semblante entre los
«pliegues de su manto de púrpura. Avergonzábase de dejar correr las lágrimas de sus ojos
«delante de los Feocios. Cuando Demodoco interrumpia sus acentos, el héroe enjugaba su llanto, erguia la cabeza, y llenaba su copa de vino
«hasta hacerla rebosar; pero cuando los convidados, entusiasmados con sus narraciones, le
«escitaban á cantar, entonces Ulises lloraba de nuevo, y se cubria el rostro.»

Así llegamos oyendo leer con creciente admiracion todos los cantos del poema, hasta el desenlace de tan maravillosas escenas, comentadas á unos niños por los dulces é intelijentes lábios de una madre.

La lectura de este poema era por sí misma todo un poema.

Ulises de regreso en Itaca, se vé trasformado en anciano mendigo por la Sabiduría, á fin de poder engañar los ojos de los pretendientes de Penelope.

—«¿Describiríais de otra manera, hijos míos, dícenos nuestra madre, el viejo leñador de la aldea de Clemency, que viene todos los sábados, deja su nudoso palo detrás de la puerta de la cocina, y pone sus alforjas sobre un banco, para que el cocinero José se las llene con los mendrugos de pan de la semana, los huesos del jamon y una botella de vino, con que sostiene su mísera existencia, y que lleva gozoso á su pobre mujer, aun más acabada que él?» Oid, sino.

«Minerva, despues de haber enseñado desde lejos á Ulises su querida Itaca, le toca con su varilla, y le manda irse á reunir con el leal pastor que guarda los puercos, y se conserva secretamente adicto á él, á su mujer y á su hijo.—Le encontrarás guardando la piara, reunida bajo la roca del Cuervo, junto á la fuente Aretusa, cuyas negras aguas beben para aumentar su gordura succulenta. Entretanto yo iré á Lacedemonia para avisar á tu hijo, y conducirlo á Itaca.

«Esto dicho, le toca con su varilla; arruga el cútis fino y terso de Ulises; despoja su cabeza de cabellos, y le dá todo el aspecto de un anciano cascado y achacoso; estendió una nube sobre sus ojos, siempre brillantes y trasparentes; vistióle un haraposo manto y una túnica hecha jirones y ennegrecida por el humo; púsole sobre los hombros una raida piel de ciervo, y en las manos unas alforjas remendadas; estas alforjas están sostenidas por un cordel que le sirve de bandolera.»

—«¿Qué os parece, nos pregunta nuestra madre, de la esactitud de esta pintura de un anciano mendigo? ¿Impresiona menos viva y agradablemente vuestro espíritu, que la descripcion de la resplandeciente armadura de un rey?

—Ciertamente que no, respondimos todos en coro, y por el contrario, nos conmueve más.

—Ya veis, repuso, como vuestro padre tuvo razon cuando os dijo: la belleza de la narracion no está en las condiciones de los personajes, sino en la verdad y en la impresion que causa la pintura; un andrajo aquí es tan bello como una diadema. Y ahora vais á ver como la verdad y la emocion se aumentan con el encuentro del falso mendigo y del porquero. No os recomiendo que presteis atencion, porque esta lectura no os dejará distraeros.

«Ulises obedeció. Encontró á Eumeo el porquero, sentado al sol en un paraje donde habian sido contruidos los altos muros del recinto espacioso y circular. El mismo porquero fué quien lo edificó durante la ausencia de Ulises, y quien sin la asistencia de su ama Penelope ni del anciano Laerte, preparó para la piara aquel espacioso cerrado con gruesas piedras y zarzas.»

—Esto mismo lo veis hacer todos los dias, dijo nuestra madre, al viejo Santiago, cuando quiere apriscar las ovejas en las laderas de la colina de Arcey; trabajo en el cual vosotros mismos le habeis ayudado muchas veces, acarrean-

do pedruscos y haces de ramas de arbustos. Continuemos la descripción de los establos, y veremos si la encontráis menos susceptible de impresionaros, que la de un palacio.

«En derredor del recinto exterior se levanta
«una fuerte empalizada formada con troncos de
«encina apretados los unos contra los otros. Do-
«ce establos para recoger los puercos habian sido
«construidos por Eumeo en el interior de este
«corralon. En estos establos reposaban tendidas
«sobre el suelo cincuenta marranas fecundas;
«los machos se revolcaban fuera de los establos.
«Guardaban tambien aquel recinto cuatro dogos,
«semejantes á leones, á los cuales el porquero
«echaba de comer. En aquel momento, Eumeo
«estaba ajustándose á los piés unas sandalias que
«él mismo habia cortado del rojizo cuero de un
«buey.

«Los perros ven llegar á Ulises, y se abalan-
«zan ladrando furiosamente hácia él. Ulises re-
«curre á la destreza para aplacarlos, siéntase en
«el suelo, y el palo se le escapa de la mano. Allí,
«en su misma casa, iba á sufrir un cruel insulto
«de los perros; pero el porquero acude á la car-
«rera, salva con paso rápido la entrada, y las
«sandalias se le caen de las manos. Aleja á pe-
«dradas á los perros, y le dice al héroe:

«Oh! anciano! que poco ha faltado para que
«esos dogos os despedazaran, y á mí me llenasen
«de vergüenza! Pues qué, ¿no tengo ya bastantes
«penas y aflixiones llorando sin cesar la ausen-

«cia de mi amo, cuyas pjaras guardo y engordo
«para que sean comidas por los estraños? En
«tanto que él, acaso privado de alimento, anda
«errante y miserable en ciudades lejanas, en me-
«dio de pueblos desconocidos, en el supuesto que
«respire todavía y que vea la claridad del sol.
«Pero seguidme, pobre anciano, venid á mi ca-
«baña, donde encontrareis pan y vino hasta sa-
«ciar vuestra hambre y vuestra sed.

«Esto diciendo, el porquero de corazon gene-
«roso, condujo á Ulises á su choza, y ya en ella,
«estendió sobre el suelo un lecho de espesas y
«menudas ramas, puso encima una velluda piel
«de cabra montés, y preparó así una cama espa-
«ciosa y blanda. Ulises le dió las gracias.—No
«está bien, dijo el porquero, el menospreciar un
«extranjero, aunque se presente todavía más mi-
«serable que vos. ¡Los extranjeros y los pobres
«nos son enviados por los dioses!»

Interrumpióse nuestra madre para hacernos observar, como la hospitalidad, esa hermana mayor de la caridad, se practicaba ya desde los tiempos más antiguos, y como la Divina Providencia ha puesto en la conciencia de los hombres las virtudes naturales necesarias para el mantenimiento de la sociedad humana.—«No veis, añadió, todos los dias verificarse escenas semejantes á la puerta del patio del castillo de vuestro tío?»

Luego continuó.

«Cuando hubo terminado de pronunciar estas

«palabras, recojióse la túnica en la cintura y corrió al establo donde los cerdos estaban encerrados. Cojió dos lechoncillos y los sacrificó en el acto. Los chamuscó, los partió en trozos, y los ensartó en asadores. Cuando las carnes estuvieron bien asadas, las apartó de la lumbre, y las puso todavía humeantes y ensartadas delante de Ulises. Las polvoreó con harina blanca. Despues preparó en una escudilla de raiz de yedra, vino más dulce que la miel, y sentándose frente al héroe, le dijo: Comed!»

—«A lo que parece, dijo mi padre sonriendo y mirando á mi madre, la cocina es tan antigua, como la moral en el mundo; puesto que de esta misma manera el cocinero José nos prepara el asado de carne de puerco fresca.—Pero cualquiera otro poeta, repuso mi tio, que no fuese Homero, hubiera retrocedido ante la descripcion poética de esos asadores y de esa harina polvoreada sobre las chuletas, para empanarlas, como se hace hoy en dia.—¿No os agrada, hijos mios? preguntó nuestra madre.—Mucho que sí, respondimos todos; la descripcion es tan natural, que los versos de Homero en este pasaje, huelen á carne de puerco asada.

Reanudóse la lectura.

El porquero hace con patética y orgullosa satisfaccion la cuenta de las riquezas que en ganados tiene su amo, y se muestra desesperanzado por volverlo nunca á ver.—«¡Él volvera! esclama Ulises, que estaba á punto de descubrirse.

«No me engañéis, dice Eumeo; aborresco tanto «como las puertas del infierno, al hombre que «habla de un modo y piensa de otro.»

—«Ya veis, esclama nuestra madre, cuan odiosa era la mentira para los hombres de otros tiempos.»

XXII.

El diálogo se hace más apremiante, más patético y más insinuante entre Ulises y el porquero. El primero cuenta al segundo una historia de su invencion. Le exige, para experimentarlo, que le conduzca al dia siguiente á la ciudad para ir á mendigar á las puertas del palacio de Penelope. Eumeo le disuade con horror de esa idea, enumerándole los desprecios que tendria que sufrir.

Durante este tiempo, Telémaco, procedente de Lacedemonia, desembarca de incógnito en Itaca. Diríjese como su padre á la cabaña de Eumeo. Los perros, que no habian conocido á Ulises, por haber nacido despues de la partida del héroe, reconocen á su hijo, y le hacen mil caricias.

Eumeo llorando de alegria, besa las manos, los ojos y la cabeza de su jóven amo. «¿De dónde procede este extranjero?» pregunta mirando al mendigo desconocido.

Ulises recobra su persona heróica, y el reconocimiento del padre y del hijo se verifica en el hogar del fiel porquero.

«Telémaco teniendo abrazado á su padre, «exhalaba gemidos de ternura y derramaba abundantes lágrimas. Una inmensa necesidad de llorar los conmovia á ambos; al fin prorumpen en gritos más agudos y repetidos que los de las águilas y de los gavilanes á quienes el labrador «ha robado sus polluelos del nido.»

—¿Por qué, pregunta mi madre, reprendeis el llanto que la ternura arranca de mis ojos cuando regresa vuestro padre ó alguno de mis hijos? Aquí teneis dos héroes, padre é hijo, que gritan como águilas, y se abrazan sollozando como dos mujeres. ¿Qué puede impedir al corazón que estalle cuando está demasiado lleno, y qué puede llenarlo mejor que el amor de un hijo hácia su padre, de un padre hácia su hijo, y de una esposa hácia su marido? Si me acusais de debilidad, acusad tambien á Homero y á sus héroes; ¿no son acaso mejores que yo?

Ninguno contestó, porque todos teníamos lágrimas en los ojos y sollozos en el corazón.

XXIII.

Los cantos que siguen están consagrados al complot tramado entre Ulises, su hijo y el pastor

contra los pretendientes, y al complot urdido por estos contra Telémaco, de cuyo regreso tienen conocimiento. Ulises disfrazado de mendigo baja á la ciudad guiado por el porquero.

«Echa sobre sus hombros las alforjas remendadas; cíñese la cintura con una cuerda, y Eumeo le pone en la mano un palo. Emprenden el camino. Así el prudente Eumeo conduce á la ciudad á su rey, que caminaba apoyándose sobre un palo, como un viejo mendigo, y cubiertos sus miembros de descoloridos harapos.»

Todos estos disfraces, todas estas vicisitudes, todos estos peligros del padre, del hijo y de la esposa inspiraban de día en día mayor interés á nuestras almas, no acostumbradas todavía á los azares del destino humano.

Nuestra atencion se aumentó cuando Ulises entrado en la ciudad se vió insultado por el desvergonzado mendigo Iros, vil adulator de los pretendientes, de quienes recibia limosnas. El interés creció de todo punto cuando el falso mendigo estermina á los usurpadores de su palacio, á los opresores de su mujer y de su hijo. Derramamos abundantes lágrimas cuando la casta Penelope, no fiándose de sus propios ojos, exige antes de reconocer á su esposo y rey, que le describa el lecho conyugal existente en los aposentos secretos, y que él solo puede conocer, si es verdaderamente Ulises.

«En este lecho artísticamente tallado existe un signo de reconocimiento, que todo el mundo

«ignora, escepto yo. En el recinto del patio cre-
«cia un olivo de hojas prolongadas; jóven y vi-
«goroso, erguíase como una fuerte columna. Edi-
«liqué alrededor de su tronco la cámara nup-
«cial y la cubrí con un tejado; á seguida talé la
«rama del olivo. Cortando entonces el tronco á
«poca distancia del suelo, pulimenté la superfi-
«cie con el cepillo; lo cincelé con esmero, lo ni-
«velé á cordel, y de él hice la base del lecho; so-
«bre este fundamento formé la cama. La incrusté
«de oro, de plata y de marfil; estiré de un lado
«á otro anchas correas, y las cubrí de tela de
«púrpura.

«Al oír esta descripcion, que no deja lugar á
«la duda, Penelope siente dilatársele el corazon
«y flaquearle las rodillas.»

Los esposos se reconocen; nada falta ya al grupo triunfante de la familia, si no es el anciano Laerte, padre de Ulises, que vive retirado en el campo, lejos de la ciudad, desde la partida y desgracias de su hijo.

Sin la ancianidad, esclama nuestra madre, la familia carece de calma y de santidad; un anciano retirado del mundo es la corona de la familia, depositada para los dias solemnes en el tesoro de la casa. Acordaos, hijos míos, de vuestro abuelo. Antes de morir vivia en la paz y en la soledad de su casa de Monceaux, donde os llevabamos todos los dias de fiesta para que os besara y vosotros le alegráseis. Homero conocia ese atractivo de los cabellos blancos, que corres-

ponde en una familia completa á las gracias de la infancia. Escuchad como conduce á Ulises y á Telémaco á la morada del anciano Laerte. Reconoced en la descripción de su pequeña finca campestre los vergeles de vuestro abuelo, viejos y fecundos en frutos como en prolongados años.

Y leyó lo siguiente.

«Aquí estaba la casa de Laerte; rodeábala una
«galeria donde comian, descansaban y dormian
«los criados, dispuestos siempre al trabajo, á
«obedecer sus órdenes y á complacerle. Con él
«vivía una mujer anciana, natural de Sicilia,
«que cuidaba del anciano y de su casa en aquel
«campo alejado de la ciudad.... Ulises, queriendo
«probar si su padre le reconocería, se dirigió al
«vergel. Encontró á Laerte ocupado en cavar un
«hoyo al pié de un olivo para retener el agua
«del cielo. Laerte estaba vestido con una túnica
«toda remendada, rodeadas sus piernas de tiras
«de cuero, mal cosidas, para garantirlas de las
«picaduras de los reptiles y otros insectos, y en
«las manos llevaba guantes, á fin de preservar-
«las de las ramas espinosas, etc.»

—«¿No habeis visto muchas veces en un disfraz parecido, á vuestro padre y á vuestro tío, cuidando sus cepas ó sus colmenas? preguntó nuestra madre. Pero continuemos.»

XXIV.

«A su vista, Ulises se detiene á la sombra de
«un peral, arrasados los ojos en lágrimas; luego
«se acerca al anciano.—Oh! anciano! le dice, muy
«hábil os mostrais en el arte del jardinero y en
«los cuidados que os tomáis en el cultivo de este
«jardin, pues no se vé aquí ninguna planta, hi-
«guera, viña, olivo, peral ni tabla de legumbres
«que no esté perfectamente conservada. Sin em-
«bargo, y no os incomodeis por lo que os voy á
«decir, paréceme que no os tomáis el mismo cui-
«dado por vuestra persona; estais postrado por
«la edad, por una culpable negligencia y por la
«miseria de vuestros vestidos. Y es de notar,
«que los rasgos de vuestra fisionomia y de vues-
«tra estatura no son de un pobre esclavo; muy
«al contrario, teneis la apariencia de un rey;
«pareceis al hombre rico, que despues que se ha
«bañado, y que ha comido, descansa perezosa-
«mente en su jardin. Tal es la parte equitativa
«que corresponde á la ancianidad:...»

El reconocimiento se verifica: Ulises se nom-
bra. Laerte duda todavía, y exige algunas prue-
bas de la identidad de su hijo con el extranjero.

«Pues bien! voy á designaros todos los árbo-
«les de este vergel, que me habeis dado cuando
«era todavía niño, y los acompañaba pidiéndoos

«para mí solo: trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras. Además ofrecísteis darme cincuenta ringleras de cepas, cada una de las cuales estaba cargada de racimos....!»

Estas palabras disipan todas las dudas del anciano, quien sintiendo su corazón y sus piernas desfallecer, se abrazó con su hijo Ulises.

Hubiéramos escuchado sin fin y sin lasitud durante diez veranos seguidos la lectura de tan delicioso poema, si Homero hubiese continuado, por los labios de mi joven madre, de espresarse así; mas el poema concluyó con la buena estación.

Desde entonces lo he vuelto á leer cien veces y en voz baja, dando á mi acento las mismas inflecciones de voz que mi madre, aquella mujer á la antigua, más candorosa que Nausica, más laboriosa que Euriclea, más reina, más mujer, más madre que Penelope! Ah! así es como debe ser leída la *Odisea*, para que todo su encanto se comunique desde los labios á la inteligencia y al corazón; es el poema de las madres de familia, de los maridos, de las esposas, de los abuelos, de los hijos y de los nietos; es el evangelio de la vida rural; el amo y el esclavo son iguales en él ante la poesía y ante la naturaleza.

No es solamente el más hermoso poema descriptivo de pasajes que existe escrito en todas las leyendas, es el curso de moral el más completo, el más gráfico y el más familiar que jamás haya sido cantado á los hombres desde el origen del mundo.

Que aquel que niega la poesía, lea la *Odisea*, y si no se convierte al génio de Homero, que sea maldito de todos aquellos que tienen inteligencia y corazon. Puede ser un geómetra y un jansanista, pero de seguro no es un filósofo ni un hombre. No ha recibido de Dios ni el sentimiento de la naturaleza, ni el sentimiento de la familia ni el sentimiento de la virtud.

Non ragionam di loro ma guarda e passa!

En cuanto á mí, no existe lengua alguna que pueda espresar mi admiracion por Homero, y si hubiese sobre la tierra algun órden de criaturas intermediarias entre la divinidad y la humanidad, yo diria: Homero pertenece á esa raza divina. Hay demasiada grandeza é infinito en su obra para que sea un hombre; y hay demasiado natural, demasiada sensibilidad y lágrimas para que sea un dios. Es Homero, y basta!

Voy á remontarme ahora á la *Iliada*; era necesario engolosinaros antes.

XIX CONFERENCIA.

EPOPEYA.

HOMERO.—LA ILIADA.

I.

La *Iliada* es un poema religioso, histórico, nacional, dramático y descriptivo al mismo tiempo.

Es el poema épico por excelencia, puesto que lo comprende todo, el cielo, la naturaleza y el hombre.

Voy á desarrollarlo página por página, mas no con la empalagosa minuciosidad de un escoliador griego que se estâsia sobre cada verso, sino con la crítica libre, imparcial, sincera de un eu-

ropeo cosmopolita de espíritu, que no adora servilmente todas las reliquias, pero que siente y que razona á la vez sus impresiones.

Muchas cosas han envejecido en este poema; desde luego el cielo que ha sido despoblado de sus dioses; despues las naciones como los Troyanos y los Helenos, pequeños grupos de hombres que solo cenizas dejaron sobre el cabo Sijeo y un nombre sobre las páginas imperecederas de su poeta; las costumbres, en fin, que se parecen á las nuestras de hoy en dia como la barbarie á la civilizacion, y como Troya y Argos, pequeñas villas clásicas, se parecen á Paris, á Roma, á Constantinopla ó á Lóndres.

Dos cosas solamente no han cambiado; estas son la naturaleza y el corazon humano; y estas son precisamente las que vamos á buscar juntos en los poemas de Homero. A cada paso las encontraremos, y con tanto más encanto cuanto que la admirable lengua con la cual Homero traza la naturaleza y el hombre tenia en aquel entonces sobre su paleta, en la apariencia indigente y novicia de un pueblo naciente, una transparencia de imágenes, una frescura de colorido y una ingenuidad en los giros que parecen asociar en los versos de Homero, la infancia, la juventud, la madurez y la decrepitud de un idioma.

Nos serviremos para hacer comprender esta perfeccion de los versos homéricos de la traduccion de uno de nuestros sábios amigos,

Mr. Duga-Montbel, inteligencia bastante estudiosa para interpretar laboriosamente al gran poeta, y bastante poética para no desflorar la poesía con la ciencia. Nos permitiremos modificar la traduccion con algunas pinceladas cuantas veces nos parezca susceptible de un giro más gracioso ó de una espresion más fuerte. Todo nuestro mérito, si es que lo hay en este comentario, será el presentaros estos dos monumentos del espíritu humano en Grecia bajo su verdadero aspecto, y de no interponernos entre Homero y vosotros. El verdadero comentario del genio son sus obras.

Leamos, pues.

II.

El poeta comienza su *Iliada*, ó su narracion de la ruina de *Ilion* (Troya) con una invocacion á la inspiracion divina que los antiguos llamaban la musa. Todo el que emprende una obra sobrehumana siente la necesidad de invocar fuera de sí mismo un poder superior á él. El acto de génio es al mismo tiempo un acto de piedad. El hombre se humilla y se convierte en instrumento bajo la mano divina. Este exordio religioso es el más bello, puesto que dá mayor autoridad al poeta, y al artista, ó al legislador, ó al orador, ó al guerrero sobre los otros hom-

bres. Ya no es el hombre que canta, que habla ó que obra en él; es la Divinidad.

Asi procede el piadoso Homero.

«¡Canta ó musa, la cólera de Aquiles hijo de Peleo; cólera fatal que ocasionó tantos desastres á los Griegos, que precipitó en los infiernos el alma intrépida de tantos héroes, y que hizo de sus cadáveres pasto de los perros y de los buitres!.»

Luego el poeta se interroga sobre las causas que produjeron aquellas desavenencias fatales entre los guerreros y gefes de la confederacion helénica contra Troya. Agamenon generalísimo del ejército griego se ha negado á devolver á Crises, sacerdote de Apolo, su hija cautiva. «No, le ha dicho al afligido padre; no daré libertad á tu hija antes de que haya envejecido en mi palacio de Argos, léjos de su pátria ocupada en hilar lino y en preparar mi lecho.»

Al oir estas crueles palabras el sacerdote se retira trémulo y camina silencioso sobre la playa del mar sonoro, pidiendo en su corazon venganza al dios cuyos altares sirve.

Apolo oye sus súplicas. Su bajada á la tierra recuerda la del ángel exterminador de la teogonia cristiana. «Ardiendo el corazon lánzase desde las alturas del Olimpo, llevando sobre los hombros el arco y el carcaj. Su veloz carrera deja oír detras de él el chocar de los dardos del dios irritado. Se acerca adusto y terrible como la noche, detiénese lejos de las naves, y dispara uno de sus

dardos. El arco de plata vibra con un sonido siniestro etc.»

Cada uno de sus dardos hiere de muerte á un hombre ó á un animal. Apolo representado aquí como dios de la salud, siembra la peste en el campo Griego. La muerte se ceba; los gefes se reunen en consejo. Aquiles pregunta, con furor mal reprimido, qué puede haber escitado la cólera de Apolo. Un adivino, llamado Calcas, le dice que le revelará la verdadera causa de aquella desgracia si se compromete á protegerle contra la venganza de un hombre poderoso que reina en Argos. Aquiles se lo promete, y Calcas denuncia á Agamenon por haber robado la hija de Crises. Agamenon maldice el adivino y se ofrece á devolver la cautiva para salvar al pueblo, si los demás gefes se comprometen á indemnizarle con un despojo equivalente.

Un sangriento altercado se entabla entre Agamenon y Aquiles; los dos jefes se llenan de atroces injurias. Las costumbres salvajes de aquellos caudillos de montañeses de la Albania se manifiestan en toda su desnudez. Aquiles amenaza de retirarse con sus guerreros y sus barcos y abandonar los Griegos á su desdichada suerte.—«Pues bien, huye si quieres; te desprecio! Me rio de tu cólera y desafío tus amenazas!» le dice Agamenon. «Devolveré su hija á Crises puesto que Apolo lo exige así: pero iré en persona á tu tienda y te arrebataré á la hermosa Briseida que te tocó en la re-

«particion del botin, para que sepas que mi autoridad está muy por encima de la tuya y que nadie puede igualarse conmigo!»

III.

Irritado con el más punzante dolor, Aquiles pone mano á la espada. Minerva le detiene asiéndole por sus rubios cabellos, pero le deja desahogar su rabia en palabras: «Miserable borracho! le dice, tú que tienes la insolencia de un perro en los ojos y la cobardia de una cierva en el corazon, te juro por este cetro, por este cetro que ya no brotará ni ramas ni hojas, por este cetro que ya no reverdecirá, desde que cortado del tronco que lo produjo en la montaña ha sido despojado de sus hojas y de su corteza;—juro que te roerás el corazon por haber ultrajado en mí al más intrépido de los Griegos!»

Entonces Nestor, anciano de palabra persuasiva, orador elocuente de Pilos, Nestor que habia reinado sobre tres generaciones de hombres, se esfuerza en reconciliar á los dos jefes, halagándolos àlternativamente. Su elocuencia no los puede avenir; los retos y las injurias se suceden como las olas del mar; Aquiles se retira bajo sus tiendas, Agamenon ordena á dos palafreneros ó heraldos suyos, llamados Euribate y

Taltibios, que vayan á apoderarse de Briseida en la tienda de Aquiles. Este la cede tomando por testigos de su ultraje los dioses y los hombres; luego se retira léjos de sus compañeros y se sienta para llorar en la playa espumosa contemplando las azuladas ondas.

Tétis, divinidad del mar, cuyo hijos, se le aparece y le pregunta la causa de su afliccion. La diosa misma derrama abundantes lágrimas al oír la relacion, y le predice un funesto y breve destino; pero le promete que irá al Olimpo á interesarse por él con el soberano de los dioses, Júpiter.

IV.

El poeta aprovecha esta suspension del dráma para pintar, en versos técnicos que tienen toda la poesia del mar y de las naves que le surcan, las maniobras de un barco que echa el áncora en una ensenada.

«En cuanto los compañeros de Ulises hubieron franqueado la entrada de la rada de *Crísa*, cargan y recogen las velas, las enrollan sobre la cubierta de la nave, largan las cuerdas para abatir el mastelero, y con ayuda de los remos se acercan á la playa. Entonces echan el ancla, atracan á la orilla, saltan en tierra y se diseminan por la playa, etc.»

El sacerdote de Crisa, á quien Ulises acaba de devolver su hija, invoca á Apolo para que se muestre propicio con Agamenon. Sacrificanse víctimas y se dispone al banquete. Homero como verdadero poeta no se contenta con narrar, sino que tambien describe todos estos preparativos y presenta á la imaginacion los detalles pintorescos del sacrificio, de la hoguera y del festin, detalles que son un verdadero cuadro de costumbres; y cuando los marineros vuelven á embarcarse con Ulises, pinta esta nueva escena con los mismos colores que la del desembarco.

«Cuando el sol toca el límite de su carrera y que las sombras de la noche comienzan á estenderse sobre la tierra, los Griegos se dirigen á sus naves para descansar de las fatigas del dia. A la mañana siguiente, cuando la aurora, hija de la mañana, entreabre con sus deditos de rosa las puertas del firmamento, comienza á soplar un viento propicio y favorable que risa las olas de mar. Los marineros levantan el mastelero, despliegan las blancas velas que hincha muy luego el soplo del viento; la ola azulada lame los costados del buque que hiende ligero la vasta superficie del mar.

V.

Aquí, el poeta, que ve con tan buen juicio

como poesía todas las acciones de los hombres dirigidas por el poder superior llamado divinidad, traslada, sin transición, la escena y el pensamiento desde la tierra al alto cielo. Tétis, arrodillada á los piés de Júpiter, implora al rey de los Dioses por su hijo Aquiles. Júpiter que teme disgustar á su esposa, la orgullosa Juno, protectora de los Troyanos, ofrece á Tétis escuchar sus ruegos, pero á condicion de que Juno lo ignore. Limitase su promesa á hacer un imperceptible movimiento con la cabeza, que equivale á una promesa de los dioses. «Frunce sus negras cejas; su divina cabellera hondea sobre su cabeza inmortal, y todo el inmenso Olimpo se estremece.»

Pero Juno se apercibe que su esposo ha prometido alguna cosa á *Tétis la de los piés de plata*, personificación del mar, cuya inmensa llanura blanquea la nevada espuma. Júpiter finje incomodarse para evitar una esplicacion, reprendiendo á su esposa Juno, y la manda callar y que se sienta. Vulcano, hijo de Juno, aconseja á su madre la obediencia, haciéndole presente cuán peligroso era irritar al soberano de los dioses, puesto que á él, su hijo, le habia precipitado, en un momento de impaciencia, desde el cielo en la isla de Lemnos. Despues, escancia á todos los dioses reconciliados y satisfechos el néctar, bebida de los inmortales.

«Una risa inextinguible desarrugó el ceño de todos los dioses y de todas las diosas, viendo al

ridículo Vulcano, esposo de Venus, dar vueltas cogeando en derredor de las mesas en el palacio del Olimpo. Apolo, el dios de la inteligencia bajo todas las formas, y las musas, inspiraciones encarnadas, completan la fiesta con el canto y la música. Júpiter finge dormir en los brazos de Jung.»

VI.

Ábrese el segundo canto con un sueño, mensajero engañador, que Júpiter envia á Agamenon. El Sueño obedece; anuncia á Agamenon que aquel mismo dia caerá Troya; el rey de Argos confía en este presagio. «Levántase del lecho, vístese una rica y mullida túnica, recién tegida, cubre sus hombros con un amplio manto, ata á sus piés ricas sandalias, cuélgase una espada de plata resplandeciente, empuña el cetro y se dirige hácia las naves de los Griegos.» Sube sobre la cubierta del buque del viejo Nestor, rey de Pilos; cuéntale el sueño que tuvo durante la noche, y Nestor convoca los confederados.

Escuchad al poeta describiendo la reunion de los reyes y del ejército, obedientes á la voz de Nestor.

«Todos los reyes que empuñan cetro obedecen al llamamiento del pastor de los pueblos, y acuden presurosos con los Griegos. Asi como de una

roca cavernosa salen en confuso torbellino innumerables abejas, cuyos enjambres, cada vez más espesos, se agrupan sobre las flores de la primavera ó revolotean zumbando esparcidas por los aires, así todos estos pueblos salen los unos de sus tiendas y los otros de sus naves, se esparcen por la dilatada playa y se acercan en grupos al lugar designado para celebrar el consejo.»

Agamenon les dirige un discurso no menos elocuente que patético para reanimar su valor, haciendo un llamamiento á su patriotismo y á su número.

Homero demuestra en este discurso, que le hubiera sido fácil ser un Demóstenes si no hubiera sido Homero.

Agamenon finje el deseo de levantar el sitio, despues de nueve años de estériles esfuerzos para apoderarse de Ilion. Este pensamiento hace estremecer de cólera y vergüenza á los Griegos. La agitacion que se produce en aquella asamblea está descrita como por un historiador que hubiese asistido innumerables veces á esas tempestades de hombres en las asambleas políticas.

«La multitud ondula como las olas del mar Icarío, agitadas en sentido contrario por los vientos Euro y Noto desprendidos del seno de las nubes; como en su veloz carrera el Céfito hace inclinar las espigas de un dilatadísimo sembrado, y las levanta haciéndolas ondular en todos

sentidos, así se inclina ó se levanta aquella inmensa reunion! etc.»

Ulises, hábil y discreto confidente de Agamenon, inspirado oportunamente por Minerva, emblema de la sabiduria divina, recorre los grupos, y comunica en voz baja á los gefes, que el discurso de Agamenon solo tiene por objeto tantear el espíritu del ejército. Homero se muestra aquí no menos experimentado en materia de efervescencia popular y menospreciador de la anarquia que cualquier hombre que hubiese luchado toda su vida con las facciones de la multitud y de la soldadesca en las contiendas civiles de su patria. La personificacion que hace de la demagogia de los campamentos, en el díscolo Tersito, amonestado por el prudente Ulises, es una leccion que la poesia dá á la política.

«Los soldados permanecian sentados y en correcta formacion; solo Tersito, parlanchin infatigable, continuaba azuzando el descontento; su imaginacion era fértil en imprudentes dicterios; parlero y desvergonzado ultrajaba á los gefes á fin de provocar la risa en la multitud. El más vil y despreciable entre todos los combatientes acampados en aquellas orillas, era, además, vizco y cojo; cargado de espaldas, estrecho de rejoy, su cabeza prolongada en forma de cono, mostraba en el vértice algunos cabellos ralos agitados por el viento.»

Las frases que Homero pone en sus lábios son punzantes y envidiosas ironias lanzadas contra

Aquiles y Agamemnon, objetos de la risa del populacho. Ulises le confunde delante de sus partidarios, y le golpea impunemente con su cetro en las espaldas. Los soldados indignados al ver la cobardía de este faccioso que llora en lugar de defenderse, se revuelven con la movilidad popular contra su insolente instigador. Esta escena sería propia de la sabia comedia de Moliere, por el desprecio que entraña, si no perteneciera á la epopeya por la energía de su elocuencia.

Ulises dirige una arenga á la asamblea conmovida con la descripción patética de un oráculo. Nestor le acompaña. Agamenon se confiesa culpable en sus diferencias con Aquiles, le propone la reconciliación, y manda que se preparen para el combate. «Que las correas que suspenden el ancho escudo al cuello de los guerreros se humedezcan con el sudor; que el brazo se canse de lanzar dardos, que los caballos unidos á los carros resplandecientes se cubran de espuma, y que los cobardes sean arrojados á los perros y á los buitres!»

Estas frases arrancan un inmenso clamor á los Griegos: «Semejante al estrépito de las olas estrellándose contra la roca escarpada de un alto promontorio combatido por todos los vientos, etc.»

Celébrase un sacrificio á los dioses. La sangre, la hoguera, el humo que produce la grasa de las víctimas, todo está descrito con una fuerza tal de verdad, que nos hacen respirar el olor

del holocausto, sin causarnos repugnancia ni horror.

«Los guerreros, semejantes á la llama que recorre los valles devorando un bosque, hacen centellear el brillo de sus armas por toda la playa. Sus masas, semejantes á innumerables bandadas de aves silvestres, grullas y cigüeñas de largo pescuezo que revolotean en las orillas del *Caistro* (rio que pasa cerca de Esmirna, y en el cual puse un dia yo mismo mi tienda) se estiendo por la húmeda llanura por donde corre el Escamandro, rio ya seco en Ilion.»

Termina este canto con una revista de los gefes, de los soldados y de los pueblos enumerados y nombrados por la musa al poeta; revista salpicada de anécdotas nacionales en las que se retratan todos los pueblos de la Grecia, con su verdadero carácter y su gloria propia. Es la geografía cantada y la historia pintada. El poema desciende aquí á la precision sin dejar de ser poema. Homero aun siendo historiador y geógrafo no deja de ser Homero.

VII.

El canto tercero se abre con la marcha del ejército Griego en medio de la espesa nube de polvo que levantan sus pasos, y que el poeta compara á las nieblas que el viento del sur le-

vanta sobre la cima de las montañas.

Páris el hermoso seductor de Elena sale de la ciudad, y encuentra en las primeras filas de los Griegos á Menelao, cuya esposa robó. Menelao le reta en vano; *Páris*, que bajo su apariencia de marcial belleza oculta un corazon cobarde, huye y se oculta entre la muchedumbre de los Troyanos. Su hermano Hector, hijo tambien de Priamo le echa en cara con dureza su crimen y su pusilanimidad. *Páris* se disculpa y se ofrece á combatir con Menelao á la vista de los dos ejércitos. Hector lleva esta proposicion á los Griegos, que la aceptan. Los dos ejércitos permanecen inmóviles en sus posiciones, contentos con esta tregua.

Durante esta suspension de armas, el poeta nos conduce á la ciudad de Priamo. «Allí, dice en su inagotable fertilidad de analogias, encanto de la inteligencia, allí Priamo y los ancianos estaban sentados en la plataforma, dominando la ciudad. Llenos de esperiencia discutian juntos, semejantes á las cigarras, que, desde la copa de un árbol hacen retumbar el bosque con su melodioso canto.»

La hermosa Elena que saliera del palacio para presenciar la batalla, afligida de los males que causa y participando de la afliccion de Priamo, se arrodilla á sus pies, y le nombra uno á uno los gefes Griegos á medida que van desfilando por la llanura.

Cada uno de estos retratos queda grabado en

la imaginacion. Es un rasgo verdaderamente patético y que hace de esta escena todo un drama conmovedor, la idea que tuvo Homero de poner en boca de la culpable y desgraciada Elena, causa de esta guerra, la descripcion de los guerreros que han de sacrificar muy luego los hijos, y quemar el palacio del anciano Priamo que la escucha con el corazon traspasado de dolor. La invencion de la inteligencia no es fecunda, la del corazon es la que dá la vida. Vése en todo el poema que Homero inventa como la naturaleza, es decir, *sintiendo* lo que *piensa*, y *pensando* lo que *siente*. Esta es la diferencia que existe entre el poeta puramente ingenioso, y el poeta que crea; aquel nos hace admirar su inteligencia, este nos comunica su alma. Homero es inmortal como es universal porque es el alma de todos, impresionada y espresada en uno solo.

VIII.

El retrato que Elena hace de la sabiduria de Ulises, se ve realzado por la pintura que Antenor, otro hijo de Priamo, hace de su elocuencia. «La elocuencia de Menelao, dice, es breve; habla poco, pero recio; siempre sobrio no divaga fuera de la cuestion, por mas que sea el más jóven. Cuando por el contrario el prudente Ulises se

levantó para hablar inmóvil, con los ojos bajos y la mirada clavada en el suelo, teniendo su centro en la mano inmovil y sin balancearlo de un lado á otro, como un adolescente novicio en el arte, hubiérais creído ver en él un hombre herido por el rayo, ó un débil idiota; pero desde el momento que su voz armoniosa se dejó oír, las palabras brotaban de sus lábios semejantes á innumerables copos de nieve en la estacion del invierno!»

Los guerreros vienen á invitar al anciano Priamo para que baje á la llanura á firmar la tregua con sus juramentos. Su carro, guiado por Antenor le lleva en medio de los dos ejércitos. Terminado el acto regresa apresuradamente á Ilion para no presenciar un combate en el cual su hijo Páris puede quedar sin vida, etc.

Comienza la lucha; Páris herido por Menelao está á punto de sucumbir; Vénus que le protege, le cubre con una nube milagrosa y le salva así de morir á manos de Menelao. Indignada Elena de la huida de Páris que regresa á su palacio con una insignificante herida, se niega á verle. Pero Vénus (la pasion) obliga á Elena á perdonar á su amante, y á amarle todavia por el solo mérito de su belleza. Páris la conmueve con el encanto de su palabra. «Jamás, le dice, tantos deseos han embriagado mi alma; ni aun el dia en que te arrebaté en mis ligeras naves de las deliciosas playas de Lacedemonia y que

el amor y el sueño nos reunieron en la isla de *Cranae*. Atráela dulcemente hácia la cámara nupcial, y descansan juntos sobre un lecho de oro mientras que Menelao busca al aborrecido raptor entre el polvo del campo de batalla para darle muerte.

IX.

La escena del canto cuarto pasa en el Olimpo. Júpiter, embriagado de néctar por Hebe, se burla de su esposa ponderándola irónicamente el éxito de la mediación de Vénus en favor de Páris y de los Troyanos. Juno humillada, defiende todavía á Ilion, capital de su culto. Júpiter permite que Minerva intervenga para escitar á los Troyanos á romper la tregua los primeros, á fin de cojerlos en falta y tener un pretesto para abandonarlos. La bajada de Minerva sobre la tierra está descrita con una pincelada que hiende el cielo.

«Semejante á un ástro nuevo que Júpiter, hijo de Saturno, hace brillar de improviso á los ojos de los nautas ó de un numeroso ejército, globo deslumbrante que brota luces mil, así Palas se lanza de lo alto sobre la tierra, cerniendo su vuelto entre los Griegos y los Troyanos.»

Palas trasfigurada, induce á Pandoro, héroe auxiliar de los Troyanos, á que dispare una

flecha contra Menelao. Pandoro, hombre poco discreto, obedece.

Escuchad como por una estraña y pintoresca diversion de la inteligencia, el poeta no menos descriptivo que épico, traslada la atencion de un combate á una caceria.

«De pronto, dice, Pandoro, empuña su arco bruñido, hecho con los cuernos de una cabra silvestre, que él mismo habia herido en los pechos, en el momento de saltar desde la cima de una roca. El guerrero que la acechaba oculto en la sombra, le atravesó las entrañas; el animal cayó muerto del golpe sobre las peñas; sus cuernos, que tenian diez y seis palmos de altura, se levantan sobre su frente. Un obrero inteligente los limó con esmero para bruñirlos, los soldó y doró sus puntas. Para armar con más fuerza e arco, Pandoro lo afianza por un extremo y apoya el otro contra el suelo, etc.»

¿A quién no causan profunda admiracion estos cuadros tan acabados y tan primorosamente cincelados con el buril de la verdad? cuadro intercalado al pasar en una comparacion ó en un detalle técnico que deslumbra la vista sin distraerla del objeto principal, como la espuma señala sobre la ola que sostiene al navio, la estela de su quilla sin detener el curso de su navegacion!

Continuemos.

«Pandoro adapta la flecha á la cuerda; tira hácia sí la cuerda y la muesca de la flecha al

mismo tiempo, hasta que tocan á su pecho, y el hierro agudo del dardo al arco. A penas hubo tendido aquel inmenso y encorbado arco, cuando resuena, la cuerda vibra y la mortífera flecha silba rápida y ardiente, y se dirige recta hacia el grupo de los Griegos.»

Menelao se siente herido, y vé un hilo de sangre correr por sus muslos. Oid otra comparsacion con la cual el poeta interrumpe la curiosa inquietud de sus oyentes, pintando las costumbres de la Jonia, su pátria.

«De la misma manera, cuando una muger de Caria ó de Meonia ha teñido de púrpura las chapas de marfil que han de servir para adornar la frente de los corceles, muchos son los guerreros que desean poseerlas; pero estos preciosos adornos dispuestos para los reyes, constituirán algun dia el lujo y el orgullo de su amo. Así, oh, Menelao! la sangre tiñó tus muslos, tus piernas y corrió hasta tus piés.

Agamenon, su hermano, se apiada con los términos de una elejía heróica, sobre el destino del héroe herido; la Biblia no contiene acentos más candorosos ni más misericordiosos. No existe un solo sentimiento de ternura hijo del corazon, que no tenga su nota espresiva en el clavicordio de Homero; no encanta, no conmueve solamente, sino que arrebatada el corazon humano de virtudes naturales. Se les lee á los jóvenes como un curso de poesia, cuando debiera leerseles como un curso de bondad y de moral.

X.

El hábil médico, Machaon, hace la primera cura al herido. La operacion quirúrgica está descrita con el piadoso respeto que inspiraban, ya en el tiempo de Homero, los hijos de Esculapio, *corazones de muger y manos divinas* que alivian los dolores de los hombres.

En todo lo que resta del canto aparece Agamenon recorriendo las filas y alentando á los confederados con magníficas arengas. Las masas estrechan las distancias, se agrupan y se ponen en movimiento. Oid el tumulto de tantos pasos.

«Como sobre la sonora playa las olas del mar se acumulan y se estienden las unas sobre las otras á impulsos del viento del Sur; empiezan á levantar sus crestas en alta mar y llegan acompasadamente á romperse mujiendo sobre la orilla; aquí se revuelven sobre sí mismas, se hinchan y redondean en derredor de los escollos y lanzan á lo léjos su blanca espuma, así se suceden las masas de los Griegos marchando al combate. Los Troyanos, por el contrario, se asemejan á las ovejas encerradas en el aprisco de un hombre opulento, las cuales en tanto que los pastores las ordeñan, exhalan prolongados balidos al oir los gritos de los corderos separados de sus madres, etc.»

Paso en silencio la descripción de la batalla, por ser semejante á todas las batallas; variada, sin embargo, en el canto quinto, con episodios y enternecimientos de poeta, que mezclan con oportunidad las lágrimas y la sangre, la humanidad y el furor, la piedad y la gloria. Las divinidades se confunden con los hombres, para recabar la parte que corresponde al cielo y al destino en los acontecimientos de la tierra. Detiénese el cantor con frecuencia para que el lector pueda tomar aliento y descansar, recreándose en comparaciones lentamente desarrolladas que transportan su alma al vasto escenario del campo ó de la mar.

«Diómedes se lanza á la batalla, como el leon de incontrastable empuje que salva la empalizada del aprisco y cae de golpe sobre las ovejas de espeso vellon; si se siente ligeramente herido mas no vencido por el pastor que las guarda, su rabia y su vigor se aumentan á la vista de su sangre. Su aspecto intimida al pastor que renuncia á defender su ganado, y se esconde en lo más oculto del aprisco temiendo ser visto por su enemigo; las ovejas arremolinadas por el terror se aprietan las unas contra las otras, en tanto que el leon enardecido salta desmeleñado en el vasto cercado, etc.»

XI.

Los caballos, esos amigos y valientes auxiliares del hombre, representan en las batallas un papel casi igual al de los héroes. Homero los describe como pintor ecuestre, y los canta como poeta convencido de la inteligencia, de la lealtad y del heroísmo de esos nobles animales, con todos los detalles referentes á su raza, á su educacion, á su alimento y á la manera de ser uncidos á los carros de guerra.

La misma Vénus queriendo salvar de la muerte su favorecido Eneas, recibe en la mano una herida que la infliere Diómedes; la diosa sube al cielo y se queja á Júpiter. El padre de los dioses la reprende amorosamente por su imprudencia. Marte, el dios de la guerra, anima á los Troyanos dentro de sus muros. El valeroso Héctor, hijo de Priamo, reanima á los suyos y los conduce de nuevo al combate. El encuentro es terrible.

«Como el viento en una era donde se trilla el trigo consagrado, cuando la blonda Ceres separa al soplo de los céfiro el grano de su lijera corteza, como entonces se ven ponerse blancos todos los terrenos inmediatos, así aparecen los combatientes cubiertos del polvo de la batalla. El polvo se levanta en torbellinos hasta la bóveda sólida de los cielos, removido por los cas-

cos de los caballos que revuelven enardecidos al combate.»

Los Griegos cejan delante de Héctor.

Juno se conduce de su suerte. Manda á Hebe que prepare su celeste carro de guerra; carro cuya descripcion técnica bastaria para dar testimonio de que Homero habia sido aprendiz en casa del renombrado armero Ticios. Palas sube con Juno en el carro.

«Tanto espacio en el horizonte como descubre un hombre sentado en una elevada roca en el azulado mar, otro tanto salvan de cada bote los divinos caballos.»

Las dos diosas obligan á Márte herido á separarse de los Troyanos para hecerse curar en el cielo.

En el sexto canto se renueva el combate con una abundancia tal de detalles y un cúmulo tal de muertes que el lector se siente fatigado. Un sin fin de arengas injuriosas cambiadas entre los guerreros de los dos campos acrecen su monotonía. Se siente el fastidio, que es el veneno casi inevitable de las largas epopeyas. Pero los Griegos contemporáneos ó posteriores á Homero no debian sentir sus efectos, porque todos aquellos héroes eran sus antepasados, y todos aquellos dioses los suyos. Mas este es el vicio de los poemas nacionales; pasado cierto tiempo ya no tienen el mismo interés para todos los hombres.

Solo el corazon humano y la naturaleza tie-

nen un atractivo universal que se renueva con todos los tiempos.

XII.

El interés renace con la entrada de Héctor en Ilion. En las puertas Eceas, y cerca de una corpulenta haya, atraviesa por medio de la muchedumbre de ancianos, mugeres y doncellas de Troya que le interrogan acerca de sus hijos, de sus maridos, de sus hermanos y de sus amigos. Héctor se dirige al palacio de su padre Priamo. Se conoce por la descripción de este palacio cuan anteriores son á las mismas remotas épocas cantadas por los primeros épicos, las artes de la arquitectura y de la decoración.

«En este palacio habia cincuenta aposentos contiguos cuyas paredes estaban revestidas de mármoles pulimentados y brillantes; en ellos reposaban los hijos de Priamo, al lado de sus legítimas esposas. En frente, en el interior de espaciosos pátiós, abríanse otros doce aposentos contiguos, decorados tambien con mármoles resplandecientes, destinados á las hijas del rey, y en los que moraban los yernos de Priamo al lado de sus esposas. En ellos encontró Héctor á su querida madre, que iba á visitar á Laodicea la más hermosa de sus hijas.»

Ofrécele su madre un vino corroborante para

reanimarle; pero Héctor lo reusa á fin de conservar su sangre fria. Induce á su madre que vaya á implorar el auxilio de los dioses á la ciudadela. Hecuba le complace yendo con las mugeres ancianas y piadosas de la ciudad. Mientras dura su plegaria, Héctor se dirige al palacio de su hermano Páris, afeminado raptor de Elena. Esta escena doméstica conmueve profundamente el corazon, por el contraste que presentan el patriotismo y abnegacion de Héctor, la molicie de Páris, y el rubor de Elena que admira á Héctor y que ama y desprecia á Páris. Esta escena prepara admirablemente el ánimo del lector para hacerle asistir á la entrevista de Héctor y su esposa Andrómaca.

Ved y escuchad esta escena conyugal entre Héctor, su esposa y su hijo; escena que ha servido y que servirá eternamente de texto á todas las poesias de la epopeya, del drama, de la pintura y de la escultura. Es la misma naturaleza con sus más tiernos y más generosos instintos, trasfigurada por la poesia y divinizada por el deber.

Héctor, entra cubierto de sangre en Ilion, y en lugar de ir desde luego á estrechar entre sus brazos á su esposa y á su hijo, empieza por cumplir su deber de ciudadano con la pátria; yendo á reprender á Páris y á recordarle la obligacion que tiene de acudir en defensa de la ciudad amenazada. Solo despues de haber cumplido con es-

te deber, es cuando cede al amor conyugal y al amor paternal y corre á reunirse con su esposa. La narracion de esta entrevista es sencilla como la Biblia y está dialogada como una leyenda popular de la Edad Media.

«Mugeres, decidme la verdad,» pregunta á las sirvientas. «¿Dónde ha ido la bella Andrómaca, que no está en su palacio? ¿A casa de alguna de sus hermanas? ¿de la esposa de algunos de sus hermanos? ¿ó al templo de Minerva donde las otras mugeres aplacan en este momento con sus plegarias la cólera de las divinidades terribles?

—No ha ido en casa de una de sus hermanas, ni en casa de la esposa de uno de sus hermanos, ni al templo de Minerva donde las otras mugeres aplacan con sus plegarias las divinidades terribles, sino que subió sobre la plataforma de la alta torre de Ilion, en cuanto supo la derrota de los Troyanos y la victoria de los Griegos. Corrió hácia las murallas como una muger demente, y detras de ella la nodriza con el niño en brazos.

Héctor nada más quiere escuchar, y se lanza hácia las puertas Eceas por donde se sale á la llanura donde campea el enemigo; Andrómaca que le ha visto desde la alta torre, baja precipitadamente, y corre en pos de su marido. Acompañala una sola sirvienta que lleva en sus brazos á su hijo muy niño todavía. Los Troyanos llamaban al niño Astianaj, y su padre le llamaba Escamandro. Al ver á su hijo, Héctor se son-

rie sin hablar mientras que Andrómaca se acerca al héroe, y tomándole una mano entre las suyas, le dice:

«Desventurado! tu heroísmo te perderá. No tienes piedad de este tierno niño ni de mí, desdichada! que quedaré muy pronto viuda, pues los Griegos te inmolarán reuniéndose todos contra tí! ¡Más me valiera ser sepultada en el seno de la tierra! ¡Ay de mí! que ya no tengo padre ni madre! El terrible Aquiles dió muerte á mi padre cuando saqueó la populosa ciudad de los Cilicianos; pero al quitarle la vida, no le despojó de sus vestidos, tanto respeto le inspiró; por el contrario le erigió una tumba en contorno de la cual las ninfas de las montañas plantaron olmos. También tenía siete hermanos en mi palacio, mas todos bajaron en un mismo día á la noche eterna, pasados á cuchillo por el feroz Aquiles que los sorprendió cuando estaban guardando sus numerosos rebaños de bueyes y de ovejas blancas. Mi madre que se rescató de sus manos por una crecida suma, murió en el palacio de mi padre herida por una flecha de Diana.... ¡Héctor, tú eres mi padre, mi madre venerada, tú eres mis hermanos, mi esposo! Tan bello de juventud ten piedad de mi desesperacion, quédate aquí sobre la plataforma de esta torre; no dejes tu esposa viuda y tu hijo huérfano! Coloca tus guerreros sobre la colina de las Higueras; único punto por donde la ciudad es accesible!

—«¡Querida esposa, responde Héctor, todos

esos pensamientos son tambien los mios; pero mi sonrojo delante de los hombres y de las mujeres de Troya sería demasiado grande si me retirara como un cobarde del combate..... Tengo en el fondo de mi corazon el presentimiento de que amanecerá el dia en que la ciudad sagrada de Ilion, Priamo y el valeroso pueblo de Priamo perecerán juntos! Pero ni las desventuras futuras de los Troyanos, de mi madre Hecuba, del rey Priamo y de mis hermanos, no me aflijen tanto como tu desgracia cuando un Griego feroz te arrebatará inundada en llanto y privada de tu dulce libertad; cuando en Argos tejas vistosas telas bajo la direccion de una mujer extranjera, y que obligada por la inflexible necesidad vayas á buscar agua á las fuentes de Miseida ó de Hiperea. Entonces, al ver tus inagotables lágrimas, se dirá: ¿Es esta la esposa de Héctor, que fué el más valiente de los guerreros Troyanos cuando combatian por la defensa de Ilion? Ah! que la tierra amontonada cubra mi cuerpo sin vida antes de que oiga semejantes palabras y sepa que te han arrebatado de este palacio!

Pronunciadas estas palabras, el magnánimo Héctor quiso tomar á su hijo en brazos; pero el niño asustado al ver el gesto de su padre, exhaló un grito y ocultó el rostro en el seno de su nodriza. El brillo del bronce de la armadura y las crines que ondean erizadas en la cimera del casco de su padre, le causan espanto. Su terror hace sonreír á los dos esposos. El magnánimo

Héctor se quita el centellante casco que brilla sobre su cabeza, y lo pone en el suelo: esto hecho, toma en brazos á su hijo, le mece como una madre cariñosa y dirige á Júpiter y á los otros dioses su plegaria:

«Júpiter! esclama, y vosotros todos dioses inmortales! haced que este niño sea como yo illustre entre los Troyanos; que tenga mi fuerza y mi intrepidez para reinar y mandar en Ilion: que llegue un dia en que se diga: «Es mas valeroso todavia que su padre!»

«Dice y deposita su hijo en los brazos de su amada esposa, que estrecha al niño sobre su pecho y le besa con una sonrisa empañada en lágrimas. Enternecido el héroe á la vista de este cuadro piadoso, llama á Andrómaca por su nombre, y la dice las siguientes palabras:

«¡Querida Andrómaca, no te entregues á una prematura desesperacion! Ningun guerrero puede sepultarme en la tumba antes de la hora que me tiene señalada el destino; desde el momento que respira ningun mortal sea valiente ó sea tímido puede eludir el suyo. Regresa á tu morada, reanuda allí tus labores de mujer, la trama y la rueca! Vigila los trabajos de tus sirvientas!»

«Acabadas de pronunciar estas palabras, Héctor se pone en la cabeza el casco sombreado de espesas crines. Su amada esposa se encaminó hácia su morada, pero vuelve atrás con frecuencia la cabeza derramando abundantes lágrimas.

Encuentra reunidas en el palacio de Héctor sus numerosas sirvientas, que al verla llegar redoblan sus sollozos: todas aquellas mujeres del palacio lloran á Héctor por más que esté todavía vivo.»

A este admirable cuadro de familia de un héroe sin jactancia, que sacrifica modestamente su amor de esposo, su ternura de padre y su vida de soldado á su pátria, Homero opone á seguida el contraste escandaloso de la mujer adúltera y del cobarde guerrero que alardea con ostentacion ante el pueblo el valor que falta á su corazon.

«Sin embargo, París, no se ha detenido mucho tiempo en su espléndido palacio; vestidas sus armas resplandecientes de bronce bruñido, cruza la ciudad fiándose en la ligereza de sus piés. Así un corcel, bien cuidado y alimentado en la cuadra, rompiendo sus trabas, se lanza galopando en la llanura hácia el rio de rápida corriente donde tiene costumbre de bañarse; levanta la cabeza, la sacude y hace ondear sus espesas crines sobre su robusto cuello, y orgulloso de su hermosura se dirige con paso lijero y sin cansarse, hácia las praderas conocidas donde pastan las gallardas potrancas.»

Héctor y París se encuentran en las puertas Eceas, y salen por ellas hácia la llanura donde van á combatir. Su conversacion es atenta y deferente, mas bien lijera que perversa en los lá-

bios de París, indulgente y mesurada en los de Héctor, que no menos político que valiente trata de levantar y no de humillar el corazón de su hermano.

Es indudable que Homero concediendo al héroe de Ilion esa precoz prudencia y sabiduría, quiere demostrar que nació con tanta aptitud para gobernar su patria, como valor para defenderla y quiere hacer resaltar más y más la salvaje y caprichosa ferocidad de Aquiles en oposicion á todas las virtudes del hijo de Priamo, á fin de aumentar el sentimiento de la próxima muerte de Héctor, por la admiracion y por el pesar que causa ver tantas virtudes segadas en flor.

XIII.

Estas escenas las unas públicas y las otras privadas del canto sexto; esos amores voluptuosos en la cámara de Elena, y castos en el palacio de Andrómaca; esa despedida en la torre de la puerta Ecea; ese corazón de esposa que desmaya á la vista del peligro que amenaza á su amado; y ese corazón de esposo que se fortalece y enternece al mismo tiempo bajo el sentimiento del deber; esa sagacidad instintiva de la madre que se hace acompañar por la nodriza y por su hijo para acrecentar su poder de amante con

el prestigio de la maternidad; ese diálogo cada una de cuyas palabras esta sacada de los instantos más verdaderos, más delicados y más santos de la naturaleza; esa pasión lejitimada por la casta union de los dos esposos; esa elocuencia que fluye sin frases rebuscadas y sin exajeradas declamaciones; ese episodio pueril y tierno al mismo tiempo, del niño que se asusta del aspecto guerrero de su padre, y huye de sus brazos ocultándose en el seno de su nodriza; ese padre que mece á su hijo entre esos mismos robustos brazos que muy luego van á lanzar el dardo de bronce contra Aquiles; el siniestro presentimiento de la esposa que recuerda de improviso y como involuntariamente, que ese mismo Aquiles dió muerte á su padre y á sus siete hermanos; en fin, hasta esos olmos plantados en derredor del sepulcro del padre de Andrómaca, y que brotan de improviso en sus recuerdos, y se lanzan como flechas de ciprés hácia un cielo sereno: y las lágrimas mal reprimidas que velan los ojos; y la separacion sollozando; y ese rostro que vuelve inundado en llanto para mirar por última vez aquel que le arrebató el alma; y el regreso á la casa donde ya no encuentra á su marido, pero que vé llena de mujeres indiferentes, y esta entrada de Andrómaca que llega sola con su hijo y la nodriza, escitando solo por la compasion que inspira, más sollozos y gemidos que la próxima ruina é incendio de Ilion, han de arrancar en la colina de las Higueras, son toques de

pincel que hacen al pintor igual á la naturaleza, y del poeta un intérprete verdaderamente divino entre la naturaleza humana y el corazon humano.

Y si se agrega que este intérprete tan inteligente, tan fiel y tan elocuente describe, halla y canta en una lengua no menos divina y no menos armoniosa que su pensamiento; si se agrega que esta lengua cadenciosa es trasparente como las olas y como el éter que la rodean en sus palabras rítmicas el órden lógico de las ideas, el nudo poderoso del verbo que preune en haz la frase, la claridad del medio dia bajo el sol de Oriente, la fuerza de la espresion, la delicadeza de las tintas, los relieves del mármol, la vivacidad de los colores, la sonoridad en los combates de las armaduras de bronce, y de las olas del mar en las peñas de la costa, el silbido de la tempestad en las vérgas y en las velas, el susurro del céfiro entre los tallos de la yerba ó entre las ramas de los árboles del bosque, en fin hasta las más imperceptibles palpitaciones del corazon en el pecho de los hombres, queda uno turbado, confundido ante esta prodigiosa manera de espresar todo lo que el alma piensa y siente; y nos preguntamos, por qué extraño fenómeno el más antiguo de los poetas es al mismo tiempo el más perfecto, y por qué contrasentido aparente el génio poético de la Grecia sale de las tinieblas con la obra maestra de las obras maestras en la mano; y no puede uno

menos de protestar contra la blasfemia ó la ceguera de los que preconizan nuestra caduca juventud en perjuicio de aquella jóven antigüedad.

La soberbia teoría del progreso incesante é indefinido de la humanidad en todas las artes recibe aquí, de un pobre ciego el más claro y eterno mentís. Las edades han progresado en mecánico, acaso, pero en poesía....! Colocad en un platillo de la balanza una locomotora de camino de hierro que arrastra poblaciones enteras de una en otra ciudad con la rapidez del viento; colocad en el otro la *Iliada* de Homero, y preguntaos con el criterio del alma ¿cual de los dos platillos sostiene más génio humano en aquellas dos obras maestras? Yo bien lo sé, mas no me atrevo á decirlo por miedo de ofender la inteligencia humana en una ó en otra de sus facultades igualmente divinas.

Sin embargo, el uno de los platillos sostiene una máquina, y el otro un alma. ¿Pero se me dirá, la máquina tambien contiene un alma? Sí; pero es el alma aplicada por el cálculo á la materia, en tanto que en el otro se contiene el alma aplicada por la poesia al sentimiento, al pensamiento, á la naturaleza universal y á la Divinidad: Que el mecánico prefiera la locomotora lo comprendo perfectamente; pero tambien comprendo que el filósofo, el poeta, el político y el espiritualista prefieran sin comparacion la *Iliada*. Yo soy de la religion del filósofo, del poe-

ta, del político y del espiritualista. Con tiempo y la *Iliada*, haré cien mil locomotoras; con cien mil locomotoras no podré hacer jamás una *Iliada*.

Honores y beneficios al mecánico, pero culto al poeta. Esta es la espresion de la verdad.

XIV.

Al final del canto sexto hemos dejado los Troyanos agrupados en las puertas Eceas, discutiendo sobre los peligros que amenazan la ciudad, en tanto que Héctor y París se lanzan de nuevo á la llanura para combatir con los Griegos. El sétimo y octavo canto, por más que estén escritos con la misma inspiracion y sublimidad de versos, nada añaden al interés de la situacion épica. Trátase solo en ellos de desafios y combates, relacion un poco cansada para lectores que distan tres mil años de aquellos sucesos, pero que debía ser sumamente interesante para los pueblos de la Grecia, de la Jónia y del Archipiélago, constantemente citados, descritos y celebrados en la persona de sus antepasados por el poeta.

Héctor desafía en combate singular al más atrevido de los gefes de la Grecia; Menelao se presenta; pero Néstor y Agamenon no le creen capaz de combatir con el héroe Troyano. Enco-

miéndase á la suerte la decision del asunto. Échanse en un casco cierto número de nombres famosos, para saber cual de ellos tendrá la gloria de combatir contra Héctor. El nombre de Ajax amigo de Aquiles sale de la urna.

Ajax y Héctor combaten entre los dos campos sin que la victoria se decida por ninguno de ellos. Júpiter los envuelve en una nube oscura para suspender divinamente el combate. Los dos héroes, cansados, pero no heridos, se paran y se hacen magníficos presentes. Hácense noblemente justicia el uno al otro. Esta generosidad, que en nuestros dias llamariamos caballerezca, atestigua que la *caballeria*, esta gracia del heroismo, existía mucho antes que las costumbres árabes y cristianas, que se manifestó en el corazon del hombre, hasta en los tiempos que llamamos bárbaros, como una belleza innata de los sentimientos humanos, belleza que tiene la misma edad que el corazon humano.

XV.

Despues de este combate singular, heróico, pero sin resultado, los Griegos sufrieron una casi derrota que los obligó á batirse en retirada hasta encerrarse en su recinto fortificado con fosos y empalizadas que habian construido en la orilla del mar para la defensa de sus na-

ves. Los Troyanos vencedores establecen su campamento sobre el campo de batalla reconquistado detrás del Simois.

El canto octavo termina con una de esas comparaciones amplias, espléndidas y conmovedoras que esparcen sobre los cuadros de Homero un brillo resplandeciente.

«Así habla Héctor, y los Troyanos aplauden sus palabras con un clamor general. A seguida desuncen los caballos bañados en sudor y cada guerrero los ata á su carro con fuertes correas... Orgullosos los Troyanos con su victoria, pasan la noche sobre el campo de batalla en derredor de las hogueras que han encendido.

De la misma manera que en el firmamento á la luz de la plateada luna centellean las estrellas, cuando los vientos cesan de zumbiar en el espacio y que la transparencia de la noche permite ver en lontananza las colinas, los valles y la cima de las altas montañas; y los dilatados cielos que se estienden delante de nosotros nos ponen ante los ojos todos los astros, llenando de alegría el corazón del pastor..... Así brillan aquí y allí los fuegos que los Troyanos han encendido delante de Ilion y del Jantes de rápida corriente. Mil hogueras brillan en la llanura; el vivo resplandor de cada una de ellas alumbra cincuenta guerreros sentados en su derredor, y los caballos que comen el pienso de cebada y de avena esperan junto á los carros que la Aurora ascienda sobre el trono de los cielos.»

XVI.

Háblase mucho de novedad en el estilo: ¿pero qué novedad de estilo podría sobrepujar esta descripción pintoresca de las hogueras de un campamento durante la noche, comparadas con la luz de los millares de ástros que brillan en la ilimitada bóveda del firmamento? ¿Júzguese del efecto de esta comparacion, cuando estas magníficas antigüedades de la poesia épica eran novedades de una literatura de la cual nos separan *tres mil años*! ¡Oh, presuntuosa vejez de nuestra dias! ¡césa de calumniar aquella verde juventud del espíritu humano de la antigüedad! Respeta la juventud del mundo, ó muéstranos una lengua ó unos versos que sean superiores á aquella lengua y á aquellos versos.

XVII.

La elocuencia de pasion y la elocuencia de razon llenan todo el siguiente canto. Agamenon, asustado de los peligros que presiente para el dia siguiente, envia á Ulises y Fenix en calidad de mensajeros á la tienda de Aquiles. La descripción de la tienda de Aquiles, de la hospitalidad

y del festin que ofrece á los enviados, pertenece á la poesia pastoril, injénua y sencilla semejante á un pasaje de la Biblia. Ulises habla como diplomático consumado; Fenix, anciano que fué maestro de Aquiles, habla mucho y como padre tierno.

«Tu padre, le dice á Aquiles, me recibió siendo todavía muy jóven en su reino: me amó como un padre ama á su hijo único, al hijo de su vejez que obtuvo en el seno de la felicidad. ¡Yo soy, divino Aquiles, quien te ha hecho lo que eres! Te amaba con toda la ternura de mi corazon; así es que no querias ir á los festines con nadie como no fuese conmigo; nunca querias hacer tus comidas en el palacio como yo no te tuviese sentado sobre mis rodillas, te cortase los pedazos de carne y acercase la copa á tus lábios. ¡Cuántas veces recostado en mi seno me manchastes la túnica con el vino que te se venía á la boca en los dias de tu tierna infancia! Mucho he sufrido y mucho he aguantado por tí pensando que si los dioses no me hubiesen concedido una familia, te adoptara por hijo, ¡oh ilustre Aquiles! esperando que un dia tú serias mi sosten contra los rigores del destino! No debemos tener un corazon sordo á la piedad; los mismos dioses se dejan aplacar... Las plegarias son hijas del soberano Júpiter; humildes y con la frente arrugada, sin osar apenas levantar los ojos, caminan anhelosas sobre los pasos de la injuria... Aquel que respeta en ellas las hijas de

Júpiter, cuando se acercan pidiendo misericordia, recibe de ellas un poderoso auxilio, vé cumplidos sus votos por su mediacion; pero si alguno las desconoce y las rechaza con corazon despiadado, ellas suben hasta el trono del hijo de Saturno y le conjuran que no separe la injuria de los pasos del hombre inhumano, y de vengarlas castigándole!»

XVIII.

Esto prueba cómo en aquellos tiempos que se suponen bárbaros, se conocia el perdon de las injurias y el poder invisible de la plegaria; prueba además como la poesia personificaba alegóricamente la divina filosofia del perdon.

Aquiles permanece inflexible; y no se avergüenza de confesar un cobarde amor á la vida, que los modernos sienten pero que no confiesan jamás; quiere, dice, retirarse en la dichosa Fítia, reino de su padre, y casarse allí. «Nada iguala para mí el precio de la vida. Se puede siempre tomar en la guerra piaras de bueyes y rebaños de hermosas ovejas, se pueden ganar trípodes y corceles con crines de oro; pero nada puede retener el alma del hombre, que huye sin esperanza de regreso cuando el último aliento se exhala de sus lábios!....»

Estas súplicas formuladas en diferentes tonos

y siempre desoidas por Aquiles, se continúan en discursos y en réplicas elocuentísimas durante toda la duracion de este canto.

El décimo nos describe el penoso insomnio de Agamenon, en su tienda, durante la noche que precede á un combate desigual. «Cada vez, dice el poeta, que sus ojos se dirigen hácia la llanura de Troya, vé con espanto las innumerables hogueras que brillan en contorno de Ilion, y oye el sonido de las flautas, de las zampoñas y el tumulto de los guerreros!»

Levántase Agamenon, y vá á pedir consejos al anciano Néstor. Su conferencia nocturna está pintada en rasgos no menos penetrantes que naturales. No parece sino que Homero asistió á ella, como parece haber asistido á todos los detalles de la guerra, á todos los movimientos del corazon humano!

Ningun poeta dramático ha grabado, variado ni conservado mejor que él todos los caracteres. Ni la historia tiene más precision ni más fisonomía que su pincel.

«Al oir la voz de Agamenon, Néstor se levanta; viste su túnica, ata á sus piés ricas sandalias, abróchase el manto de púrpura, empuña una robusta lanza con punta de bronce y se dirige hácia las naves de los Griegos.»

Ulises á quien han hecho levantar Néstor y Agamenon, marcha con ellos entre las sombras de la tenebrosa noche para despertar á los demas gefes. «Encuentran á Diómedes durmiendo

sobre sus armas fuera de la tienda, y en su derredor todos sus compañeros durmiendo tambien, sirviéndoles el escudo de almohada y clavadas las lanzas por el cuento en la tierra y la punta de bronce brillando al resplandor de las hogueras, semejantes á los rayos de Júpiter. Diómedes estaba acostado sobre una piel de buey silvestre, y su cabeza se apoyaba sobre un tapete enrollado, de vivos colores.»

«Nuestro comun destino está sobre el filo de una espada» le dice Néstor.

El episodio del despertar sucesivo de todos aquellos gefes llamados en voz baja por el generalísimo del ejército confederado, es una de las más solemnes escenas nocturnas. La admiracion raya en pasmo cuando se considera que está descrita en los más hermosos versos imitativos de la más bella de las lenguas.

Reúnese el consejo de guerra. Diómedes se ofrece á hacer una salida y practicar un reconocimiento en la llanura; elige á Ulises para compañero de expedicion. Los pormenores de la armadura del cuerpo y cabeza de los dos guerreros son tan técnicos como si el poeta hubiese sido toda su vida armero ó talabartero, y sin embargo este tecnicismo no deja de ser en sus versos tan poético como el eco de la lira. Este es el sello del génio de Homero, exacto como el obrero, elegante como el artista. Describe todas las cosas materiales hasta las más vulgares por el lado que puedan impresionar la imaginacion

más pintoresca y el sentimiento más patético. La naturaleza entera se hace poesia sin dejar de ser naturaleza.

Pero seria necesario traducíroslo todo, y solo me es dado conduciros á vuelo de pájaro sobre un poema en el que todo es maravilloso.

XIX.

Héctor tampoco duerme en su campo; envia un espia llamado Dolon para observar de cerca las naves griegas. Diómedes y Ulises se ocultan en la llanura entre los cadáveres y dejan adelantarse al Troyano hasta una distancia igual «á la estension del curso que trazan en una tierra feraz, dos mulas más ágiles que los bueyes «tirando del pesado arado.» Entónces se levantan. Dolon se vé perseguido por ellos y quiere escapárseles; pero ellos, «semejantes á dos sabuesos de carniceros dientes, amaestrados en la caza, persiguiendo sin tregua y sin descanso por un terreno montuoso, á una liebre ó á un tímido cervatillo que huye exhalando quegidos; semejantes, etc.»

Alcanzan al fin á su enemigo, y le interrogan. Dolon vende el secreto de Héctor, y no por eso se libra de ser inmolado, antes de haber podido *tocar con la mano la barba de Diómedes*, jesto que hacia sagrado á un prisionero.

Los dos héroes penetran en el campo enemigo, hacen en él una sangrienta carnicería y se apoderan de los caballos del rey Resos, aliado de los Troyanos. Regresan con ellos á su campo, «y despues de haberse bañado y perfumado con un aceite ontuoso se sientan á comer y escancian de las jarras llenas con vino delectable.»

Empéñase la batalla al salir la aurora. Cada bote de lanza dado en la refriega resuena como un eco en los versos. No nos detendremos en la descripcion de estas escenas harto prodigadas por Homero. «Así como las cuadrillas segando el «trigo y la cebada en las tierras de un hombre «opulento, cortan las mies por su pié y amontonan las gavillas, así caen confundidos los Griegos y los Troyanos. Durante las primeras horas de la mañana y en tanto que el ástro sagrado del dia se eleva sobre el horizonte, la «muchedumbre cubre la llanura; pero á la hora «en que el leñador prepara su comida en un claro «del bosque, cuando el cansancio de sus brazos le «obliga á buscar el reposo y un alimento reparador, entonces, etc.»

Observad con qué hábil y á la par graciosa complacencia, traslada Homero la atencion de sus lectores del horrible espectáculo de un campo de batalla á las tranquilas escenas de la vida rural.

El héroe de este canto es Agamenon, que semejante á Aquiles, todo lo pone en dispersion ó todo lo estermina con su espada. El mismo

Héctor se retira herido del campo de batalla.

Ulises hace increíbles proezas, empero se vé cercado por todos lados por los Troyanos, «como sobre la cima de una montaña los lobos carniceros sedientos de sangre rodean á un ciervo herido por la flecha del cazador; el ciervo huyó corriendo con paso veloz en tanto que de su herida brota la sangre caliente y que sus piernas pueden sostenerle; en fin, cuando se para enervado por el dolor punzante, los feroces lobos bajan de las montañas para devorarle en la umbría del bosque; pero si la casualidad conduce á aquellos sitios á un leon temido, entonces los lobos se dispersan y el leon se lanza sobre la presa.»

XX.

Veamos ahora la descripcion del carro de Héctor corriendo á los alcances de los Griegos.

«Dice, y escita sus corceles con el chasquido «del látigo; los corceles obedecen á la mano que «los guia y arrastran sin esfuerzo el carro en «medio de la refriega de los Griegos y los Troyanos. Solo cadáveres y paveses pisan sus cascos; las ruedas se sumergen en sangre hasta «el eje; y la sangre mancha los anillos de bronce pegados á la lanza; las gotas sanguinolentas que salpican las llantas de las ruedas y los

«cascos de los caballos cubren el carro.»

Ayax, el rival de Aquiles por su indomable esfuerzo, vé llegar á Héctor, y retrocede espantado hasta ocultarse entre la apiñada muchedumbre no atreviéndose á combatir con el hijo de Priamo.

«Como un leon hambriento que los pastores
«y los perros alejan del establo, velan toda la
«noche temerosos de que el leon se harte de la
«carne de sus hermosas terneras. En vano el
»leon sediento de sangre ronda y se abalanza so-
«bre el aprisco; mil dardos son arrojados contra
«él por manos valerosas; enciéndense las teas y
«la fiera á pesar de su impetuosa rábia se asus-
«ta del resplandor; por fin, al despuntar el dia
«se aleja triste y desalentado; así Ayax, etc.»

XXI.

Entre tanto Aquiles en pié sobre la popa de una de sus naves, contempla inmóvil las peripecias de esta batalla y los peligros que amenazan á los Griegos. Regocójase con maligna indiferencia de los reveses que sufren sus compatriotas. «Muy pronto los veré, dice á su amigo Patroclo, venir suplicantes á postrarse á mis piés.»

Comisiona á su amigo al campo de los Griegos para adquirir noticias. Patroclo se dirige á

la tienda de Néstor, y encuentra á este anciano guerrero sentado á la mesa con el médico de ejército, Machaon.

«Sírvelos la cautiva Hecámada, la de los hermosos cabellos. Ha puesto delante de ellos una mesa resplandeciente, pulimentada con primor y cuyos piés están teñidos de color azul; luego les sirve en un plato de bronce la cebolla que escita la sed, miel recién sacada de las colmenas y panes amasados con la harina del trigo sagrado. Sobre la mesa brilla la magnífica copa que el anciano Néstor trajo de Pilos; está enriquecida con clavos de cabeza de oro; rodéanla cuatro asas redondeadas y levantadas; sobre cada una de estas asas el artífice ha puesto dos palomas de oro que parecen inclinar el cuello para picotear su alimento. Hecámada, semejante á las diosas escancia en esta copa vino de Pramea; disuelve en él queso de cabra desnuzado con un rayador de bronce y lo polvorea con harina de flor.»

Admira el don de poesia con que el cantor de los dioses y de los héroes, sabe embellecer los mas vulgares utensilios de la cocina doméstica; y se deduce de la descripcion de la copa de Néstor, de la mesa cuyos piés estaban pintados de azul y de los platos de bronce, que los muebles de campaña de aquellos tiempos calificados de bárbaros, no eran muy inferiores á nuestros vasos de cristal, á nuestros platos de pedernal y á nuestras mesas de caoba. Era otra

clase de lujo: pero era un lujo en el cual el arte no estaba menos asociado á la ornamentacion exterior que lo está en nuestros dias. No es posible leer á Homero con atencion sin deducir para aquellos tiempos una civilizacion moral é industrial muy adelantada detrás de aquella aparente rusticidad.

El interminable discurso, pero abundante en detalles históricos, de Néstor á Patroclo, alivia al guerrero de las fatigas del dia, y traza eloquentemente la indolencia partera de la vejez que gusta de alabarse. Este discurso muy hábil al mismo tiempo enternece á Patroclo, que corre á repetírselo á su amigo Aquiles.

XXII.

Entre tanto Héctor y los Troyanos daban una recien acometida á los atrincheramientos de los Griegos. En la narracion de este asalto, el poeta pasa revista á todos los pueblos de la Grecia y á todos los de la Troada; este canto es para cada raza, para cada ciudad y para cada isla, una inscripcion popular, que adjudica á cada uno su parte de inmarcesible gloria.

Los Troyanos ya á punto de salvar las últimas defensas de los Griegos, se ven detenidos por dos combatientes que permanecen invencibles en sus puestos. «Como abejas ó avispas de

«diversos colores, que habiendo construido sus
«colmenas en las orillas de un camino pedregoso, no abandonan la entrada de sus cavernosas
«moradas y resistiendo á sus enemigos defienden
«su raza con heroismo; así estos dos guerreros,
«aunque solos no quieren desertar de sus puestos etc., etc.»

La victoria permanecía indecisa, cuando un prodigio, en el cual la naturaleza de los animales está descrita por Homero como pudiera serlo por Plinio ó por Andubou, atrae y fija la atencion de los dos ejércitos. Escuchad, ó mejor diremos, mirad!

«Una águila intrépida remonta su vuelo hacia el cielo por la izquierda de los Troyanos, llevando entre sus garras una enorme serpiente cubierta de sangre, viva y palpitante todavía. El reptil no ha cesado de combatir, pero retorciéndose hacia atrás muerde cruelmente á su enemigo en la pechuga, y este le ahoga entre sus garras; vencida el águila por el dolor, arroja lejos de sí á la serpiente. Esta cae en medio de los combatientes, y el águila, dando agudos gritos se remonta por los aires, arastrada por el torbellino de los vientos.»

Refieren con espanto á Héctor este suceso, en las mismas palabras que acabamos de citar: «¿Qué importa el vuelo caprichoso de los pájaros? dice el héroe. No me ocupo de eso: ni pregunto si vuelan por mi derecha hacia la aurora y la salida del sol, ó si vuelan por mi izquier-

da hácia el tenebroso Occidente. Nosotros solo debemos obedecer á la soberana voluntad del gran Júpiter. El mejor de los agüeros es combatir por la pátria.»

Estos versos de Homero revelan que ya en aquellos remotos tiempos existía una piedad razonada y prudente que despreciaba las credulidades populares y que profesaba culto á la conciencia, verdadero oráculo del patriotismo y del deber. La razon no es cosa nueva en la humanidad de la misma manera que el hombre tampoco es nuevo sobre la tierra. El hombre ha sido creado completo.

XXIII.

Todo se conmueve al oír la poderosa voz de Héctor. «Como los espesos copos de nieve se apresuran á caer, en la estacion del invierno, hasta que cubren de un lienzo blanco las vertientes de las montañas, y sus elevadas y picudas crestas, y las fértiles llanuras y las ricas cementeras de los labradores, y se amontonan en los puertos y en las playas del espumoso mar cuyas templadas brisas las barren prontamente: pero todo lo demás permanece cubierto mientras pesa sobre el suelo la nieve de Júpiter: así vuelan y caen las piedras sin número, las unas hiriendo á los Troyanos y las otras

«aplastando á los Griegos, etc., etc.» Los triunfos y los reveses se equilibran.

Admirad en las siguientes palabras la manera con que el poeta distrae momentáneamente la atencion de sus lectores del sangriento espectáculo del campo de batalla para fijarla en una escena íntima de la vida doméstica:

«Como una mujer buena vive del trabajo de sus manos, coje la balanza pone en un lado el peso y en el otro la lana hilada, á fin de traer á sus hijitos su módico salario, asi se balancea el éxito del combate, etc.»

¿En qué poeta moderno, decidme, encontrareis una comparacion semejante, tan graciosa, tan íntima é interesante, y al mismo tiempo tan nueva y atrevida dada la ocasion en que la aventura el poeta antiguo? Cuanto más inteligentes somos en poesía más nos anonadamos y confundimos leyendo tales sencilleces que son en realidad rasgos de verdadera audacia.

Héctor coge una enorme piedra, «ancha en la base, cónica en el vértice; dos hombres de nuestros dias no podrian levantarla del suelo para ponerla sobre un carro (ved como la tradicion de la minoracion física del hombre es primitiva) Héctor la balancea él solo con tanta facilidad como un pastor lleva en la mano el vellon de un carnero!....»

Las puertas ceden á su empuje, y los Troyanos penetran en el recinto fortificado de los Griegos. Héctor se precipita impetuoso á la ca-

beza de los Troyanos sobre los Griegos. «seme-
 «jante al peñasco desprendido de la roca natal,
 «que el torrente, engrosado por una copiosa llu-
 «via, arranca de sus estribos y hace rodar por la
 «áspera pendiente; rueda dando saltos que hacen
 »retemblar el bosque; corre impetuoso hasta que
 «llega á la llanura, entonces cesa de rodar á pe-
 «sar de su arranque impetuoso; así aparece
 «Héctor, etc.»

XXIV.

Los innumerables episodios guerreros conte-
 nidos en este canto décimo tercio, están escri-
 tos con la punta de la espada en caracteres de
 fuego y de sangre sobre el campo de la batalla.
 No los reproduciremos; nos falta el tiempo. Los
 versos, las imágenes son tan vivos como los bo-
 tes de lanza.

«Ajax, hijo de Oileo no se aparta un momen-
 «to del lado de Ajax, hijo de Telamon. Como en
 «una tierra arada dos vigorosos bueyes negros
 «tiran con ardor de un pesado arado; de su fren-
 «te sombreada por largas hastas brota copioso
 «sudor. Separados solamente por el bruñido yu-
 «go abren un surco profundo que hiende el se-
 «no de la tierra. Apesar de su valeroso esfuerzo
 «Héctor se vé rechazado con los suyos.»

Nestor que entre tanto bebía tranquilo en su

tienda oye de improviso el clamor de la batalla.

«Permanece aquí le dice á Machaon, que estaba herido; permanece aquí y continúa bebiendo este vino de color mientras la rubia Hecamedea calienta el baño donde lavarás la sangre de tus heridas. Yo voy á subir encima de aquel otero para ver desde léjos lo que pasa.»

Los gefes griegos acuden huyendo y consternados al lado de Nestor para darle cuenta de su desastre. Aquí Homero vá á buscar en el cielo la esplicacion de este suceso.

Juno que se interesa por los Griegos y se estremece al ver los peligros que los amenazan, apercibe á su esposo Júpiter en la cima del monte *Ida abundante en fuentes*: idea seducirle y adormecerle á fin de aprovecharse de su sueño en favor de los Griegos. Pide á Vénus ese encanto indefinible que escita el amor, encanto representado por el *cinturon de Vénus*. Juno invoca tambien al Sueño. Este dios se encarama en la copa de un pino del monte Ida, para descender en forma de murmurio y de sombra sobre los ojos de Júpiter.

El éxito más completo corona la astucia de Juno. Júpiter vé á su esposa, y se siente enamorado de ella con la misma pasion que el dia en que fueron unidos por el amor, á despecho de Saturno y del padre de los dioses. Una nube descende sobre el cespéd del monte Ida, y hace germinar el loto, el jacinto y el azafran.

El Sueño cierra los ojos de los divinos espo-

sos; Juno se aprovecha de la modorra de Júpiter para bajar al campo de los Griegos para reanimarlos y conducirlos contra los Troyanos. Los combates empiezan de nuevo. Héctor cae gravemente herido al golpe de una enorme piedra lanzada por Ajax. Sus soldados le sacan de la batalla casi espirante y le llevan á Ilion.

Despiértase Júpiter, ve lo que pasa, se indigna contra Juno, la reprende con imperioso desprecio, y la manda volverse al cielo. En el mismo instante, la hermosa Juno, dice el poeta, obediendo á los mandatos de su esposo, vuela desde las cimas del monte Ida hasta el dilatado Olimpo.

«Así se lanza el pensamiento del hombre que ha recorrido muchos países, se los representa en el espíritu con memoria inteligente, diciéndose: He estado aquí, he estado allí y trae á su memoria un sin número de recuerdos. Con la misma rapidez se lanzó la impaciente Juno, etc, etc.»

¿No os parece esta una comparacion escrita ayer por un poeta espiritualista que suprime el espacio, la distancia y el tiempo?

XXV.

Los cantos décimo quinto y décimo sexto están llenos de interminables y monótonas rela-

ciones de combates. Héctor incendia una parte de las naves de los Arjeos.

El poeta trasporta de improviso el drama á la tienda de Aquiles. «¿Por qué lloras, oh, Patroclo, como una niña que corre detras de su madre, la ase por la túnica, la detiene y le pide con los ojos inundados en lágrimas que la lleve consigo en brazos?»

Patroclo refiere el desastre del ejército y de las naves. Aquiles no quiere acudir en defensa de los Griegos ni salvar de la muerte á los gefes que odia; pero permite á Patroclo que vaya solo con los Tesalios á apagar el incendio de las naves.

Patroclo cubierto con las armas de Aquiles, salva los buques y rechaza los troyanos fuera del recinto hácia la llanura. Hay en esta parte del poema tal esceso de episodios guerreros y tal confusion de interminables refriegas que el lector se siente fatigado hasta la saciedad. Si Homero no hubiera escrito para los héroes, es indudable que hubiese dado más atractivo á la *Iliada*, economizando los botes de lanza y las innumerables pedradas que se cruzan entre los beligerantes.

Patroclo murió á manos de Héctor.

La intelijencia y sensibilidad de los caballos de Aquiles, animales belicosos, asimilados con justicia por el poeta á los mismos guerreros, constituye el solo episodio melancólico é interesante de estos dos cantos. Escuchad sino estos

versos comparables solo á los del Arabe llorando su caballo muerto. Admirad cuán poderosa y atrevida era en el padre de la poesía la convicción del alma relativa de los animales, convicción casi completamente borrada en nuestros días.

«Los caballos de Aquiles lloran lejos del campo de batalla desde que saben que Patroclo que los guiaba ha caído revolcándose en el polvo muerto por la homicida mano de Héctor. En vano su nuevo conductor, Antomedonte, los escita con el látigo, los anima con palabras cariñosas ó los intimida con amenazas; no quieren ni retroceder hacia las orillas del ancho Helesponto ni volver á la refriega. Semejantes á una columna inmóvil sobre el sepulcro de un hombre ó de una mujer, permanecen sin movimiento, uncidos al magnífico carro é inclinada la cabeza hacia el suelo. De sus ojos caen lágrimas ardientes por la pérdida de su noble amo; y sus crines de oro cubiertas de polvo, flotan desde los dos lados de la lanza sobre el yugo; Júpiter los vé y se estremece; mueve la cabeza y dice en su corazón:»

Oh! desdichados corceles! ¡por qué os dimos á Peleo, ese Dios sometido á la muerte! ¿Fue para que quedáseis espuestos á sufrir las penas de los míseros mortales? Ay de mí! de cuantos seres respiran y se arrastran por la tierra el más infortunado es sin duda alguna el hombre. Mas yo os aseguro que Héctor no subirá en vues-

tro carro! No lo permitiré jamás, etc.»

El inmenso dolor de Aquiles al saber la muerte de su amigo Patroclo, es el triunfo de la amistad sobre el instinto mismo de la vida.

Tétis, su madre, y las Nereidas, divinidades subalternas del Océano, acuden á su lado para calmar su dolor y escitar su venganza.

Los dioses le prestan una armadura divina, para reemplazar la suya que la muerte de Patroclo dejó en manos de Héctor. Jura á sus soldados que no celebrará los funerales de su amigo antes de depositar junto á su cadáver las armas y la cabeza de quien le quitó la vida.

«Hasta entonces, Oh! amado cadáver! descansa cerca de tus naves. Las Troyanas cautivas de seno abultado te llorarán noche y dia.»

XXVI.

Aquí el poeta cambia el tono de su lira, y describe en versos casi burlescos los trabajos de Vulcano, aquel dios herrero, esposo de Vénus condenado á divertir el Olimpo como un bufon de corte.

«Dice: y el dios pesado y deforme se aleja cojeando del yunque; sus delgadas piernas se blandean bajo el peso de su cuerpo; coloca luego los fuelles lejos de la llama y guarda toda la herramienta en un cofre de plata. Límpiase

«luego con una esponja la frente, las manos, su robusto cuello y velloso pecho..... Anda con torpeza y sin embargo coge á Tétis por la mano «y le dice las siguientes palabras, etc.»

Tétis le pide que le fabrique armas para Aquiles, y él se las forja tan bellas, que su descripción y sobre todo la del escudo de Aquiles, son por sí solas, en los versos de Homero, un cumplido poema.

¡Cuánto siento que la mucha estension de aquella obra maestra me prive del gusto de traducirla en este lugar! Los bajos relieves de este escudo son toda una civilizacion. Nada es comparable á este cuadro, en todas las obras didácticas de la antigüedad y de los siglos modernos. La sola descripción de este escudo bastaria para hacer de Homero el primero entre los escultores, los pintores, los pastores, los armeros, los políticos, los filósofos y los poetas. Es el Fidias de la palabra nacido siete siglos antes que el Fidias del cincel.

XXVII.

Aquiles cubierto con sus armas vuelve á aparecer en el campo de los Griegos. Agamenon se decide á devolverle la gentil Briseya.

«La hermosa Briseya, semejante á la hermosa Vénus, ve, al salir de la tienda de Agame-

«non, el cadáver del buen Patroclo su protector
«en el tiempo que perteneció á Aquiles; golpéa-
«se el seno, desgárrase el delicado cuello y el
»dulce rostro, y esclama sollozando: Oh! Patro-
«clo! tú el amigo más querido de esta desgra-
»ciada; te dejé lleno de vida cuando salí de las
«tiendas de Aquiles, y ahora que vuelvo te en-
«cuentro cadáver. Oh! pastor de los pueblos!
«Nunca, jamás dejaré de llorar tu muerte, por-
«que siempre fuiste benigno conmigo!»

En este pasage, Homero llora como canta:
tan incomparable es en la elegia como en la
batalla.

Aquiles llora como una muger su perdido
compañero y amigo; luego abraza su escudo,
«del que sale una luz semejante á la luna. Así
en alta mar aparece á lo lejos á los marineros
una hoguera encendida en la cima de las mon-
tañas.» Su arenga á sus caballos es una nueva
prueba de la inteligencia casi humana que los
hombres primitivos concedian á estos generosos
animales.

El más dócil de aquellos corceles, *Jante*, res-
ponde á su amo con un movimiento de cabeza
que esparce su crin en señal de duelo, sobre su
collera y el yugo hasta el suelo. Jante, predice
á su amo una muerte cercana. Jante, le dice
Aquiles, ¿por qué me anuncias la muerte? Eso no
te corresponde á tí! Harto que mi destino me
prepara aquí la muerte lejos de mi madre y de
mi padre.

Esto dicho, exhala un grito terrible y lanza sus corceles á lo más recio del combate.

XXVIII.

Los cantos veinte y veinte y uno solo son todavía una magnífica pero interminable descripción de combates en los que luchan confundidos los hombres y los dioses. La sangre corre como las aguas del Simois y del Escamandro. Aquiles sacrifica héroes sin cuento y los Troyanos se ven rechazados hasta el pié de sus murallas.

El rey Priamo inmóvil sobre la plataforma de la torre sagrada de Ilion, ve las proezas del héroe formidable. Baja de la torre, y ordena á los guardas de cerrar las puertas cuando los Troyanos estén dentro de la ciudad.

Héctor (canto veinte y dos) ha quedado solo fuera de las puertas, al pié del haya, donde espera Aquiles para combatir con él. El infortunado Priamo amonesta á su hijo desde lo alto de los muros para que se retire detrás de las defensas. Su discurso es una de las elegias más patéticas que un anciano pueda pronunciar doliéndose de su propia desgracia.

«Ten piedad de tu infeliz padre á quien Júpiter ha concedido tan larga vida para hacerle testigo de las mayores desdichas! ¡Mis hijos degollados, mis hijas cautivas, mis palacios pro-

«fanados, mis nietos estrellados contra las piedras, las esposas de mis hijos arrastradas por las manos feroces de los Griegos! ¡Y yo, el último de mi raza, me encontraré solo en los umbrales de mi palacio; los perros se hartarán de mi carne palpitante cuando la lanza ó el dardo de un enemigo me haya arrancado la vida. Mis perros, esos guardianes leales que han comido nuestro pan alrededor de nuestras mesas, lamerán la tierra empapada con mi sangre y hartos de mis carnes se acostarán bajo los pórticos! ¡Solo el jóven guerrero debe yacer sobre el polvo de los campos de batalla herido en el combate por la lanza ó la espada del enemigo. Aunque muerto, su cuerpo entero conserva la belleza que nos admira; pero cuando los perros profanan la blanca barba, los cabellos de nieve y los míseros restos de un anciano degollado, ah! es el colmo del horror para la triste humanidad!»

Hecuba, esposa de Priamo y madre de Héctor, dirige en vano, en términos no menos patéticos pero más mugeriles, la misma súplica á su hijo.

XXIX.

El poeta penetra, con la sagacidad de un profundo y experimentado conocedor del corazon hu-

mano, en lo más recóndito del alma de Héctor, á quien nos muestra luchando indeciso entre la vergüenza de refugiarse detras de las murallas ó hacer frente al invencible Aquiles. El instinto de conservacion se sobrepone á la idea de la gloria y Héctor huye hácia las puertas de la ciudad.

Aquiles le persigue hasta las murallas y le alcanza cerca de la colina y de la higuera cuyas ramas ajita el viento. Héctor no pudiendo evitar el combate dá frente á su enemigo.

Este combate singular reasume todas las peripecias, todas las arengas, todos los botes de lanza y de dardo que Homero ha descrito en los veinte cantos de este poema de la guerra.

La aguda punta del dardo que arma el brazo de Aquiles, busca el pecho de Héctor detras de su escudo, como en el seno de una noche tenebrosa, Vesper, la más brillante de todas las estrellas resplandece en el cielo!

Héctor cae en tierra mal herido en la garganta; quédale sin embargo, bastante voz para implorar á su vencedor, y le suplica solamente de no arrojar su cadáver á los perros devoradores que rondan cerca de las naves griegas.

El implacable Aquiles le responde en el paroxismo del furor de la venganza, que quisiera él mismo devorarle.

«Le agujerea los piés entre el tobillo y el talon; pasa una fuerte correa por los agujeros
«y la ata á su carro, cuyos caballos á una señal

epoca en que Pisitrato y Alejandro el *Grande* recogieron de los lábios de los rapsodistas estos cantos inmortales que se conservaban en la memoria de los homeridas, los editores del poema, pusieron maquinalmente estos juegos fuera del lugar que Homero les habia designado en su composicion, y trasladaron al final del poema, lo que en su comienzo hubiera sido tan oportuno como bello. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que es un defecto notable (pero es el solo) en toda la composicion de la *Iliada*.

XXXI.

Lo más sublime y patético aparece muy luego, despues de estos juegos, en el último canto (el veinte y cuatro.)

«Aquiles, despues de los funerales de Patroclo, llora amargamente pensando en la pérdida del querido compañero de su vida. El sueño, bálsamo consolador de todas las penas, no puede cerrar sus ojos. Se vuelve y se revuelve en su lecho recordando la fuerza y el generoso valor de su amigo; trae á su memoria todo lo que realizaron juntos en otro tiempo, ya combatiendo, ya cruzando los mares impetuosos. A este recuerdo derrama ardientes lágrimas acostado unas veces sobre el pecho, otras sobre la espalda y otras de lado. Levántase de súbito y

«mos nacido con el mismo sino, tú en Ilion en
 «el palacio de Priamo, yo en Tebas cerca de los
 «bosques de Placos, que me crió cuando era ni-
 «ña, padre infortunado de una hija más desdi-
 «chada todavía! Ah! pluguiera á los dioses que no
 «me hubiese enjendrado! Ahora te encuentras
 «en las moradas de Pluton, profundos abismos
 «de la tierra, y yo cubierta de luto eterno que-
 «do viuda en nuestros hogares! Este hijo toda-
 «avía niño (Astianax) al cual desventurados, he-
 «mos dado la vida, no será ya tu apoyo en la
 «vejez como tú has dejado de serlo desde su in-
 «fancia. Aun cuando salga ileso de esta desastro-
 «sa guerra, será siempre víctima de los más amar-
 «gos pesares, y los extranjeros se apoderarán de
 «su herencia. Todo huérfano es un niño sin pro-
 «tector; siempre con los ojos bajos y las mejillas
 «innundadas de lágrimas, se acerca desvalido á
 «los antiguos amigos de su padre; detiene á uno
 «por el manto, á otro por la túnica y si alguno
 «de ellos movido á compasion le ofrece una copa
 «para apagar su sed, se la acerca á los lábios
 «más nunca llega el líquido á humedecer su gar-
 «ganta. Todo aquel que tiene la dicha de contar
 «sus parientes vivos, rechaza de su mesa al huér-
 «fano y le ofende con amargas palabras: Vete,
 «le dice, tu padre ya no nos convidará en sus
 «festines. Así volverá afligido y lloroso nuestro
 «pobre hijo al lado de tu viuda despreciada de
 «todos, él, Astianax, que ayer todavía, sentado
 «sobre tus rodillas, se alimentaba con médula

«saculenta y con la carne más tierna de nuestros rebaños! Él, que cuando el sueño, interrumpiendo sus infantiles juegos, cerraba sus ojos, se acostaba sobre un mullido lecho ó sobre el seno de su nodriza, gustando su corazón de una apacible alegría.... Allí están todavía, ¡Oh Héctor! tus ricas vestiduras tegidas por la mano de mis sirvientas! ¡Pues bien! ya que no existes y que no te servirán más, las arrojaré á una hoguera que las consuma!»

Así habló Andrómaca, entre sollozos, rodeada de sus sirvientas que lloraban con ella.

Se vé por esta incomparable escena, por esta admirable elegia, que Homero hubiera sido tan excelente dramático como fué inimitable épico; y como ha sido y es, el mantial inagotable de todos los dramas que su poema ha inspirado en todos los escenarios del universo.

XXX.

Con este canto veinte y dos, termina el verdadero interés del poema.

El veinte y tres es el canto de la barbarie que llega desmelenada despues del cuadro patético de la familia. Solo la amistad encuentra en él algunos divinos acentos. Patroclo se aparece á su amigo y le pide ser enterrado con él en el mismo sepulcro.

Aquiles celebra los funerales de su amigo. Hace arrojar en la misma pira que ha de consumir el cadáver de Patroclo, doce jóvenes cautivos troyanos que ha degollado con sus mismas manos; (1) y manda arrojar á los perros los restos mortales del heróico Héctor. Su frenética cólera sobrevive á la muerte de su adversario: pero los perros menos feroces que los hombres, respetan el cadáver del héroe.

El resto de este canto está consagrado á la descripcion de juegos, carreras de carros, luchas y pugilatos, escenas que creemos están fuera de su lugar, despues de las que dejamos referidas. El cuadro es bello con respecto á su ejecucion, mas tambien es inoportuno y enfadoso.

No podemos creer que una inteligencia tan sensata, y tan conocedora del corazon humano como lo fué Homero, haya colocado él mismo aquellos juegos tan amenos y variados inmediatamente despues del cruel sacrificio de Héctor y entre las lágrimas de Andrémaca, de Priamo y de Hecuba. Creemos mas bien que en la

(1) Una pintura recientemente encontrada en Vulir, en las paredes de un sepulcro descubierto por los Srs. Noel de Verges, Didot y Francois, en sus escavaciones practicadas en la Etruria, pintura cuyo estilo recuerda los mejores tiempos del arte helénico, representa este episodio de la Iliada. Se vé en él á Aquiles degollando los prisioneros Troyanos en presencia de los principales gefes del ejército de los Griegos: la sombra de Patroclo asiste á esta carniceria. Cada personage del cuadro está designado por una inscripcion en letras etruscas.

«arrancan al galope. Aquiles arrastra de esta manera á Héctor envuelto en una nube de polvo; su cabeza antes tan hermosa desaparece entre la arena, y sus negros cabellos se ensucian en un barro amasado con sangre. Su madre Hecuba al ver este espectáculo se arranca el cabello y arroja léjos de sí el velo con que se cubria; su padre exhala gritos desgarradores.»

Estas lamentaciones del anciano Priamo, que se arrastra á los piés de sus guerreros, y que quiere salir de la ciudad para ir á pedir á Aquiles el cadáver de su hijo, solo son comparables á los más patéticos alaridos de la Biblia.

«Andrómaca, encerrada en su palacio, ignora todavía su desgracia; estaba preparando el baño de la tarde para su esposo. Los clamores que resuenan en lo alto de la torre llegan al fin hasta ella; sus miembros desfallecen; el huso resbala de sus dedos; llama á sus sirvientas y corre al encuentro de la nueva fatal semejante á una bacante. Detiénese sobre la muralla, mira en todas direcciones y apercibe el cuerpo de Héctor arrastrado alrededor de la ciudad. El oscuro velo de la noche se estiende sobre sus ojos, cae en tierra y su alma está á punto de abandonarla; despréndense de su cabeza las ricas cintas que formaban su prendido, y sus cabellos se esparcen á merced del viento. Sus hermanas y cuñadas la rodean, y ella esclama en medio de las Troyanas.»

«¡Héctor, cuán desgraciada soy! ambos ne-

«se dirige hácia la orilla del mar. La Aurora le encuentra allí, cuando reaparece iluminando el Océano y sus playas.»

El feroz Aquiles ata á su carro el cadáver de Héctor y lo arrastra tres veces en el polvo en derredor del sepulcro de Patroclo. Los dioses indignados se levantan á la voz de Apolo. Júpiter decide que Aquiles recibirá el rescate del cuerpo de Héctor que lo ofrecerá el anciano Priamo. Envía su celeste mensajera Iris, para dar este consejo al héroe de los Griegos.

«Entre las peñas de *Imbros* y de *Samos*, dice el poeta, Iris se sumerge en las negras olas, y la mar gime al sentir su inmersión. Zambulle hasta el fondo del abismo, como el plomo colgado á los cuernos de un buey silvestre se hunde bajo del agua llevando el mortífero cebo á los peces devoradores.»

Esta estraña y pintoresca comparación revela una manera de pescar en las costas de la Jónia, completamente desconocida en nuestros días.

Tétis, madre de Aquiles, se dirige, por orden de Júpiter á la tienda de su hijo para conferenciar con él.

Admirad con cuanto conocimiento de la naturaleza, Homero insinúa la piedad por conducto de una muger, cuyo corazón contiene más ternura y más lágrimas que el del hombre.

«Hijo mío! dice Tétis, después de haber aca-

«riciado con la mano la blonda cabeza de Aquiles, ¿hasta cuándo triste y apesadumbrado atormentarás tu corazón, negándote á tomar alimento y á reposar en tranquilo sueño? Y sin embargo, nada es más grato que unirse amorosamente á una esposa. ¡Ay de mí! que poco tiempo te queda de vida! Devuelve el cuerpo inanimado de Héctor y acepta el rescate de su cadáver.»

XXXII.

Iris, despues que Tétis recabó el consentimiento de su hijo, se dirige á Ilion al palacio de Priamo.

«Los hijos de este rey, sentados bajo los pórticos en derredor de su padre empapaban en lágrimas sus vestiduras. En medio de ellos está el anciano envuelto en un manto que le cubre desde la cabeza á los piés. Una nube de polvo recogido con sus propias manos, cuando se revolcaba en el suelo, cubre su cabeza y sus hombros. Sus hijos y las mugeres de sus hijos, sollozan en el palacio recordando los muchos valientes que han perecido á manos de los Griegos.»

Priamo consulta á la anciana Hecuba sobre la idea que le agita de ir á rescatar el cuerpo de su hijo al campamento de Aquiles. Hecuba asus-

tada del peligro á que se espone su marido, intenta disuadirlo.

«Ah! esclama, no; mas bien lloremos en silencio dentro de nuestro palacio. Cuando parí á Héctor la Parca inflexible hiló su destino para que un dia fuese arrojado á los perros devoradores por un enemigo feroz. Ah! que no pueda yo asirle entre mis manos para devorar su corazon en venganza de mi desgraciado hijo!»

Priamo no se deja intimidar por las aprehensiones de Hecuba, saca de sus cofres presentes magníficos, alfombras, vestidos, talentos de oro, trípodes, jarras y copas para el rescate del cuerpo de su hijo. Luego importunado con los cobardes gemidos de los Troyanos y de sus hijos, se enfurece y los arroja del pórtico con palabras injuriosas. «¡Por qué no habeis muerto todos en lugar de Héctor!» les dice.

Uncen las mulas al carro. Su partida que quisiera copiar por entero, es una de las escenas más espléndidamente descritas y más patéticamente lloradas de la *Iliada*. La tragedia antigua no contiene nada que pueda comparársele en materia de congojas de un rey.

Priamo sale de la ciudad. «Sus amigos le siguen con la vista, derramando abundantes lágrimas como si le vieran marchar á la muerte.» Los dioses invisibles protegen su viaje.

Mercurio bajo el disfraz de un compañero de Aquiles, refiere á Priamo mientras dá de beber á

sus mulas en el río, la milagrosa conservacion del cadáver de su hijo.

El dios disfrazado sube al carro, toma las riendas, castiga las mulas y adormece las guardias avanzadas: el anciano franquea los atrinchamientos sin ser visto, penetra en la tienda de Aquiles se arroja á los piés del matador de su hijo y besa aquellas manos homicidas.

Oigamos al poeta referir este episodio desgarrador, desenlace de su poema.

«Cuando una grande miseria pesa sobre un hombre que ha cometido un asesinato en su patria, retírase al seno de un pueblo estrangero en la morada de un héroe opulento, y todos aquellos que le ven manifiestan la más viva sorpresa. De esta manera quedó Aquiles, confundido de admiracion viendo ante él al majestuoso Priamo; todos los presentes se sorprenden tambien y se miran los unos á los otros. Priamo, con voz y actitud suplicante pronuncia las siguientes palabras:»

«Acuérdate Aquiles, de tu padre igual á un dios; tu padre tiene los mismos años que yo, y como yo toca el dintel funesto de la vejez; acaso en este mismo momento numerosos vecinos le mueven guerra, y no tiene á nadie que le ayude á conjurar los peligros y las desgracias que le amenazan; pero al menos sabe que vives todavia y se regocija secretamente en el fondo de su corazon y todos los dias espera verte llegar de regreso de Troya... Yo tambien

«¡desventurado! tenía hijos valientes en la vasta
 «ciudad de Ilion; creo que ya solo me queda uno.
 «Ellos eran en número de cincuenta cuando de-
 «sembarcaron los hijos de la Grecia; diez y nue-
 «ve fueron enjendrados en la misma madre y en
 «mis palacios; los demás habían nacido en mu-
 «jeres extranjeras; el cruel Marte (la guerra) ha
 «cortado el hilo de la vida de los más; quedába-
 «me uno solo que nos defendía á nosotros y á la
 «ciudad. Mas tú le acabas de inmolar cuando
 «combatía por su pátria. ¡Era Héctor! Solo por
 «él vengo á esta hora hasta las naves de los
 «Griegos; para rescatar su cuerpo te traigo nu-
 «merosos presentes..... Teme á los dioses, Oh!
 «Aquiles! Ten compasion de mí recordando á tu
 «padre. Soy más digno de compasion que él; he
 «hecho lo que jamás hizo ningun mortal, he be-
 «sado la mano del matador de mi hijo....!»

Estos lamentos, estas elocuentes palabras, el recuerdo de su padre enternecen á Aquiles; toma de la mano al anciano y le sostiene; ambos se entregan á sus recuerdos. Priamo llora amargamente á su hijo; Aquiles llora á su padre, y á las veces tambien á Patroclo; en la tienda resuenan sus sollozos. Pero cuando el héroe está saciado de lágrimas y adormece sus pesares dentro de su corazon, se levanta de su asiento y dá la mano al anciano, movido al fin á compasion viendo aquellos cabellos blancos y aquella barba venerable.

XXXIII.

Aquiles habla esta vez como hombre compasivo al padre de Héctor, y se muestra prudente y resignado al destino que todo lo dispone á despecho de los mortales.

«¡Mi padre tambien solo tiene un hijo, un hijo que perecerá pronto! No cuidaré á mi padre en su vejez, y ahora léjos de mi pátria, me encuentro en estas playas para tu mal y el de tu raza!.....»

Priamo quiere responder, Aquiles siente encendérsele la cólera al recuerdo de Patroclo, y temiendo no poderse contener sale de la tienda.

Acepta el rescate, manda lavar y perfumar el cuerpo de Héctor, y lo hace envolver en un manto para escusar á Priamo el horror de ver el rostro desfigurado de su hijo. Regresa á su tienda una vez terminados estos preparativos y anuncia á Priamo que el cadáver de su hijo puesto sobre un carro le será devuelto al dia siguiente. Consuela al anciano y le invita á sentarse á su mesa.

Priamo despues de haber comido y bebido, contempla á Aquiles «tan alto y tan robusto semejante á un dios...»

Tambien Aquiles contempla y admira aquel anciano «de rostro magestuoso.»

Conversan sin rencor, pero no sin lágrimas. Aquiles manda disponer para su huésped un lecho cubierto de ricas alfombras y de mullidos cobertores bajo el vestíbulo de su tienda, temiendo que alguno de los príncipes al entrar durante la noche en su tienda para celebrar consejo, reconozca á Priamo y dé cuenta á Agamenon.

XXXIV.

Antes del alba el anciano y su palafrenero uncen las mulas al carro que lleva el cadáver de Héctor, y regresan sin haber sido vistos por Agamenon, á Troya. La piadosa Casandra, una de las hijas de Priamo, está de centinela sobre la plataforma de una de las torres de la muralla. Casandra divisa la primera el fúnebre cortejo de su padre y de su hermano. Lanza un agudo grito y sus lamentos llenan la ciudad.

«Venid! vedlo con vuestros mismos ojos, Troyanos y vosotras Troyanas! esclama Casandra, «vosotros que cuando estaba vivo le recibiais en «triunfo á su regreso de los combates! Entonces era la alegría de Ilion y de todo su pueblo!»

Hecuba y Andrómaca, la madre y la esposa, se abalanzan las primeras sobre el carro para tocar la cabeza del cadáver de Héctor.

«Querido esposo, dice Andrómaca, sostenien-
«do entre sus brazos mientras el carro cruza la
«ciudad, aquella cabeza que tanto habia amado;
«tú pierdes la vida en la flor de tus dias y me
«dejas viuda en nuestra morada. Este hijo (As-
«tianax) niño todavía; este hijo que hemos en-
«jendrado, desdichados que somos! no llegará lo
«temo, á su adolescencia. Antes de que llegue,
«Ilion será precipitada de su altura, puesto que
«ya no vives tú que salvabas las castas esposas
«de los Troyanos y sus tiernos hijos! Pronto han
«de verse arrastradas cautivas, y yo con ellas
«á las naves enemigas...! Tú me seguirás, oh!
«hijo mio! y rebajado á ejercer cargos indignos
«de tí, trabajarás para un amo cruel; ó acaso al-
«guno de esos Griegos, te arrancará de mis bra-
«zos y te arrojará desde lo alto de una torre pa-
«ra vengar la muerte de un hermano, de un pa-
«dre ó de un hijo muerto por la mano de Héctor;
«porque muchos son los griegos que han mor-
«dido el polvo inmolados por el brazo de tu pa-
«dre, que no desmayaba en el calor de los
«combates. Mira sinó, como todo el pueblo de
«Ilion le llora....! Ah! querido Héctor: dejas á
«tus parientes un luto sin consuelo; mas para
«mí quedan reservados los más amargos dolores!
«Ay de mí! en tu fúnebre lecho no me has dado
«la mano, no me has dirigido las últimas pala-
«bras, de las que me hubiera acordado noche y
«dia derramando lágrimas!..»

XXXV.

La anciana Hecuba habla despues de la esposa, y continua el panejórico tierno y glorioso de su hijo.

Por último, la misma Elena, causa de tantos desastres, lo termina con palabras mezcladas de gemidos:

«Héctor! entre todos mis cuñados tú fuistes
«el más amado de mi corazon, puesto que es muy
«cierto que París es mi esposo y que me sedujo
«para conducirme á Ilion (¡por qué no perdí la
«vida antes de ese dia!) Hace veinte años que
«llegué á estos lugares y que salí de mi pátria y
«en tan largo trascurso de tiempo no he oido
«en tus lábios ni una sola injuria ni siquiera
«una palabra áspera; por el contrario, si una
«de mis cuñadas ó mi suegra me dirigian algun
«cargo duro (Priamo siempre fué un padre cariñoso para mí) tú, oh! Héctor! la reprendias
«con dulzura y la desenojabas con palabras indulgentes. Asi es que en mi corazon lleno de
«amargura lloro por tí y por mí desventurada,
«que de hoy más no encontraré un solo amigo ni
«protector en Ilion, donde soy objeto de desprecio y de horror para todo el mundo!»

Despues de estas lamentaciones tan elocuentes y sencillas, el anciano Priamo coloca el ca-

dáver de su hijo sobre la pira. El rojizo resplandor de las llamas se confunde con las rosadas tintas de la aurora y una urna de oro recibe las cenizas del último defensor de Ilion.

XXXVI.

El poema acaba aquí como todo acaba en el mundo con gemidos, con un adios postrero, y con lágrimas derramadas sobre un sepulcro.

¡Esta es la *Iliada*! Solo es la epopeya de la guerra, el libro de los héroes: no buscamos en ella todavía el poema épico de la vida doméstica, el libro del hogar, la epopeya del corazón humano. El mismo cantor, Homero, dió al mundo, poco despues, esta epopeya en la *Odisea*.

Y, sin embargo, en esta epopeya que está consagrada casi esclusivamante á describir combates y á glorificar héroes ¿qué le falta para que la consideremos como un cuadro casi universal donde está representada toda la naturaleza animada ó inanimada?

¿No ha sabido Homero, como pintor divino, fijar por medio de breves episodios y de miradas seguras en todas direcciones, el mundo moral y el mundo físico sobre la reducida playa de Troya, donde se resuelven los destinos de la Grecia y de la Troada?

¿No nos ha mostrado en veinte y cuatro can-

tos el universo bajo todos sus aspectos, pintado ya con lágrimas ya con sangre, pero siempre en una música de palabras que arrebató la imaginación del hombre?

Los Griegos de aquel tiempo que habían grabado este poema en su memoria, ¿necesitaban otro libro? ¿No era, por decirlo así la Biblia de los guerreros, de los pastores, de los marineros, de los filósofos, de los teólogos, de los historiadores, de los artistas, de los artesanos de su tiempo, de los dioses y de los hombres? en suma; ¿no era la enciclopedia cantada por un poeta universal á los hombres de su época?

Los paisajes terrestres están pintados en él con la misma transparencia, claridad y verdad que la nevada cima de las montañas; los soberbios promontorios, las costas bravas y las verdes colinas se reflejan en él como en el espejo del mar de la Jónia.

Los paisajes marítimos, la vasta extensión del mar, sus olas pardas ó azules según el color del cielo y la procedencia del viento, y sus oscilaciones, su murmullo; las velas que las surcan trazando un sendero que se cierra bajo sus espumosas volutas; el mastelero enhiesto ó tendido sobre la cubierta; el áncora arriada, la quilla que roza las arenas y los cables que amarran las embarcaciones á la orilla, todos estos accidentes de la vida del mar, ¿no están representados y expresados en ver-

ses tan fluidos y armoniosos como las mismas olas?

¿Quereis conocer el origen, el traje, el carácter, la geografia y las costumbres de las naciones que poblaban en aquel entonces los confines del Asia y de la Europa? el poeta os lo enseña todo, os lo describe y os cuenta pueblo por pueblo y hombre por hombre, por decirlo así, en esta revista pasada á vuestra vista en la llanura de Troya.

¿Amais el espectáculo de los combates? esta misma llanura, las naves, los recintos fortificados están empapados de sangre y alfombradas de cadáveres durante los veinte y cuatro cantos que son otras tantas batallas.

¿Quereis conocer pasiones feroces de orgullo, de ambicion y de envidia, que se enroscan como serpientes venenosas en el corazon humano? ahí teneis á Aquiles bajo su tienda, gozándose en los reveses de sus coaligados.

¿Quereis pasiones nobles y patrióticas?: contemplad á Héctor.

¿Quereis afecciones domésticas?: escuchad á Fénix el preceptor de Aquiles, recordando á su discípulo los cuidados que tuvo con él durante su infancia.

¿Quereis manifestaciones de amistad?: admirar á Patroclo.

¿Quereis amores culpables?: oid á Elena.

¿Gustais del amor casto y conyugal?: llorad con Andrómaca.

¿Os conmueve el amor paterno?: asistid á la despedida de Héctor y su hijo á quien mece en sus brazos.

¿Os inspira admiracion y respeto la elocuencia afluyente y la experimentada sabiduría de los ancianos en los consejos del pueblo?: meditated las palabras de Néstor.

¿Quereis conocer el esceso del infortunio humano? contemplad al anciano Priamo á los piés del matador de su hijo, conduciendo durante la noche á su anciana esposa, el cuerpo inanimado y cubierto de polvo de su último hijo.

Hé aquí toda la tierra.

Y ahora; ¿quereis conocer el cielo tal cual la brillante y voluptuosa imaginacion de los Griegos lo había poblado de alegorias personificadas en divinidades elementales?: seguid al poeta al Olimpo ó á la cima del monte Ida abundante en fuentes; en la nube que oculta á Júpiter y á Juno; en las fraguas de Vulcano que forja la obra maestra de todas las artes en el escudo de Aquiles, las grutas de las Nercidas, en los palacios líquidos de Tétis, en los voluptuosos retiros de Vénus, en las nubes sangrientas donde el Terror unce los corceles al carro de Márte, teneis toda la naturaleza, todos los hombres y todos los dioses del Olimpo, el mundo material; completado por el mundo inmaterial; el universo, en fin, comprendido en toda la acepcion de la palabra; el universo exhibido, no descrito, no contado, no analizado solamente por la fria

especulacion de la ciencia, sino sentido, pintado y cantado por el más melodioso de los acentos, en la más musical de las lenguas prosódicas que encantaron jamás el oído humano.

Hé aquí, repito la *Iliada*, hé aquí Homero. Solo una cosa nos sorprende una vez terminada la lectura de este libro; y es, que la naturaleza, el estudio, el arte y el génio hayan bastado para producir un hombre semejante, y que los Griegos que lo divinizaron todo, no hayan hecho un Dios de este hombre!

XX CONFERENCIA.

PETRARCA.

SU VIDA Y SUS OBRAS.

I.

Hay dos amores; el amor de los sentidos y el amor de las almas. Ambos están en el orden de la naturaleza, dado que la perpetuidad de la raza humana, ha sido unida á aquel instinto en los seres vulgares, y á este sentimiento en los seres escojidos. Estudiando la diferencia que existe entre el amor de los sentidos y el amor de las almas, se llega á la siguiente conclusión:

El amor de los sentidos tiene por móvil y por objeto el placer, y el amor del alma, tiene por

móvil y por objeto la pasión de lo bello; así es que el primero solo inspira deseos y apetitos, y el segundo inspira entusiasmos, y por decirlo así, cultos. Y hay más; el amor de los sentidos inspira algunas veces vicios y crímenes, en tanto que el amor del alma inspira, por el contrario, obras maestras y virtudes. Así vemos en la antigüedad el amor sensual caracterizado por Elena, Fedra y Clitemnestra, y en los tiempos modernos el amor del alma caracterizado en la caballería, por Eloisa, por Láura, por el heroísmo, por la fidelidad, por la santidad misma, la más ideal y la más mística.

Esta diferencia entre los dos amores se observa también en los poetas, que han celebrado cada uno de ellos. Ved á Ovidio en su *Arte de amar*, de un lado, y ved á Petrarca en sus sonetos amorosos, del otro. Los cielos y la tierra no distan más el uno del otro, que distan aquel poeta impuro de los sentidos, y este poeta puro del amor.

Este amor del alma, ó esta pasión de lo bello, sentimiento que más se acerca al piadoso entusiasmo por la belleza increada, debía, por su naturaleza misma inspirar en la tierra la más celeste de las poesías, dado que este sentimiento es una especie de piedad por reflexión.

Esta piedad traspira en los versos del amante de Láura; Láura no es para él una mujer, es la encarnación de la belleza, en la cual adora la divinidad del amor. Hé aquí por qué su libro ins-

pira á los que lo saborean, una devocion hácia la belleza, cuasi tan pura como la devocion á la santidad; hé aquí por qué jamás salió un mal pensamiento de sus versos; y hé aquí por qué soñamos, lloramos y rezamos con esos versos divinos, que nos embriagan de incienso, como en el santuario.

De este poeta sagrado, de este salmista del amor de las almas, es de quien voy á hablaros hoy. La Francia le conoce muy poco. Boileau le ha denigrado sin comprenderle, la misma Italia no ha sabido reconocer lo bastante en él, su segundo Virgilio y el segundo Platon; Platon cristiano, mil veces superior en sus versos, á la prosa del Platon pagano. Italia prefiere demasiado á Dante, génio sublime, pero adusto, cuyas proporciones son descomunales; lo grande impresiona más que lo perfecto á los pueblos que nacen ó que renacen á la literatura; Dante emana de la Edad Media, todavía bárbara; Petrarca emana de la antigüedad más refinada; sin embargo, ambos son cristianos. Por mi parte considero á Petrarca, sin ninguna comparacion posible, como el poeta más perfecto del alma de todos los tiempos y de todos los paises, desde la muerte del tierno Virgilio. Nuestra lengua no tiene nada que oponerle en materia de delicadeza de estilo ni de armonia patética, ni aun las obras más tiernas y armoniosas de Racine: Racine, canta para una córte y para un rey; Petrarca para Láura y para Dios. La inspiracion es más brillante en

Racine, pero más patética y más mística en Petrarca.

II.

Nunca la obra y el autor se han visto más indisolublemente unidos que en los versos de Petrarca, de manera, que es imposible admirar la poesía sin referirse al poeta; y esto es natural, porque el asunto es el poeta, y lo que canta es lo que siente. Es lo que se llama un poeta íntimo, como Byron en nuestros días; una individualidad tan poderosa y tan apasionada, que invade todo lo que escribe. Estos son, por más que se diga, los primeros poetas; los otros escriben su imaginación, estos escriben su alma. Los unos solo son artistas, los otros son hombres.

Hé aquí el carácter de Petrarca; historiemos su vida.

III.

Existen pocos grandes hombres, conmovedores del mundo, acerca de los cuales se haya escrito tanto como sobre este poeta secuestrado, solitario, abstraído en su piedad, en su amor y en sus versos; para unos es poesía, para otros

historia; para estos amor, para aquellos política. Digámos lo que fué: su vida es la novela de un alma grande.

Nació en Florencia, ciudad donde todo repa-
cia en el décimo cuarto siglo. Su padre fué uno
de esos ciudadanos notables de la república, que
el flujo y reflujo de los partidos militantes des-
terró con el Dante, su contemporáneo y amigo.

En Arezzo, villa de la Toscana, que servia
de refugio á todos los proscriptos, vió por prime-
ra vez la luz del dia. Sus padres le condujeron
en la cuna de asilo en asilo, al rededor de su
pátria, cuyas puertas les estaban cerradas; y
acabaron por establecerse en Aviñon, donde el
papa Clemente V habia fijado su residencia. A la
edad de diez años su padre le llevó á Vaclusa;
aquellas fieras, aquellos abismos, aquella soledad
y aquellas aguas le impresionaron profunda-
mente, y cautivaron su alma de tal manera, que
Vaclusa se hizo el sueño de su infancia. Estudió
en Montpellier y en Bolonia alternativamente ba-
jo la direccion de maestros toscanos; muy luego
descuidó los estudios por consagrarse á la poe-
sía, cuya aficion habia nacido en él á resultas
de la amistad que unia á su padre con el Dante.

Muertos sus padres, quedó muy jóven toda-
vía á cargo de unos tutores, que despojaron á
sus pupilos. Volvió á Aviñon á la edad de veinte
años, con su hermano Gerardo; á la sazón rei-
naba el papa Juan XXII, rodeado de una córte
tan corrompida, que lo escandaloso de las cos-

tumbres no ofendia á nadie. Aquel Pontífice dió entrada en el estado eclesiástico á los dos jóvenes florentinos. Petrarca, por esa decencia natural, que es la nobleza del espíritu, y por ese culto á lo bello en los sentimientos, que es el mejor antídoto contra los vicios, se mantuvo casto, piadoso y puro en medio de aquel desenfreno de las costumbres. Trabó estrecha amistad con Jacobo Colonna, de la familia romana de este nombre; esta amistad fundada en un mismo y apasionado gusto por lo antiguo y por la virtud, fué para él un manantial de consuelos y una fortuna. Jacobo Colonna era digno de tener este amigo, Petrarca merecia tan noble protector. Juntos lloraban en Aviñon aquella decadencia voluntaria del papado, aquella cautividad de Babilonia, que habia trasladado la Iglesia de los muros y de los templos soberanos de Roma, á aquella ciudad infame de las Galias, donde Augusto no encontró otra divinidad á quien erigir un templo, sino al viento, continuo azote de Aviñon.

Esforzábanse los papas en trasformar esta ciudad por medio de magníficos edificios en una Roma de las Galias. La vida que se hacia en ella era elegante y refinada; hasta los jóvenes á quienes la tonsura daba derecho á los beneficios eclesiásticos, sin imponerles los deberes del sacerdocio, frecuentaban las academias y los palacios de las damas mucho más que las iglesias; sus trajes eran elegantes y afeminados. «Acordaos,» dice

Petrarca á su hermano Gerardo en una carta en que hace referencia á sus vanidades de la juventud, «acordaos que vestíamos túnicas de lana «fina y blanca, en las cuales, la más insignifi- «cante mancha ó una arruga inconveniente hu- «biera sido para nosotros causa de vergüenza y «sonrojo; que nuestros zapatos eran tan estre- «chos, que me hubiera sido imposible andar, si «hubiese comprendido que valia más lastimar los «ojos de los otros, que mis propios nervios. Cuan- «do andábamos por las calles, ¡qué afanes y qué «cuidados para preservarnos de las bocanadas de «viento que hubieran podido descomponer nues- «tro peinado, ó para evitar las salpicaduras del «barro, que hubieran manchado la blancura de «nuestras túnicas.»

La poesía en lengua vulgar, es decir, en italia- no, formaba parte de las elegantes distracciones de aquella sociedad. Las damas, que eran su más bello adorno, no entendían la lengua sábia. El jóven poeta se distinguía ya en la oda y en el soneto, formas las dos recientes en la poesía; pero su ambicion de gloria era inmensa, y su modestia descontentadiza; de esto dá testimonio una de sus conversaciones con su maestro intelectual, Juan de Florencia, anciano contemporáneo del Dante, que enseñaba entonces las ciencias ampliadas en Aviñon.

«Fuí á consultarle, cuenta Petrarca, uno de «esos dias en que el desaliento se apoderaba de «mí; me recibió con su bondad acostumbrada:

«¿Qué teneis, me preguntó, me parece que estais
«triste y melancólico? O mucho me engaño, ó os
«ha sucedido algun desgraciado accidente?—No
«os engañais, padre mio, le contesté; estoy tris-
«te, pero no me ha sucedido ninguna grave con-
«trariedad. Vengo á confiaros mis acostumbra-
«das penas, ya las conoceis; mi corazon no tie-
«ne secretos para vos. Ya sabeis lo mucho que
«he trabajado para sobresalir del vulgo y con-
«quistarme un nombre; yo no se por qué, pero es
«lo cierto, que cuando creia elevarme poco á
«poco, me siento caer de pronto; el manantial
«de mi inteligencia está agotado; despues de ha-
«berlo aprendido todo, conozco que nada sé. ¿De-
«beré dejar el estudio de las letras y emprender
«otra carrera? Aconsejadme, padre mio, sacadme
«de esta horrible incertidumbre, tened compa-
«sion de mí....! Y esto diciendo rompí á llo-
«rar....»

IV.

El ilustre anciano consoló y alentó á su discípulo; díjole que la impotencia momentánea de su imaginacion significaba el progreso de su inteligencia, la cual, señalándole la altura hasta donde podia llegar, le desanimaba sin razon, por el sentimiento de la distancia que habia entre su talento de hoy y su ideal futuro. «El enfermo

que conoce su mal, añadió, ha dado el primer paso para su curacion: perseverad en vuestra vocacion, y renunciad al foro, donde no se cultiva mas que el arte de vender palabras, ó mejor diré, mentiras.» Sorprende este menosprecio del foro en un jóven, para quien Ciceron era un oráculo, un ídolo.

Su amigo Jacobo Colonna le alentaba con su ejemplo y sus consejos á perseverar en el estudio de la filosofía y de las letras. «Este amigo, escribe Petrarca, era el más amable de todos los hombres; su fisonomía era simpática y distinguida, y su gallarda apostura revelaba en él un hombre que estaba muy por encima de los demás hombres. Su trato era de los más amenos, discreto en la conversacion, grave en sus pensamientos, cariñoso para sus parientes, leal para sus amigos, afable y liberal para todos, á pesar de lo ilustre de su cuna y del talento que le distinguia. Aparecia siempre sencillo y modesto, sus costumbres eran puras é irrepreensibles, su elocuencia natural, era seductora é irresistible; hubiérase dicho que tenia el corazon y la voluntad de todos en la mano, y que los manejaba á su agrado; espejo de candor y de franqueza sus cartas y sus conversaciones, revelaban todo lo que se encerraba en su alma, en la que se creia leer....»

V.

Feliz en la amistad, el jóven poeta no lo fué menos en el amor. Presiéntese que vamos á hablar de su pasion por Láura, que fué su vida, su falta y su gloria.

Para juzgar con acierto de la criminalidad ó de la inocencia de esta pasion en el jóven poeta, que del estado eclesiástico solo tenia el hábito, la tonsura y los beneficios, es necesario tener presente la definicion del amor que hemos dado al comenzar esta conferencia.

Lo que Petrarca, y lo que en tiempo de Petrarca se entendia por amor, solo era en realidad la pasion de lo bello, la admiracion, el entusiasmo y la abnegacion del alma, por un ser de ideal perfeccion fisica y moral; culto, en una palabra, pero culto divino tributado á una belleza mortal.

Ya veremos como este amor, que no empañó en lo más mínimo la castidad de Láura ni la virtud de su amante, no tuvo otro carácter que el de la adoracion intelectual á los ojos de sus contemporáneos y de la posteridad. Petrarca, que en una edad más avanzada se hizo más severo en sus juicios respecto á sí mismo, se ocupa de él, sin embargo, con cierta ambigüedad de remordimientos ó de justificacion, en el pri-

mer soneto de sus obras, despues de la muerte de Láura. Es necesario leerlo para comprender con esactitud la naturaleza de su sentimiento. Hélo aquí:

«Vosotros los que escuchais en estos versos
»esparcidos al eco de los suspiros con que ali-
»mentaba mi corazon en mis años de embriaguez
»juvenil!

«Cuando era yo, en parte, un hombre muy
«distinto del hombre que soy en el dia:

«De estos versos en los cuales lloro ó medito
«alternativamente entre las vanas esperanzas y
«los estériles arrepentimientos, espero que me
«concedereis, si no mi perdon, al menos la
«piedad.

«Ahora veo como fuí durante mucho tiempo la
«fábula y el rumor del mundo entero.

«De mí mismo conmigo á solas me avergüen-
«zo y me sonrojo.

«Esta justa vergüenza es el fruto merecido de
«mis vanos errores.

«Y el arrepentimiento y el tardio y claro
«convencimiento de que lo que únicamente agra-
«da á este mundo no es mas que el sueño de un
«momento.»

Leidos estos versos, no seamos nosotros ni
más severos ni más indulgentes que lo fué Pe-
trarca consigo mismo, lamentando en su virtud,
no el crimen, sino la fragilidad de su amor. Aquel
culto poético tributado á la belleza, no mancilla-
ba la mujer virtuosa que lo inspiraba, de la mis-

ma manera que tampoco mancillaba su dama, llevando sus colores y consagrándole sus proezas.

VI.

La historia de Láura ha sido escrita con el orgullo del parentesco por el abate de Sades, descendiente de esta mujer angélica; por una casualidad del destino, mi familia materna se remonta tambien á aquel tronco. El árbol genealógico de la familia no deja ningun lugar á la duda. Mi madre tenia sangre de Láura en las venas. No me envanezco de ello, porque no cabe vanidad en lo que es puramente casual; pero me sirve de satisfaccion, porque la poesía y la belleza fueron siempre á mis ojos los verdaderos títulos de nobleza de la mujer.

El encuentro que decidió de la vida y de la inmortalidad del jóven poeta, ha sido referido por él en todas sus circunstancias de tiempo, lugar, dia y hora, como si fuese un suceso perteneciente á la historia del mundo. Hay más; describe el estado de indiferentismo en que hasta entonces habia vivido su corazon con respecto al amor. «Yo que era, dice, más silvestre que los ciervos de los bosques.» Y en esta otra parte continua: «Los dardos que hasta entonces se me habian dirijido no habian hecho mella en mi corazon, cuando el amor llamó en su ayuda una

«dama, contra la cual el génio, ni la fuerza ni «las súplicas, jamás pudieron conseguir nada.»

Hallándose en esta situacion de indiferentismo, aconteció que un lunes de la Semana Santa, 6 de abril de 1327, en la iglesia de las monjas de Santa Clara, donde Petrarca habia ido á rezar sus oraciones, sus ojos quedaron deslumbrados al mirar á una dama muy jóven y de una incomparable belleza. *Llevaba un vestido de seda verde salpicado de violetas.* Este traje, que se grabó en su memoria, así como todos los rasgos de su fisonomía, y todos los detalles de su esbelta figura esparcidos en las odas y en los cantos del poeta, nos retratan cumplidamente á Láura. Reproducamos nosotros ese retrato, tomándolo á trozos de sus versos.

«Su rostro y su apostura tenían algo de sobrehumano; su talie era delicado y esbelto; sus ojos dulces y brillantes al mismo tiempo; sus cejas negras como el ébano; sus cabellos color de oro, caían rizados sobre la nieve de sus hombros; el oro de esta cabellera parecia hilado y tejido por la naturaleza; su cuello era torneado, moldeado y deslumbrante de blancura; su tez sonrosada se animaba por el movimiento rápido de la sangre circulando en sus venas; cuando entreabria los lábios, veíanse sus dientes como perlas engarzadas en alveolos de rosa; sus piés eran modelados; sus manos de marfil, y su apostura revelaba el pudor y la decencia modesta y majestuosa de la mujer que respeta en sí misma

los dones perfectos de Dios; su voz penetraba y conmovia el corazon; su mirada era alegre y atractiva, pero tan pura y tan honesta en el fondo de sus ojos, que imponia respeto.

«Tal era esta celeste aparicion.

«No, esclama el poeta, en su tercer soneto, no, jamás el sol saliendo del seno de las más negras nubes que puedan oscurecer el cielo; jamás el arco-iris, despues de la lluvia, brillaron con colores más variados en el éter resplandeciente, que este dulce rostro, al cual ninguna cosa mortal puede igualarle; todo me pareció sombrío despues de esta manifestacion de la luz.

«¿En qué esfera del cielo (prosigue en el soneto veinte y cinco) estaba el modelo increado, de donde la naturaleza copió este hermoso semblante, en el cual se complació en manifestar la omnipotencia de arriba? Aquel que no haya visto como sus ojos se mueven suavemente en sus órbitas, quien no haya oido como su respiracion canta al pasar por sus lábios y cuan dulcemente habla y dulcemente sonrie, nunca sabrá cómo el amor mata, y cómo cura una alma.»

VII.

Esta maravilla era Láura, cuyo nombre immortalizado por Petrarca, pudiera muy bien pasarse de otra genealogia.

Se ha ignorado durante mucho tiempo el de su familia, y es de estrañar que Petrarca no lo haya pronunciado jamás; recientes y perseverantes investigaciones han demostrado al fin, que Láura pertenecía á la noble casa de Noves, de la cual indudablemente descendia. Esta casa radicaba en el pueblecillo de Noves, situado á orillas del rio Durance, á poca distancia de Aviñon. El padre de Láura se llamaba Audiberto de Noves, y su madre, Ermesinda; no se conoce su otro nombre. Audiberto de Noves, residia durante el invierno en la casa de su familia en Aviñon, en la que Láura habia nacido. El soneto funerario de Petrarca, puesto por él en su féretro, y encontrado cuando este féretro fué abierto, atestigua el derecho que tiene Aviñon á llamarse la ciudad natal de Láura.

El testamento, que tambien se ha encontrado, de Audiberto de Noves, que murió jóven como su hija, habla de Láura, su hija mayor, á la cual deja 6.000 libras tornesas para su dote. Esta suma, considerable en el siglo catorce, es un indicio de la riqueza de la casa de Noves.

Ermesinda de Noves, viuda de Audiberto, fué nombrada tutora de sus tres hijos. Concedió la mano de Láura, todavía muy jóven, á Hugo de Sades, gentil hombre de una familia ilustre y senatorial de Aviñon; el contrato de matrimonio encontrado tambien, está fechado en Noves, á 16 de enero de 1325, en la iglesia de Nuestra Señora.

Hugo de Sades tenía veinte años, y Láura dies y seis. Además del dote de 6.000 libras torneas, Ermesinda dá á su hija un vestido de seda verde, probablemente el mismo que llevaba el día 6 de abril, en la iglesia de Santa Clara, cuando por primera vez la vió Petrarca. Recibió además de su madre, por contrato de matrimonio, *una corona de oro y una cama honesta*. Sus retratos conservados en la casa de Sades y en otras partes, la representan con el vestido verde, tal cual está pintada en el tercer soneto de su poeta.

Esto es cuanto se sabe hasta el día, merced al abate de Sades, acerca de Láura de Noves. Sin duda alguna que las obras latinas de Petrarca, sus confidencias escritas y sus cartas familiares nos hubieran revelado muchas circunstancias de sus amores y muchos detalles relativos á las dos familias de Noves y de Sades; pero Petrarca refiere que él mismo ha destruido todos los vestigios de su pasión antes de su muerte.

«Sabed, dice á uno de sus admiradores, una cosa increíble, y sin embargo verdadera: y es que he arrojado á las llamas más de un millar de poemas ó de cartas de familia, no porque no encontrase en ellas bastante interés y distracción, sino porque se contenia en ellos más negocios públicos ó domésticos, que pasatiempos para el lector!»

¡Qué pérdida para los eruditos, para los curiosos y para los amantes! Las cenizas del hogar

de los poetas están llenas de misterios esparcidos así por el viento.

VIII.

A partir de la hora en que vio á Láura, el alma de Petrarca ya no fué más que un canto de entusiasmo, de deseos, de amor y de penas, consagrado á esta vision. Fué para él la Beatriz del Dante, salida de lá infancia de un sueño, y elevada á la realidad y á la perfeccion de la belleza. Sus sonetos, en los que ocultaba el nombre de Láura bajo el velo demasiado trasparente y demasiado puerilmente alusivo al laurel (Láuro) hacian público en las sociedades de Aviñon, de Roma y de Florencia, su amor. Esta publicidad de culto, no ofendia la virtud de su ídolo ni la susceptibilidad de su marido. Láura estaba muy por encima de las sospechas, y su esposo muy por encima de los celos. Aquel amor divinizado por aquellos versos, era en aquella época, un título de gloria, y no de afrenta para una familia. Un poeta era un paladin que justaba en público en honor de su dama. Tal parece haber sido siempre el carácter del amor de Petrarca; si fué galardonado alguna vez con una sonrisa ó con una manifestacion de gratitud, jamás fué pagado con una reciprocidad criminal; era aquello una especie de demencia del jénio, que se esti-

múlaba y aplaudia, porque á nadie sonrojaba.

Esta adoracion multiplicaba bajo todas las formas sus homenajes: Láura se habia trasformado en divinidad en el alma de su amante; y el culto que le tributaba tenia la uncion, la devocion y el misticismo de cualquiera otro culto; tenia sus reliquias, y consagraba la memoria de los dias en que nabia nacido y se habia desarrollado, de los sucesos que le alimentaban, y muy luego tuvo tambien los de su calvario y de su sepultura. Leed su segundo soneto, conmemoracion del primer encuentro que tuvo con Láura en la iglesia.

«Érase el dia en que el sol palideció y quedaron sus rayos sin luz, compadecido del suplicio de su Creador. (Viernes de la semana de Pasion.)

«¡Oh mujer, cuando fuí preso, y no me quise defender, por esos hermosos ojos que me encadenaron para siempre.... el amor me encontró desarmado, y el camino de mi corazon quedó abierto por esos ojos, que se han hecho el manantial inagotable de mis lágrimas.»

Y en otro soneto conmemorativo, fechado en 6 de abril de 1338, dice: «Hoy es el undécimo, primero aniversario del dia en que me ví puesto bajo el yugo que nunca se romperá. Recuerda á mis pensamientos, Señor, como hoy tambien tú fuistes enclavado en la cruz....!»

IX.

La fascinación que en el joven Petrarca ejercía la presencia de su dama, los placeres y los aplausos que la ciudad y corte de Aviñón prodigaban á sus versos, que eran delicia y encanto de todos los círculos elegantes, le alejaban cada vez más y más de los estudios serios de la teología y de los ejercicios del foro. Su maestro de jurisprudencia y de elocuencia, el célebre profesor *Sino de Pistoya*, le reprendió tal descuido en una de sus cartas.

«Os veo, le dice en una de sus cartas, con harto dolor, en la casa de vuestro amigo el obispo de Lombez, Jacobo Colonna, pulsando la lira como un ministril, y rodeado de esa turba de parásitos y de aduladores, cortejo obligado de todos los príncipes. Seducido por la vana gloria que la poesía ofrece á todos los que la cultivan, habeis renunciado á los verdaderos honores que proporciona la ciencia de las leyes. ¡Qué diferencia, sin embargo! la jurisprudencia dá riqueza, cargos importantes y dignidades; y la poesía pobre y mendiga, dá cuando más una corona de laurel. Maestro Francesco, ya no quiero amaros.»

Estas reprensiones conmovieron á Petrarca, mas no lo apartaron de su propósito.

Una circunstancia histórica orijinal, como todo lo de aquellos tiempos, habia elevado á Jacobo Colonna, el amigo de Petrarca, al obispado de Lombez y granjeándole el favor del Papa Juan XXII, que reinaba en Aviñon. Los frailes de entonces se inmiscuian en todo; los franciscanos se habian dividido en dos sectas, una de las cuales queria renunciar al derecho de propiedad, y la otra conservar sus inmensos bienes. El emperador Luis de Baviera, se puso del lado de una de estas dos opiniones, y marchó sobre Roma á la cabeza de un ejército para sostener á los franciscanos rebeldes al Papa. Luis de Baviera habia depuesto á Juan XXII y hecho elejir un nuevo Papa llamado Mathei. Este Papa, aunque fraile, estaba casado en secreto; su mujer que le habia permitido hacerse franciscano, reclamó á su marido así que le vió sentado en la silla pontificia. Juan XXII escomulgó á este séudo-papa. Jacobo Colonna tuvo bastante valor para dirigirse á Roma, y fijar en un paraje público, á la vista de los Alemanes y del falso pontífice Mathei, la bula de escomunion. Esto hecho, salvóse á uña de caballo, y se refugió en Palestrina, fortaleza de su familia. El emperador le hizo quemar en effie.

A su regreso de tan temeraria expedicion, Jacobo Colonna recibió en recompensa el obispado de Lombez, por más que no perteneciera al estado eclesiástico. Suplicó á su amigo Petrarca que le acompañase á esta nueva residencia, oscura é

iletrada, situada al pié de los Pirineos, cerca del nacimiento del Garona. Además llevó consigo algunos jóvenes Romanos para distraer las tristes horas de aquel destierro. Esta sociedad de amigos no renunció en el seno de aquellas rústicas montañas á sus costumbres y hábitos cultos, y pasaba los dias estudiando, conversando y poetizando. La residencia de Jacobo Colonna se trasformó en una *Villa* italiana, al pié de los montes Pirineos. Lelio y Sócrates, dos comenzales de los *Colonnas*, embellecieron las horas de Petrarca: «Estos fueron los momentos más felices de mi vida,» escribia en aquella época el joven poeta.

Pasados el verano y el otoño, regresaron todos á Aviñon, con motivo de la llegada á esta capital del Cardenal Colonna, tio del obispo de Lombez. Jacobo recomendó al Cardenal á su amigo Petrarca, y este príncipe romano recibió con distincion en su casa, y trató como á hijo al joven poeta, en quien reconoció dotes más que suficientes para ilustrar un dia su casa en la diplomacia y en las letras. Estos Mecenas eclesiásticos ó láicos, dispensaban en aquella época la generosa proteccion á los hombres de talento que podian ayudar á su celebridad y gloria; el palacio del Cardenal Colonna era la corte del génio italiano. El gefe de esta ilustre casa, Esteban Colonna, fué tambien á Aviñon para visitar á sus hermanos y sobrinos, y entonces conoció á Petrarca, de cuyo talento se apasionó. Un so-

neto fechado en Vaclusa, dedicado por Petrarca á aquel hombre ilustre, conmemora los sencillos placeres del campo y las expansiones del espíritu y del corazon, que ambos gustaron en el valle de Vaclusa.

«En lugar de tus palacios, de tus teatros y de tus pórticos en Roma, embellecidos con estátuas, le dice, solo teníamos aquí la encina, el haya y el pino arrojando su sombra sobre la menuda yerba de la falda de la colina que descende á la llanura; por ella bajábamos á paso lento poetizando, y aquellos magníficos espectáculos elevaban nuestra alma hácia el cielo. Allí el ruiseñor, oculto en la enramada, se lamenta y llora toda la noche.

«Empero hay una cosa que emponzoña y deja incompletas tantas delicias, y es tu ausencia de aquellos encantados lugares, ¡oh mi señor!»

X.

Sin embargo, el amor no apagó la llama de patriotismo italiano en el corazon del jóven poeta florentino. Una epístola poética, digna de *Tito-Livio* y de *Tácito*, protesta elocuentemente contra la invasion de Italia por los Alemanes y los Franceses, mandados por el rey de Bohemia. Los Franceses son tratados en ella como esclavos

rebeldes que van á saquear y á envilecer las tierras de su señor.

Por este mismo tiempo, los rigores de Láura y los celos de su esposo, que empezaba á ofenderse del rumor que producian aquellos poéticos amores, obligaron á Petrarca á emprender un viaje. Visitó, sin detenerse apenas, Paris, Flandes, Colonia y Lion, y regresó á la residencia del Pontífice, donde encontró ausente á su amigo Jacobo Colonna, y no menos esquiva á Láura. Afijido y melancólico, buscó la soledad y el silencio en el valle casi inculto, á la sazón de Vaucluse. Uno de sus más bellos sonetos, *Solo é pensoso*, escrito en aquellos días, espresa de la manera más melancólica aquella consonancia de la tristeza de su alma con la tristeza del sitio.

«Solitario y pensativo recorría á paso lento
«y pesado los sitios más desiertos, y registraba
«con la vista todos los contornos para evitar la
«huella de todo sér humano impresa en la arena;
«na; mi mayor temor es encontrar personas conocidas,
«porque bajo la mentida calma de mi rostro y de mis palabras,
«es fácil descubrir la llama interior que me consume;
«de suerte, que me parece que las márgenes de los ríos,
«los ríos mismos, las montañas, las llanuras y los bosques
«saben lo que pasa en mi alma, cerrada á la mirada
«de los hombres. Pero ¡ay de mí! no existe sendero,
«por escabroso que sea, ni retiro agreste, donde no me siga
«el amor, conversando con mi alma, y mi alma con él.»

XI.

Juan XXII acababa de morir; Jacobo Fournier, hijo de un panadero de Saverdun, que le habia sucedido en el pontificado, no participaba de la aversion que aquel Papa profesaba á Italia. Pensábase en trasladar la córte pontificia á Roma: Petrarca, italiano de corazon, dirigió al Papa una magnífica alocucion en nombre de la Ciudad Eterna, para conjurarle que volviese la Iglesia á su pátria terrenal. En recompensa de esta oda, Petrarca recibió de Benedicto XII una canonjia en un rico beneficio en el obispado de Lombez. Otra oda, que en la misma época dedicó á Esteban Colonna, y que Voltaire llama *la más admirable de sus poesías*, elevó su fama muy por encima de la de todos los poetas de su tiempo.

«¿Italia dormirá siempre? ¿no habrá nadie que la despierte?»

XII.

Petrarca marchó al fin á Roma, en los momentos en que Láura, compadecida de su constancia, pugnaba por retenerle con algunas inocentes deferencias, cual si le fuera penosa la

emancipacion de su esclavo; pero ya Petrarca habia buscado en otro amor menos platónico, un lenitivo á la pasion que le devoraba.

Embarcóse en Marsella y desembarcó en Civita-Vechia. La guerra civil devastaba la campiña de Roma; la entrada de la ciudad estaba interceptada por partidas armadas á sueldo de la familia de los Ursinos, enemigos de los Colonnas. Petrarca se refugió en el castillo de Capranica, del conde de Anguilara, casado con una hija de Esteban Colonna. En una de sus cartas escribe con fruicion aquella mansion de la paz en medio de los escesos de la guerra.

Esteban Colonna, senador de Roma, es decir, dictador en ausencia del Papa, fué á buscarlo con una fuerte escolta de caballeria, y le llevó consigo, alojándole á su lado en el Capitolio. Aunque satisfecho con aquella señalada distincion, disfrutó de ella poco tiempo; la imájen de Láura, olvidada un momento, reapareció en su mente, y le empujaba hácia Aviñon. Volvió á esta ciudad, vió de nuevo á Láura, y se exaltó su delirio amoroso.

«Deseaba la muerte, escribe, y sentia vehementes deseos de dármela. Temia encontrar á Láura como el piloto teme tropezar en el escollo; sentíame morir cuando veia aquella cabeltera de oro, aquel collar de perlas rodeando un cuello más blanco que la nieve, aquellos hombros modelados, aquellos ojos, cuya irradiacion, ni la noche de la muerte pudo apagar; la sola sombra

de Láura me causaba un estremecimiento, y el eco de su voz me trastornaba los sentidos!»

XIII.

Recelándose de caer de nuevo bajo el yugo de su pasion, descontento de los Papas y de su corte, que parecian tenerlo olvidado en su cautividad política, dejándole entregado á su vena poética, resolvió huir de un mundo, que solo le ofrecia desesperacion en el amor é ingratitud en la ambicion. Acordóse de un sitio agreste y delicioso al mismo tiempo, donde la sombra de los bosques, el murmurio de los riachuelos, las brisas frescas en verano y túbias en invierno, le habian servido de abrigo en otro tiempo contra las tempestades de su alma, y decidió pasar en él los dias de su existencia en la tierra. Este sitio estaba bastante distante, para que la presencia y el nombre de Láura no le turbasen de continuo, y bastante cerca, para que pudiese verla alguna vez, y seguir con los ojos del alma la sola estrella de su cielo en este mundo. Déjase entender que nos referimos á Vauclusa.

La descripcion de este sitio, hecha por el mismo Petrarca en muchos de sus sonetos y de sus cartas, es enteramente conforme á lo que los peregrinos del amor y de la poesía contemplan en nuestros dias, y á lo que los dibujos y

los escritos del baron Robert nos han demostrado á nosotros mismos. El señor baron Robert, tiene, como nosotros la supersticion del génio y del amor de Láura y de Petrarca, y en este concepto le debemos mucho.

Vauclusa es una especie de *Tibur* de las Galias: en la estremidad de un valle sombrío y rico en arbolado, húmedo además, y resonante con el murmullo de las aguas, cuyas corrientes le riegan, álzase de improviso un baluarte de rocas inaccesibles, que cierra el horizonte. En uno de los lados de este anfiteatro de rocas, y sobre una de sus elevadas cimas, muéstranse las ruinas de un antiguo castillo; sus lienzos de muralla abiertos por anchas brechas y rasgadas ventanas, se confunden con las rocas grises que les sirven de base.

Era la residencia de los obispos de Cavaillon, donde venian durante la canícula á respirar las brisas frescas del valle.

En el opuesto lado existe una caverna natural, cuya elevacion es prodijiosa, abriéndose como el pórtico de un mundo subterráneo. Falta la luz á medida que se penetra en la profundidad de esta gruta. Llena la estension de este antro un dilatado estanque de agua tan azulada, que parece oscura, y tan profunda, que la sonda no encuentra fondo. Durante el verano aquella agua yace inmóvil, sin que la más lijera ondulacion rice su trasparente nivel; mas en la primavera y en el otoño sobresale de sus bordes, se derrama

abundante por encima del dintel de la caverna, y se precipita en chorros espumosos como una cascada de Tivoli, hasta el fondo del valle.

Esta caída, el movimiento que produce, el ruido que repercute de concavidad en concavidad, sus nieblas de espuma flotante estendidas como un velo que el viento rasga por intervalos para dejar descubierta la vejetacion que rodea la entrada de la caverna, son la vida, el encanto y la poesía de aquel pintoresco sitio.

Algunas pobres casitas cercadas de pequeños jardines, aparecen diseminadas en el declive de la montaña, más arriba de la Sörgue; este es el nombre que toma la fuente de Vauclusa al salir de la caverna. Petrarca se hizo construir en este sitio una casita del tamaño y capacidad de una ermita. Hé aquí los términos en que la describe en una de sus cartas, así como la vida ascética en que se habia abismado para orar, cantar, soñar y amar en la soledad.

«Cuando encontramos una cueva abierta por la naturaleza en las escabrosidades de una sierra, dice Séneca, apodérase del alma un sentimiento religioso, sin duda porque en ella se vé la mano del Artífice Divino; el nacimiento de los grandes rios inspira veneracion, la súbita aparicion de un gran rio merece altares; yo quiero erijir uno, añade, en cuanto me lo permitan mis recursos pecuniarios; lo erijiré en mi jardinito plantado sobre las rocas, por encima de las aguas; pero lo advocaré á la Virgen, Madre del

Dios que ha destruido los falsos dioses.»

«Aquí, dice despues de diez años de reclusion en aquella ermita, aquí vivo en guerra con mis sentidos, y los trato como enemigos: mis ojos que me arrastraron á tantos precipicios, ahora solo ven cielo, agua y rocas. Mis oidos solo oyen el mujido de los bueyes, el balido de las ovejas, el gorjeo de los pájaros y el murmurio de las aguas; la única mujer que veo, es una criada negra, seca y tostada como un desierto de la Libia. Permanezco silencioso desde la mañana hasta la noche, no teniendo nadie con quien hablar; los campesinos ocupados en cultivar sus viñas y sus huertos y en echar sus redes en el Sorge, no saben hablar ni entienden el trato de los hombres en sociedad. Mi alimento se reduce al pan negro de mi jardinero, y lo cómo con cierta satisfaccion; cuando me traen pan blanco de la ciudad, casi siempre se lo doy al mandadero. Mi jardinero, que es un hombre muy robusto, me reprende por el género de vida demasiado frugal que observo, y me dice que no podré tirar así mucho tiempo. Yo de mí creo que es más fácil acostumbrarse á un alimento frugal que á los platos más escojidos y delicados; los higos, uvas, nueces y almendras son mis delicias; me gusta el pescado, que abunda en el rio; es para mí gran diversion verlos brillar cojidos en las redes que les tienden, y que yo les tiendo algunas veces. Nada os diré de mis vestidos; todo ha cambiado mucho respecto á

este particular; ya no llevo aquellos con que me adornaba en otro tiempo; ahora me tomaríais por un labrador ó un pastor de la montaña.

«Mi casa se parece á la de Fabricio ó de Caton; toda mi servidumbre consiste en un criado y un perro; el criado tiene su casita contigua á la mia; cuando lo necesito le llamo, y cuando no lo necesito se vuelve á su cabaña. He plantado dos jardinitos, que se acomodan maravillosamente á mis gustos. No creo que haya en el mundo cosa alguna que se les parezca. Debo confesaros una debilidad propia de una mujercilla: *Siento que exista una cosa tan bella fuera de Italia.* De estos dos jardines, el uno es sombrío, propio para la meditacion y el estudio; baja por una suave pendiente hácia el *Sorgue* en su nacimiento del flanco de la montaña, y está cerrado por el lado diametralmente opuesto con una muralla natural de rocas, á la que solo los pájaros, merced á sus álas, pueden subir: el otro jardin está más contíguo á mi morada, es menos agreste, está cubierto de emparrados, y lo que es más singular, está en la orilla de un rio de corriente muy rápida, y unido por medio de un puentecillo á una gruta abovedada, en la que no penetran los rayos del sol. Creo que esta gruta se parece á aquella pequeña sala subterránea existente en la orilla del mar de Gaeta, en la cual Ciceron iba algunas veces á declamar sus discursos para acostumbrarse á luchar con el ruido de la multitud. •Este sitio silencioso y

sombrio me dispone para el estudio y la composición.

«Allí paso la hora del mediodía; por la mañana recorro las más altas colinas, la tarde la paso en los prados ó en las inmediaciones de la fuente de Vauclusa, ó en el jardinito en la isla de la gruta, á la sombra del peñasco y rodeado de agua. Este sitio es reducido, pero es el más apropiado para exaltar el espíritu más perezoso, y elevarlo hasta las nubes. ¡Ah! ¡qué de buena gana pasaria mi vida aquí, si no estuviera tan cerca de Aviñon y tan lejos de Italia! No quiero disimular estas dos flaquezas de mi alma: amo á Italia y aborresco Aviñon. El pestífero olor de aquella ciudad corrompida emponzoña el ambiente que respiro en mis jardines. Creo que acabará por lanzarme de ellos.»

XIV.

En cuanto á sus ocupaciones y á sus ensueños en aquella soledad, hé aquí lo que leo en una de sus cartas á otro amigo. J. J. Rousseau no tiene nada que sea más estático.

«¡Cuántas veces durante las noches de verano, dadas las doce, y despues de haber rezado mi breviario, fui á recorrer los campos á la claridad de la luna! ¡Cuántas veces entré solo, á pesar de las imponentes tinieblas de la noche, en aquel antro

espantable, donde, acompañado y con la luz del día no es posible penetrar sin sentir un secreto terror! Yo me complacia en aquel medroso sitio; pero lo confieso, este placer estaba mezclado de voluptuoso terror.

«Encontraba tanta delicia en esta soledad y tan dulce bienestar, que me parece no haber verdaderamente vivido sino el tiempo que permanecí en ella; lo demás de mi vida solo ha sido un tormento continuado!»

Parecia preexistir una armonia secreta entre Petrarca y la fuente de Vauclusa, armonia la cual pinta con frecuencia en sus escritos, como una supersticion del amor que le ligaba á aquellos hermosos sitios. El crecimiento de las aguas de aquella fuente correspondia al 6 de abril, hacia el equinoccio de la primavera, y precisamente en este dia celebraba en su corazon el aniversario de su encuentro con Láura.

A todos estos atractivos para el poeta, hay que agregar, si hemos de dar crédito á la tradicion, el encanto de poderse acercar con frecuencia á la residencia de verano de Láura; es decir, al pueblecillo de Cabriere, donde pasaba la estacion canicular.

XV.

Ya sea que la viese algunas veces en sus largos paseos por el campo, ó que solo la viese en

sueños, es lo cierto, que la imájen de Láura se habia apoderado de su ánimo, y no se separaba de él un solo momento, de la misma manera que la imájen de las damas romanas perseguian á S. Gerónimo en el desierto. El poeta refiere casi en los mismos términos que el anacoreta, las seductoras apariciones del fantasma que turba su reposo y sus oraciones.

«Tres veces, en medio de la noche, estando la puerta de mi aposento cerrada, la he visto á los piés de mi cama, reclamando, con severo continente, su servidor: el miedo helaba mis miembros, y toda mi sangre se agolpaba á mi corazón. No dudo, que si en aquel momento hubiesen entrado con una luz, me hubieran encontrado pálido como un muerto, é impresas en mi rostro las señales del mayor terror.

Levantábame antes de la aurora, y saliendo de prisa de una casa donde todo me era sospechoso, subia á la cima de las rocas, y corría por los bosques, mirando por todos lados, si aquella imájen, que vino á turbar mi reposo, seguia mis pasos. En ninguna parte me creia seguro.

«Nadie querrá creerme; pero lo que voy á decir es la verdad. Muchas veces, en los sitios más apartados y agrestes, cuando creia estar enteramente solo, la veia salir del tronco de un árbol, del estanque de una fuente, del hueco de una roca, de una nube.... no sé de donde. El espanto me dejaba inmóvil, sin saber qué hacer ni dónde ir.»

Su amor, sus libros y sus versos formaban toda su existencia. Hé aquí como hablaba de sus amigos mundanos, que le vituperaban por haber desertado de la sociedad de los hombres cultos.

«Esas gentes miran los placeres del mundo como el soberano bien, y no comprenden que se pueda renunciar á ellos. Ignoran cuantos son mis recursos. Tengo amigos, cuya sociedad es para mí la más deliciosa. Mis libros, que son jentes de todos los países y de todos los siglos; amigos distinguidos en la guerra, en el foro y en las letras; nada exigentes y obedientes á mis órdenes; los llamo cuando quiero, y vienen, los despido, y me obedecen; nunca están displicentes ó de mal humor, y contestan sin vacilar á todas mis preguntas.

«Los unos pasan revista ante mí á todos los acontecimientos de los siglos pasados; los otros me revelan los secretos de la naturaleza; estos me enseñan á bien vivir y á bien morir; aquellos disipan mis enojos y me divierten con sus oportunidades: los hay que fortalecen mi alma y la disponen al heroismo del sufrimiento, me enseñan á no desear nada, y á conocerme á mí mismo. En una palabra; me abren las puertas de todas las ciencias y de todas las artes, y satisfacen á todas mis necesidades.

«En premio de sus grandes beneficios, solo me piden un cuartito limpio y bien cerrado dentro de mi aposento, donde puedan estar al abrigo de las ofensas de sus enemigos naturales.

En fin, los llevo conmigo al campo, cuyo silencio les conviene mucho más que el tumulto de las grandes ciudades.»

XVI.

En los cortos viajes que hacía á Aviñon, solía encontrar á Laura; pero afectaba la mayor indiferencia al verla. Esta, cuyos encantos empezaban á ajarse menos por los años que por las penas, dolíase en secreto de este abandono. Un dia que pasaba cerca de su poeta, quien aparentaba mostrarse insensible á su vista, le dijo en voz baja y con acento de melancólica reconvenccion: «¡oh! Petrarca, que pronto os habeis cansado de amarme!»

De regreso en Vaclusa, Petrarca escribió su quincuajésimo soneto, que empieza así:

«¡Oh, Señora! no, nunca me cansé de amaros; y mientras viva no agotaré mi amor! Sea vuestro nombre solo el que se grabe en el mármol blanco de mi tumba! etc.

Por este tiempo fué cuando escribió aquellas tres inmortales *canzone*, odas elejiacas que los Italianos llamaron, en razon de su mucha belleza, las tres Gracias de su lengua. También concibió y escribió á la sazón su poema épico, más romano que italiano, sobre las victorias de Escipion en Africa. Petrarca naufragó en esta empresa. Su

gênio estaba en su amor: sêparado de esta senda no quedaba más que el erudito; y en cuanto volvía á ella mostrábase el más armonioso y el más tierno de los poetas.

XVII.

Su fama como poeta, como amante y como escritor consumado en todas las obras de estilo, habíase estendido tanto fuera de su retiro de Vaclusa, que Roma y Paris, estas dos capitales del mundo literato, le ofrecieron coronarle por rey de la poesía y de la ciencia. Esta coronacion era para los poetas de la edad Media lo que el triunfo antiguo fué para los héroes de Roma. Por una rara coincidencia de pensamiento y de fecha, el ofrecimiento le fué dirijido simultáneamente y el mismo dia por la Francia y la Italia.

«El dia 23 de agosto de 1340, (esto lo cuenta él mismo) estando en Vaclusa pensando en Láura y en mi poema del *Africa* á la hora tercera del dia, es decir hácia las nueve de la mañana, recibí una carta del Senado de Roma, que me invitaba con las mayores instancias á pasar á Roma para ser coronado. El mismo dia á la hora décima, es decir hácia las cuatro de la tarde, ví llegar un correo portador de una carta del canciller de la Universidad, Roberto

de Bardy, que me suplicaba diese la preferencia á la ciudad de Paris para recibir la corona de la gloria. «Decididle en mi favor» «escribia el mismo dia á su patrono y amigo el cardenal Colonna. «sois mi consejo, mi apoyo, mi amigo y mi gloria!»

La familia de los Colonnas, celosa del honor de esta coronacion para su ciudad, se decidió por Roma. Roberto, rey de Nápoles, amigo y admirador de Petrarca, contribuyó á decidir la eleccion del poeta por la ciudad eterna. Roberto era uno de los príncipes de Italia que con más autoridad pedia el honor de esta coronacion para su poeta favorito. Petrarca marchó á Nápoles. Despues de largas conferencias entre el rey y el poeta. Roberto, aunque envejecido sobre el trono, le dijo:

«Os juro que tengo en mucho mayor aprecio las letras que la corona, si me viera obligado á renunciar á una cosa ó á otra, arrancarla desde luego la diadema de mi frente.»

La víspera del dia en que Petrarca debía salir de Nápoles para Roma, Roberto en la audiencia de despedida, se quitó el manto que llevaba puesto y se lo regaló al poeta para que lo vistiera el dia de su coronacion. Además, le nombró capellan de la corte de Nápoles, título honorífico que no implicaba más deberes al agraciado que el de la gratitud hácia quien otorgaba la merced.

Petrarca, cediendo á esa supersticion de su

corazon que asociaba la fecha del nacimiento de su amor á todas las fechas de los grandes acontecimientos de su vida, quiso llegar á Roma el dia 6 de abril.

Fué recibido por el senado y el pueblo mas bien como rey que como poeta. Las letras, que entónces renacian, eran la verdadera soberanía del pueblo.

No se ha visto en los tiempos modernos más que un triunfo intelectual que pueda serle comparado, y fué el de Voltaire, vuelto á Paris, despues de cuarenta años de ausencia, para ser coronado y morir.

La pompa fué digna del pueblo romano y del primero de los poetas de su tiempo: lucieron en el Capitolio los dias antiguos: el acta de la ceremonia que tenemos á la vista dice lo siguiente:

«Petrarca ha merecido el título de gran poeta y de grande historiador; y por consiguiente, tanto por autoridad del rey de Nápoles como por la del Senado y del pueblo romano, se le concede el derecho de ceñirse la corona de laurel, de haya ó de mirto, segun sea su voluntad, y se le declara ciudadano romano en recompensa del amor que siempre manifestó por Roma, el pueblo, la república, etc.»

Esta gloria oficial no le engrandeció pero desencadenó contra su reputacion mil pequeñas envidias.

«Esta corona, dice él mismo, en su edad madura, no me hizo ni más poeta, ni más sábio ni

más elocuente; solo sirvió ó á despertar ó irritar la envidia contra mí, y á privarme del reposo que gozaba; mi existencia, desde entonces fué un continuo combate; todas las lenguas, todas las plumas se afilaron contra mí, y mis amigos se volvieron enemigos míos. Justo castigo de mi ambicion y de mi vanidad.»

XVIII.

No es prudente permanecer mucho tiempo en una ciudad donde se han recibido honores supremos. Petrarca siguió esta máxima. Ansioso [de ir á lucir sus laureles á los ojos de Láura volvió á Aviñon. La familia de los *Corege*, amigos de los Colonnas, y por consiguiente suyos, le detuvo en Parma. Los Corege acababan de apoderarse de la soberanía de aquella ciudad, despojando de ella á la casa de *Scala*. Petrarca llegando á Parma en los días del triunfo de aquella revolución, entró en la ciudad con los vencedores, y se señaló entre sus más ardientes partidarios políticos. Los Corege, orgullosos con su amistad, le dieron parte en el gobierno; formaron con él un verdadero triunvirato del bien público, que contrastaba con la tiranía de sus predecesores.

Petrarca afectó en Parma, y muy luego en Roma, el espíritu y la forma de la antigua liber-

tad romana. Su elocuencia recordaba á Ciceron como su poesía recordaba á Virgilio.

XIX.

Sin embargo, el instinto poético prevalecía en él; buscaba en Parma un recuerdo de Vaclusa. Un dia que salió de la ciudad para esparcirse, segun tenía por costumbre, la distraccion del paseo le llevó muy lejos, pasó el rio Lenza, que corre á tres leguas de Parma, y se encontró en el territorio de Regio en un gran bosque que llaman *Silva plana*, por más que se encuentre sobre un cerro muy elevado desde donde se descubren los Alpes y toda la Galia Cisalpina.

Hé aquí como él mismo describe aquellos lugares, y lo que en ellos sintió, en una carta en versos latinos dirigida á Barbate de Sulmone.

«Hayas seculares, cuya copa tocan á las nubes, interceptan la entrada de los rayos del sol en aquel bosque. Brisas frescas procedentes de las vecinas montañas, y muchos arroyuelos que serpentean por entre los árboles, templan los ardores de la canícula. En las épocas de mayor sequía la tierra se mantiene cubierta de un menudo césped esmaltado de flores. Oyénse gorgear en él toda clase de pájaros y cruzarle toda especie de alimañas. Levántase en medio un teatro

que la naturaleza parece haber dispuesto espresamente para los poetas. Una montaña le protege contra los vientos del medio día, y los árboles que le rodean proyectan una sombra deliciosa. Óyese en él el canto de los pajarillos, y el murmurio de un riachuelo que convida al sueño. La tierra exhala un perfume voluptuoso; es, en una palabra, una imájen de los campos Eliseos.

Los pastores y los labradores respetan aquel lugar sagrado; su belleza me sorprendió, sentí de improviso como una inspiracion de las Musas que me escitaba á continuar allí mi poema de *Africa*. Avergonzado de haber recibido una honra que no tenia merecida, resolví dar la última mano al poema para demostrar que no era enteramente indigno de la corona. El ardor poético se despertó en mí con tanta vehemencia que creí debía entregarme á él. Compuse en el acto algunos versos con una facilidad que me sorprendió, y continué trabajando en él los días que permanecí en las cercanías de *Silva piana*.»

Mandóse construir una casa entre la ciudad y aquel bosque.—«Así, escribe, tengo el campo en medio de la ciudad, y una ciudad en medio del campo. Cuando me aburre la soledad, salgo á la puerta de mi casa y encuentro sociedad; y cuando esta me fatiga vuelvo á mi casa y encuentro la soledad. Gozo aquí de un sosiego que los filósofos de Atenas, los poetas de Roma, y

los anacoretas del desierto no disfrutaron jamás. ¡Oh fortuna! deja en paz á un hombre que se esconde! Sal de mi casita y vé á turbar los palacios de los reyes!»

«Aquí, escribe en una de sus cartas á su amigo *Pastrengo*, trabajo constantemente aspirando al reposo y sin esperanzas de alcanzarlo; me acerco á grandes pasos hácia la muerte sin temerla; quisiera salir de esta odiosa prision que tiene á mi alma cautiva. Habito en Parma, y paso mi vida en la iglesia ó en mi jardin. Hastiado de la ciudad ando muchas veces errante por los bosques; construyo una casita tal como conviene á la modestia de mi estado; no espero recibir en ella muchas visitas. Los versos de Horacio templan un poco mi ardor por ver terminada la obra, y me hablan de mi última morada. Guardo las piedras para mi sepulcro. Si advierto alguna pequeña hendidura en los nuevos muros, reprendo por ello á los albañiles, que me contestan, que toda la ciencia del hombre no basta para hacer que la arcilla sea más sólida, que nada tiene de extraño que los cimientos nuevos se sienten un poco, que las manos mortales no pueden construir nada que sea eterno, y en fin, que mi casa durará mucho más que yo y mis sobrinos. Me sonrojo entonces, y me digo á mí mismo: ¡Insensato, asegura antes los cimientos de tu cuerpo que amenaza ruina: este cuerpo se desplomará mucho antes que tu casa, y no se ha de pasar mucho tiempo sin que te veas

obligado á dejar las dos moradas!»

Parécenos estar oyendo á Horacio, hablando con más gravedad al hacerse más espiritualista en la edad cristiana.

XX.

La muerte prematura de su amigo Jacobo Colonna obispo de Lombez, le hizo renunciar á su canonjia en Gascuña, pais que le era antipático á causa, segun dice, de la locuacidad y del espíritu turbulento de sus bárbaros habitantes. Los príncipes de la casa de Corregge le hicieron dar la plaza lucrativa de arcediano de Parma. Querian conservarle á su lado á toda costa.

Entre tanto, Clemente VI, papa literato mundano, magnífico acababa de suceder á otros papas más monásticos que romanos. Roma le envió una diputacion para suplicarle que restableciese la silla apostólica dentro de sus murallas. Pasando por Parma, esta numerosa embajada de príncipes romanos se hizo acompañar por Petrarca en su calidad de orador de Roma. Petrarca entró con ellos en Aviñon, arengó elocuentemente al papa, y obtuvo en recompensa de su arenga un pingüe beneficio en el Estado de Pisa.

En esta circunstancia fué cuando se unió amistosa y políticamente con Nicolás de Rienzi, que fué poco despues el agitador, el tribuno y la víctima de Roma.

Rienzi, poeta y orador como Petrarca, no cometió más falta que la de haberse equivocado en algunos siglos. Petrarca y él hubieran debido nacer en los tiempos de los Escipiones. En lugar de pensar soñaron; su sueño fué bello, pero era póstumo.

XXI.

Una de las mayores desgracias de Italia desde que comenzó su decadencia, es el haber conservado sus grandes facultades individuales habiendo perdido su nacionalidad. Pare Romanos y solo cria Italianos. La enerjía de los caracteres y el poder de las inteligencias que produce, son un perpétuo contraste con la pequeñez de los Estados y con la esclavitud de las instituciones que los rigen; de manera que esta noble y hermosa tierra padece doblemente, soñando lo que en otros tiempos fué la Italia, y sufriendo lo que la Italia es en el día. Suplicio cruel que mantiene á un pueblo lleno de vida encerrado en una nacionalidad, no muerta pero enterrada. En esta situacion las facultades de sus grandes hombres solo sirven para martirizarlos con mayor violencia haciéndoles tocar la impotencia de sus destinos. De aquí nacen los sueños, único consuelo de las imajinaciones heróicas aprisionadas en el imposible.

Tal era la Italia del tiempo de Rienzi y de Petrarca, y tal es todavía en nuestros días. Una fuerte confederación de todas esas pequeñas potencias reunidas en un haz por una gran potencia militar exterior, puede solo restablecer una sombra de la antigua Italia. Mas ella sola y por sí sola, nada puede: fáltale la unidad orígen de la fuerza; necesita la amistad desinteresada de las razas que en otro tiempo llamó bárbaras. Solo una mano armada puede sacarla de la nada en que yace.

XXII.

Rienzi nació en Roma; tuvo por padres un tabernero y una lavandera; pero se aseguraba que esta lavandera era de sangre imperial, hija de un bastardo del emperador Enrique VII. A este noble orígen puede atribuirse el instinto de grandeza y soberanía que Rienzi reveló desde su infancia. Nació poeta, orador, tribuno y agitador; los nombres de Tito-Libio, Cicerón, César, y los dos Sénecas estaban siempre en sus labios; en sus conversaciones reconstruía audazmente la Roma republicana ó la Roma del imperio; tenía el fanatismo del Capitolio. Indignábase contra la insolencia de esas dos ó tres familias poderosas que tiranizaban su patria durante la ausencia de los papas. Por esta razón

vino á solicitar de Clemente VII, la reinstalacion de la silla pontificia en la Ciudad Eterna. Su embajada no tuvo éxito. Clemente VII, hombre dado á los placeres y á la molicie, preferia las delicias de Aviñon á las luchas que hubiera tenido que sostener en Roma contra los príncipes, casi todos armados y fortificados en los Estados romanos. Gustaba más de reinar en el Capitolio de nombre que de hecho; así que entretuvo á Petrarca con algunas vanas promesas, y dió á Rienzi la plaza lucrativa de protonotario de la santa sede apostólica en Roma. Este fué el único resultado de aquella embajada.

XXIII.

En tanto que Petrarca, de regreso en Aviñon con aquel motivo, se embriagaba de poesia y de amor místico contemplando á Láura, y multiplicaba sus divinos sonetos que son como el calendario de sus encuentros y de sus suspiros, Rienzi empezaba á ajitar á Roma.

Los reveses que sufrió la casa de Corregge, expulsada momentáneamente de Parma y reinstalada en el poder por la fuerza de las armas, llamaron de nuevo á Petrarca a aquella ciudad. Por aquel entonces compuso para Rienzi, su amigo, aquella célebre oda patriótica: *Italia mia beneche il parlar sia indarno!* etc., en la que re-

comendaba á los príncipes italianos la concordia y la union. Este conjuro político poético es el fondo de todas las odas, de todas las arengas que hemos oído desde aquella época en los lábios de todos los poetas políticos de la Península italiana: desde Petrarca á *Alfieri*, ó á *Monti*, no se oye más que este eco; las mismas circunstancias producen el mismo clamor; pero Petrarca fué el primero que arrancó á la lira este grito político.

Italia se estremeció al oír aquel acento; pero desgraciadamente este acento se perdió muy luego entre el tumulto de las ambiciones y de las rivalidades de los ciudadanos. El poeta se refugió por cuarta vez en Vaclusa.

Láura brillaba todavía en Aviñon con todo el atractivo de su belleza y virtud: Los sonetos de su poeta harto estrechos para contener el culto cada día mayor que la profesaba, adoptaron formas más amplias y más elevadas de poesía, trasformándose en composiciones que llamaron *canzones ó trionfi*. La más poética de aquellas *canzones*:

Chiare fresche et dolci aque!

fué escrita por este tiempo al murmullo de la fuente de Vaclusa ante la imagen de Láura.

El mismo Voltaire estasiado de admiracion por esta oda amorosa, intentó traducirla, mas no la pudo traducir; necesitase una alma tierna para manejar una lengua saturada de lágrimas y de suspiros.

Un poeta mucho más melancólico y que profesa verdadero culto al amor inmaterial, monsieur Boulay-Patey, ha consagrado su juventud á colocar verso sobre verso estas odas y sonetos. Merced á este discípulo digno adorador de su maestro, este ditirambo del amor y de los recuerdos se verá muy en breve rejuvenecido en la lengua de Andres Chenier.

XXIV.

Mientras el poeta suspiraba y cantaba por última vez, en Vauclusa un amor sin esperanza, otro amor, el de la pátria, se despertaba en su corazon «Empiezo á envejecer,» decía al cardenal Esteban Colonna, su patrono y su amigo; «todo cambia con el tiempo; mis cabellos cambian de color, y me advierten que debo cambiar de vida y pensamientos. El amor no sienta bien á mis años y debo encerrarlo en mi corazon.»

Dispúsose á partir para Roma y Parma. Laura no pudo ocultar enteramente su dolor al tener noticia de esta larga y acaso eterna separacion. El quincuajésimo sétimo soneto, deja entre ver la orgullosa tristeza del amante, al ver en la fisonomía de Laura impresas las señales involuntarias de su afeccion.

Quel vago impallidir, etc.

«Esa dulce palidez que cubrió de improviso como una amorosa nube la sonrisa interrumpida sobre sus labios.... Ese pensamiento compasivo que nadie podia descubrir pero que á mí no se me ocultó, etc.»

Apenas salido de Aviñon, ya se arrepentía del viaje y escribia la más lánguida y la más sublime de sus elegias, en la que la inquietud de su corazon parece no dejarle un solo momento de reposo.

Di pensier en pensier, di monte in monte, etc.

«De pensamiento en pensamiento, de monte en monte, el amor me lleva fuera de todo sendero trillado sin que pueda encontrar en ninguna parte la paz del alma, etc.»

Así es que revolvió sobre sus pasos, atraído por un poder superior á su voluntad. Léese con delicia, en sus cartas latinas escritas con aquella fecha, la descripcion de los pocos dias que pasó solitario en su casita de Vaclusa, como para despedirse de aquella mansion de amor y de paz.

La grande agitacion que el tribuno Rienzi, su amigo, producía en Roma, le llamaba hácia esta ciudad.

Ya se ha visto como el papa habia dado una autoridad imponente en la capital del orbe católico, á este jóven Romano. Rienzi habia usado de ella de manera á granjearse el entusiasmo del pueblo, á fin de reducir á la impotencia las

grandes familias cuyas armas tiranizaban á los ciudadanos. Para acrecentar su popularidad, usaba de la elocuencia de los ojos en una forma no menos eficaz que la de la palabra. A semejanza de los esclavos fabulistas, que decían por medio de apólogos lo que no osaban decir ellos mismos, Rienzi mandaba colgar durante la noche cuadros emblemáticos en los muros del Vaticano ó del Capitolio, que atraían la muchedumbre desde las primeras horas de la mañana. El tribuno se mostraba entonces, y con sus gestos y sus palabras explicando aquellas pinturas enigmáticas, escitaba hasta el delirio el furor del pueblo contra los opresores de la pátria; profetizaba á una multitud incapaz de distinguir la diferencia de sociedades y de siglos, el próximo restablecimiento de la libertad, del poder y de la gloria del senado y del pueblo romano.

¿Cómo conciliaba su conducta con la autoridad soberana de un papa extranjero, del cual se decia delegado y ministro? Solo la ignorancia del populacho trasteverino de Roma, podria explicarlo. Rienzi declamando contra la permanencia de los papas en Aviñon, y recaudando en beneficio de Roma, los impuestos que Roma enviaba antes al papa ausente, se formaba una popularidad ambigua contra la cual ni el papa ni el pueblo se atrevian á protestar en voz muy alta.

Súbdito irrepreensible á los ojos del papa cuya autoridad afectaba querer restablecer sobre la

de los príncipes romanos, y ciudadano liberador á los del pueblo de cuyos derechos é intereses tomaba la defensa, se erigió muy luego, con esta doble política en árbitro y dictador de Roma. Asocióse, para mejor representar este doble papel, un delegado del papa, el obispo de Orvieto, hombre dócil y de pocos alcances que no osaba contradecir á su cólega.

Rienzi reinaba con un poder absoluto en nombre del papa; los príncipes romanos acaudillados por el de Colonna, quisieron en vano destruir su dictadura. La campana del capitolio tocó á rebato, el pueblo se sublevó contra los grandes y los expulsó de Roma; los suplicios terminaron lo que el pueblo había empezado. Rienzi citó ante su tribunal á los nobles; un jóven de la casa de los Ursinos que hacía pocos dias se había casado con una hija de los Alberteschi, fué preso en su palacio y ahorcado en una ventana del Capitolio ante los ojos de su esposa. Los calabozos se llenaron de señores los más poderosos sin escluir la familia de los Colonnas.

Este sistema de terror devolvió la paz á Roma y su campiña. Rienzi promulgó decretos para reformar las leyes y las costumbres, que causaron la admiracion en toda la Italia.

Despues de haber sublevado, intimidado y pacificado á Roma, proyectó restablecer el imperio; al efecto circuló cartas por todos los Estados de Italia invitándolos á adherirse á la res-

tauración del mundo romano. Los títulos que se daba en sus despachos á los príncipes y á los pueblos eran los siguientes:

NICOLÁS EL SEVERO Y EL CLEMENTE, LIBERTADOR DE ROMA, CELEBRADOR DE ITALIA, AMANTE DEL MUNDO, TRIBUNO, AUGUSTO.

Una gran parte de Italia se conmovió á su voz y creyó verse renacer á los tiempos de su grandeza, los Visconti de Milan, el emperador, el rey de Hungría le enviaron embajadores para reconocerle y alentarle en su empresa. El papa disimulaba en Aviñon, y el rey de Francia le despreciaba.

Petrarca creyó encontrar en su amigo el restaurador de aquella Italia antigua, cuya imájen llenaba, desde su juventud, la mitad de su alma. Atreviéndose á escribir desde Aviñon, y á la vista del papa, una carta al pueblo romano y á su tribuno. Esta carta era una elocuente y amarga sátira contra el gobierno temporal de los papas en la ciudad de los cónsules y de los césares. Puede juzgarse de ella por el siguiente fragmento:

«Si es necesario perder,» dice al pueblo romano, «la libertad ó la vida ¿cual de entre vosotros, si le queda una sola gota de sangre romana en las venas, no prefiere morir libre á vivir esclavo? Vosotros que en otro tiempo dominásteis todas las naciones del mundo, que veíais los reyes á vuestros piés habeis gemido bajo un yugo vergonzoso; y (lo que me parece el colmo de vuestra vergüenza y de mi dolor) vuestros amos

eran extranjeros, aventureros. Investigad su origen y vereis, que el valle de Espoleto, el Rhin, el Ródano y algunos rincones de tierra más innobles todavía os los han dado. Cautivos conducidos en triunfo con los brazos atados á la espalda, se han convertido de improviso en ciudadanos romanos, y lo que es peor en vuestros tiranos. ¿Cómo estrañar que miren con horror la gloria y la libertad de Roma y que gusten de ver correr la sangre romana, cuando recuerdan su origen, su esclavitud y su sangre que tantas veces habeis vertido con vuestras propias manos? Pero ¿en qué fundan ese insoportable orgullo de que están repletos? ¿En sus virtudes?: no las tienen. ¿En sus riquezas?: solo con lo que roban pueden aplacar su hambre. ¿En su poder?: solo puede existir mientras lo tolereis. ¿En su nacimiento, en su nombre? se envanecen con el nombre de romanos, y en fuerza de tanto repetirlo se han llegado á creer tales, como si la mentira pudiese prescribir contra la verdad. No sé si debo reír ó llorar cuando pienso que no creen digno de su mentida grandeza ese nombre de ciudadano romano con el cual se honraron tantos héroes!

Sea el que quiera el origen de esos extranjeros tan orgullosos de su nobleza que ponderan sin cesar, por más que se crean los amos de vuestras plazas públicas y que suban al Capitolio rodeados de sus satélites, hollando con orgullosa planta las cenizas de vuestros mayores,

nunca, jamás, serán Romanos. Se ha cumplido la predicción del poeta que decía: *Roma, en su desgracia, ha perdido el dulce consuelo de no reconocer reyes y de obedecer solo á sus hijos.*»

Petrarca compara luego á Rienzi con los dos Brutos, uno de los cuales espulsó de Roma á los Tarquinos y el otro clavó su puñal en el pecho de César.

«El nuevo tribuno, dice, que considero como vuestro libertador, reúne él solo más gloria que los otros dos, habiendo dado muerte á una parte de vuestros tiranos y dispersado los demas....

«¡Hombre valeroso, continua Petrarca, que soportais todo el peso de la república, que la imágen del antiguo Bruto no se aparte un momento de vuestros ojos! Él era cónsul, vos sois tribuno. Todo el que sea enemigo de la libertad de Roma, debe serlo vuestro.» •

XXV.

El entusiasmo por el renacimiento de la Italia romana, hizo olvidar á Petrarca lo mucho que debía á sus protectores los papas y los Colonnas. Su patriotismo más poético que político, dado que los imperios muertos no resucitan á la simple evocacion de una oda ó de una aren-

ga, le hizo acreedor á los merecidos dictados de hombre quimérico é ingrato. Petrarca se desentendió de ellos, é hizo propósito de marchar á Roma para ayudar con su génio á su amigo el tribuno.

Pero ya Rienzi, á semejanza de Massanielo de Nápoles, empezaba á delirar, creyéndose el soberano del mundo sin más fuerza que la que le prestaba una ciudad muerta, y el inconstante favor de una municipalidad romana. Hízose proclamar caballero del universo; heria el aire con la espada desnuda señalando hácia los cuatro puntos del horizonte como para tomar posesion de toda la tierra. Su cólega el delegado del papa le escomulgó viendo su demencia; y el mismo papa convencido de su locura y debilidad, le negaba é insultaba sus embajadores en Aviñon; solo Petrarca persistia en su fanatismo por su amigo.

Sin embargo, Clemente VI, continuaba dispensando su proteccion al poeta: conferenciaba amigablemente con él y le prodigaba los favores y los dones de la Iglesia; mas Petrarca insistia en marchar á Roma. La última vez que vió á Láura antes de ponerse en camino, tuvo un presentimiento de que aquella separacion, sería eterna.

«Estaba sentada, dice, en medio de algunas damas, como una hermosa rosa en un jardin rodeada de flores más pequeñas y menos brillantes que ella: su aspecto era modesto; habíase despo-

jado de todas sus galas, perlas, guirnaldas y hasta de los colores alegres de su vestido. Por más que no estuviese triste, no parecía que su semblante espresase la jovialidad de otras veces; mostrábase seria y parecía meditar; no la oí cantar, ni aun hablar con aquel natural encanto que arrebatava los corazones; tenía el aire de una persona á quien presiente una desgracia todavía desconocida. Al separarme de ella busqué en vano en mi alma fuerzas para resistir las catástrofes que pudieran amenazarme: sus ojos tenían una espresion indefinible como nunca habia yo advertido en ellos; así es que me costó mucho trabajo contener las lágrimas que acudían á los mios. Cuando llegó la hora en que tenía que separarme ineludiblemente de la reunion, dirigióme una mirada tan dulce, tan honesta y tan tierna, que mi alma se llenó de esperanza y de terror.»

¿Quién se atreve á asegurar, despues de leidas estas líneas que Petrarca no era más que el poeta de Láura? ¿Quién no conoce en estos síntomas todas las angustias y las aprensiones del verdadero afecto?

XXVI.

Entre tanto Rienzi oscilaba entre las imposiciones de su buen sentido y los ecxesos de la de-

mencia y del furor. Habia hecho encerrar en los calabozos del Capitolio á los Colonnas y á los príncipes romanos; y despues de haber mandado levantar el cadalso para ellos, subió á la tribuna de las arengas y pidió su perdon al pueblo romano; el pueblo aplaudió aquel acto de generosidad como habia aplaudido los aprestos del suplicio.

Los presos puestos en libertad, acompañaron en triunfo al tribuno por las calles de Roma; mas no tardaron en refugiarse en sus castillos y villas fuertes, donde armaron sus vasallos, y con ellos fueron á sitiar al dictador. Roma quedó bloqueada por sus propios hijos. El pueblo comenzaba á despertar del penoso sueño de sus locas ilusiones, y á volverse contra su pretendido libertador. Sin embargo, todavía lo defendia con ardor, puesto que cinco príncipes de la familia de Colonna murieron en un mismo dia dando una embestida contra las puertas de la ciudad.

«Me obligais á avergonzarme de vos,» escribia á la sazón Petrarca á su amigo Rianzi, «de protector de los hombres honrados os habeis convertido en capitan de bandoleros. Acudia á vuestro lado, mas he cambiado de camino.»

Petrarca lloró amargamente la muerte de los jóvenes príncipes de la casa de Colonna; su alma y su corazon se conmovieron al mismo tiempo y se indignaron contra la demencia de Rienzi. El poeta se dirigió á Parma, su Vauclosa italiano para llorar en la soledad la pérdida de

sus amigos y la pérdida de Roma.

En efecto; Rienzi habia contagiado de su propia demencia al pueblo de aquella capital. Pocos dias despues del asalto en el que los Colonnas habian perecido, condujo á su propio hijo hácia un lodazal lleno de agua y de sangre donde yacia todavía el cuerpo del más jóven de aquellos príncipes; tomó en el hueco de la mano un poco de aquella agua fétida y ensangrentada y roció la cabeza de su hijo proclamándole caballero de la Victoria.

Un motin popular fomentado por los Colonnas, puso en armas la ciudad, y obligó á Rienzi á encerrarse en el castillo de Santánjelo: Huyó de allí durante la noche y se refugió en la córte del rey de Hungría. Los partidarios de los Colonnas le ahorcaron en efígie á una de las almenas de la fortaleza de Adriana.

Así debia terminar ese imperio fantástico, esclama Petrarca, vuelto en sí de las ilusiones que habia acariciado un momento. A partir de este dia ya sólo pensó en las letras y en el amor que no muere con la belleza mortal.

XXIII.

El recuerdo de Aviñon le perseguia incesantemente en su soledad del arrabal de Parma.

«En otro tiempo, esclama, cuando me alejaba

de Láura, veíala muchas veces en mis sueños; esta angelical vision me consolaba, y ahora me abandona y me aterra. Me parece oírle decir, como el día de nuestra separacion: *No me volveréis á ver sobre la tierra*. Mis suspiros y mis poesías sostienen mis penas sin aliviarlas: ¿estará ya en el cielo? Esta incertidumbre me ajita día y noche; ya no soy lo que fuí; parezco á un hombre que anda sobre un suelo minado....» Vé en sueños la imájen enojada de Láura, que le desafía á olvidarla. «Oí una voz triste que me dijo muy bajo (era ella): Ese miserable no vive, cuenta los días lejos de mí: recorre el mundo, pero por más que haga, me amará siempre en cualquiera parte donde se encuentre. Seré el único objeto de sus discursos, de sus escritos y de su pensamiento ...!» Y luego le habló estensamente de sus castos amores sobre la tierra, y de su eterna reunion en el mundo de las almas.

Este sueño fué profético; Láura habia muerto de la peste en Aviñon, el día 6 de abril, aniversario de su primer encuentro con el poeta en la iglesia de Santa Clara. Las fechas son las supersticiones del amor; este *tercer seis de abril*, era el anuncio de un encuentro en el cielo, que no tendria ya separacion.

Hé aquí como el mismo Petrarca, informado más tarde de todos los pormenores de la muerte de Láura, describe este suceso en uno de sus recuerdos escritos. Se vé que trata de fijar para siempre por medio de la palabra inmortal, el

último suspiro de la mujer que se llevó su vida á la otra vida, á fin de que no perezca nada de lo que fué Láura, aun cuando Láura haya desaparecido de su vista.

«La peste de Aviñon arrebatava hacía algunas semanas todos los sexos y todas las edades. Láura fué atacada el dia 3 de abril. Tuvo calentura con esputos de sangre. Como era notorio, que no se llegaba al cuarto dia, una vez que los síntomas ordinarios se habian manifestado, se preparó en la forma que su piedad y su razon le sujerian: recibió los auxilios espirituales el mismo dia, é hizo testamento; despues se preparó para entregar su alma á Dios sin inquietud y sin amargos recuerdos. Su vida habia sido tan pura, que los temores de la otra, no podian turbar sus últimos momentos.

«Cuando entró en la agonía, sus parientes, sus amigos y sus vecinas se reunieron al pié del lecho, por más que estuviese atacada de un mal contagioso, que aterraba á todo el mundo. Es cosa muy de notar, que siendo tan hermosa, fuese amada hasta ese extremo hasta por las personas de su sexo. Este es el mejor elogio que puede hacerse de su carácter, cuya bondad dejaba en suspenso los efectos ordinarios de los celos y de la envidia.»

Sin embargo, se deduce de los términos en que Petrarca refiere el suceso, que aquellas señoras acudieron atraídas por la *curiosidad de ver cómo se verifica ese paso, que todo el mun-*

do está obligado á dar, y que no se dá más que una vez.

«Láura sentada sobre su lecho mortuorio, se manifestaba tranquila. El enemigo de las almas, que no tenia por donde asir la suya, no vino á sobresaltarla con fantasmas espantables y amenazadores, como acostumbra hacerlo, segun S. Agustin.

«Sus amigas exhalaban hondos jemidos y derramaban abundantes lágrimas en derredor de su lecho. ¡Qué será de nosotras! decian. Vamos á ver desaparecer la maravilla de nuestro siglo, el modelo de todas las perfecciones. La virtud, la belleza y la urbanidad saldrán de este mundo con Láura. ¿Dónde se encontrará una mujer tan cumplida, palabras tan discretas y mesuradas, un talante y maneras tan honestas, y una voz tan seductora? Vamos á perder una amiga, que era el alma de nuestros inocentes placeres, que nos consolaba en nuestras aflicciones, y cuyo ejemplo era para nosotras una enseñanza viva. Su sola presencia nos servia de escudo contra los escollos de este mundo. El cielo que nos la arrebató parece envidiarnos la posesion de un tesoro, del cual no eramos dignas.

«Por más que Láura se manifestase serena, es indudable que no permanecia insensible al dolor de sus amigas; pero entregada toda entera á los pensamientos de la otra vida, empezaba ya á gozar el fruto de su existencia inocente y pu-

ra. Su alma, próxima á dejar su bella mansion en la tierra, parecia purificar el aire que la rodeaba. Murió dulcemente y sin estremecimientos, como una lámpara que palidece y se apaga. Su rostro estaba más blanco que la nieve, mas no se veia en él esa tétrica lividez que denuncia la ausencia de la vida; sus hermosos ojos no estaban apagados, parecian velados por el sueño; tenia el aspecto de una persona que se ensimisma para orar. En fin, asi se manifestaba la misma muerte en aquel hechicero somblante,» dice su amante. *«Sabia, añade, todos los caminos que conducen al cielo!»*

XXVIII.

Desde aquel dia, todo cuanto se contenia de humano y de frívolo en los sonetos de Petrarca, revistió, por decirlo así, el luto eterno de su alma; sus cantos se trasformaron en cánticos, y la muerte de la que tanto habia amado, le dió el acento de la tumba y de la eternidad.

En aquellos que aman con un amor sobrenatural, con el amor de lo bello, y no con el amor de los sentidos, como hemos dicho en el comienzo de esta conferencia, el amor es más perfecto despues de la muerte del objeto amado, que durante su vida. La inmortalidad transforma el sentimiento, y el amor se hace culto. Esto se

percibe en todos los sonetos que Petrarca escribió después de la muerte de Láura. En los primeros se vé al poeta y al amante, en los últimos se encuentra la adoración y la piedad; estos son, para los corazones amantes, el manual del dolor y de la esperanza.

«¿Qué haces, alma mía? ¿qué piensas? ¿Hacia dónde te vuelves, contemplando los tiempos que ya no pueden volver?

«Las dulces palabras, las tiernas miradas que tantas veces has descrito, pobre alma mía sin reposo, ya no existen en la tierra!» etc.

Y en otra parte dice:

«¡Ay, ojos míos! nuestra aurora se ha oscurecido, y me ha hecho más insoportable el peso de la existencia!

«¡Oh! cuán grato hubiera sido morir, hoy hace tres años!»

Escuchad todavía:

«Si un dulce gorgceo de pajarillo, si un suave estremecimiento de las hojas movidas por las brisas del otoño, si un sordo murmurio del agua límpida llevo á escuchar sobre la orilla fresca y florida,

«En cualquier lugar donde reposo, pensativo de amor para escribir de la que el cielo nos mostró, y que la tierra hoy nos esconde, la veo y la oigo, pues desde la inmensa altura responde á mis suspiros.

«¿Por qué te consumes antes de tiempo, me dice con tierna compasión, y por qué ese río de

dolores corre sin cesar de tus ojos?

«¡Oh! no llores por mí; por mí, cuyos días al morir se cambiaron en siglos eternos, y cuyos ojos al cerrarse á la luz de este mundo, se abrieron á la luz eterna!»

Mas adelante se le vé incitado, por el encanto de los lugares que habita, por la belleza, por la juventud y por la naturaleza, á amar todavía en la tierra; pero la amorosa Láura, revistiéndose de serenidad, le induce tiernamente á repudiar todo lo que no sea ella.

«El murmurio de los arroyuelos me habla de amor, y el céfiro, y la sombra de la enramada, y los pájaros melodiosos, y los habitantes del agua, y las plantas, y las flores de la ribera están de acuerdo para convidarme á amar todavía.

«Pero tú, predestinada, que me llamas desde la profundidad de los cielos con el recuerdo de tu muerte tan amarga, ruega por mí, á fin de que desprecie todos esos dulces cebos del mundo, todo lo que no seas tú.»

XXIX.

Leamos todavía:

«¡Alma beatificada, que te dignas descender tantas veces para consolarme en mis noches de agonía, con una mirada de esos ojos, que la muerte no ha apagado, y á los cuales la eterni-

dad ha dado un esplendor, que no es de este mundo!

«¡Cuán embriagado no estoy de reconocimiento porque te dignas serenar mis tristes días con tu celeste aparición!

«¡Mira como en estos sitios, donde he pasado tantos años celebrándote en mis cantos, paso ahora los días llorándote; llorando por tí! no, sino llorando sobre mi propio duelo!

«Solo un consuelo encuentro á mis penas, y es, que cuando desde lo alto te vuelves hácia mí, reconozco y oigo tus pasos, tu voz, tu rostro y hasta el vestido que llevabas en la tierra!

En otro soneto asocia la naturaleza entera á su sentimiento.

«Voló á la mansion de la felicidad, y mis ojos la buscan en vano en los lugares donde nació y en el aire que lleno con mis suspiros; pero no hay peñasco ni precipicio en estas montañas, ni planta ni rama de árbol sobre estas riberas, ni río en estos valles, ni tayo de yerba, ni gota de agua, ni vena destilando de estos manantiales, ni animal silvestre de estos bosques que no sepa cuanto sufro por ella.»

Y este otro:

«Cuando vuelvo á ver la aurora aparecer en el firmamento con su rostro sonrosado y su dorada cabellera, el amor se apodera de mi corazón, mis mejillas palidecen, y esclamo entre suspiros: Allí está Láura.»

XXX.

Un soneto todavía, y acabo; pero acabo con harto sentimiento mio, porque quisiera leer y volver á leer sin fin con vosotros estos tristes lamentos; y si pudiéseis leerlos en esos versos empapados en lágrimas, en esa lengua divina inventada cuando declinaban las lenguas por los enamorados y por los santos para orar, amar, desear y esperar, no cesariais en su lectura hasta habéroslos incorporado por medio de la memoria.

Levommi il mio pensier, etc.

Oid en vil y oscura prosa este *sursum corda* de un amante hácia la imájen y hácia la mansion de la eterna belleza; porque, lo repetimos, Láura solo fué para Petrarca la encarnacion adorada de lo bello sobre la tierra; ó mejor diré ascendió allá arriba, y allá arriba es donde resplandece.

«Allí la volveremos á ver otra vez; allí nos espera, y allí se lamenta acaso de lo mucho que tardamos en reunirnos con ella.»

Y más adelante, tres años despues de su muerte, escribe:

«En la edad de la belleza y de la florescen-

cia, en esa primavera, en que el amor tiene más imperio sobre nosotros, dejando en el mundo su terrestre esterilidad, mi Láura, por quien yo vivía, se separó de mí!

«Y viva, y hermosa, y sin velo, hizo su escension al cielo; desde allí reina sobre mí, y dirige todos mis pensamientos.

¡Ah! ¿por qué no me despoja más pronto de este cuerpo mortal, ese último día, que es el primero de otra vida?

«A fin de que, así como todos mis pensamientos vuelan en pos de ella, así mi alma libertada de su peso, libre y gozosa, la siga, y salga yo al fin de esta angustia en que vivo.

«Para mi desgracia luce cada uno de los días que retardan este ansiado momento. El pensamiento me llevó á esa parte del cielo, donde vive la que yo busco, y que ya no encuentro sobre la tierra.

«Allí, entre las almas que encierra el tercer círculo del firmamento, la ví más bella, menos severa.

«Me cojió por la mano y me dijo: En esta celeste esfera tú serás otra vez conmigo, si mi esperanza no me engaña.

«Yo soy la que tanto te hizo sufrir en el mundo, la que acabó su día antes de la tarde.

«La humana inteligencia no puede comprender mi actual felicidad; solo á tí espera para ser completa, y he dejado allá abajo ese hermoso velo de mi cuerpo, que tanto amastes!»

«¡Oh, gran Dios! ¿por qué cesó de hablar, y por qué se abrió su mano para soltar la mia? puesto que al oír el acento de sus palabras tan compasivas y tan tiernas, poco faltó para que yo mismo quedase en la inmortalidad con ella!»

XXXI.

¿No es este un nuevo amor? ¿No es esta una nueva poesía enteramente desconocida de la poesía antigua y del amor antiguo? ¿Cómo se explica que Mr. de Chateaubriand, que creyó hallar el acento del cristianismo en los delirios sensuales de la *Fedra* de Racine, no lo haya reconocido todo entero, y mil veces más inmaterial y más místico en Petrarca?

El mundo, desde Virjilio, no ha tenido otro poeta que se le iguale; el amor, desde el cristianismo, no ha tenido otro amante que se le parezca. Con Eloisa y Abelardo, Láura y Petrarca, se tiene toda la poesía y toda la divinidad del amor cristiano.

XXI CONFERENCIA.

PETRARCA.

SU VIDA Y SUS OBRAS.

I.

El amor de Láura era de tal manera la vida intelectual y moral de Petrarca, que despues de la desaparicion de aquella estrella de su alma detrás del horizonte terrestre, el gran poeta cesó, por decirlo asi, de vivir en la tierra y se remonta al cielo en pos de aquella estrella; su alma hasta entonces lijera, movible, inquieta, y algunas veces errante, pareció vestir el eterno luto del Dante despues de la muerte de Beatriz, y sepultarse viva en la tumba y en el único pensamiento de Láura. Sus sonetos toman una forma

grave y lapidaria, como inspiraciones grabadas en el mármol de los sepulcros.

«Ahora, dice, que me he trasformado en un irracional que solo frecuenta los bosques; ahora que con paso incierto paseo solitario y cansado un corazon que me agovia con su peso, y miradas húmedas é inclinadas hácia el suelo por un mundo que se ha hecho tan árido para mí como las peladas cimas de los Alpes, etc.

«Voy reconociendo todas las comarcas, todos los lugares donde la ví en otro tiemepo; y tú sola, ¡oh pasion que me martirizas! me acompaña y me guias, á pesar mio, hácia donde debo ir.

«¡Ay de mí! no es á ella á quien encuentro, sino sus santas huellas, dirijidas todas hácia la rejion superior donde habita, etc.

«Mas, que importa,» esclama en el soneto que sigue, con esa intrepidez del amor, que prefiere sufrir á olvidar:

«¡Dichosos los ojos que la vieron en la tierra!»

II.

Algunas, pero pocas veces, un cuadro riente, una imájen graciosa, pero importuna, hace circular por sus venas la sávia de sus dias felices, mas la idea de que Láura ya no existe, cambia aquel cuadro de la vida en tinieblas, como en el siguiente soneto:

«Ya viene el viento túbio y suave del mar, que nos trae los hermosos dias, y la yerba y las flores que hace brotar, y el gorgéo de la golondrina, y las tiernas melodias del ruiñeñor, y la primavera matizada de flores, que nos encantan los ojos con sus mil brillantes colores.

«Los prados sonrien y el azul del cielo se serenena, como si el Creador se regocijase viendo á su hija la tierra; los aires, las aguas y el firmamento se estremecen ébrios y palpitantes de amor; todo lo que vive siente la necesidad de amar y de doblar su vida amando; pero yo, ¡miserable! esta es la estacion en que los suspiros más ahogados salen de lo más hondo de mi corazon, cuya vida y felicidad se llevó al cielo la que ya no existe en la tierra.

«Estos conciertos de pajarillos, estas florescencia de los campos, esas hermosas y honestas mujeres, tantas dulzuras y tantas alegrías, son á mis ojos solo un desierto poblado de fieras dañinas, de las cuales aparto la vista con terror.»

III.

Las consonancias ó las disonancias del canto del ruiñeñor con los jemidos sordos de su corazon herido, cantando unísonos en las noches de insomnio, están admirablemente espresadas en algunos versos de un soneto, escrito sin duda al-

guna, en una de sus estancias de Vauclusa.

«Ese ruiseñor que solloza tan melodiosamente, llorando acaso, la pérdida de sus hijuelos ó de la compañera de su nido, llena el aire y el valle de notas tan tiernas y tan interrumpidas por sus suspiros, que parece acompañar toda la noche mis propios lamentos, y memorarme la impiedad de mi destino.»

En uno de los sonetos que le siguen, se presentan en su mente las más espléndidas visiones de la tierra; mas palidecen y se descoloran en la noche actual de su alma.

«Ni el ver circular en el firmamento las pálidas estrellas, ni sobre el mar tranquilo navegar los buques empavesados, ni por los campos resplandecer las armaduras de los caballeros, ni en los claros del bosque triscar los cervatillos;

«Ni recibir noticias deseadas de aquel cuyo regreso se espera con impaciencia, ni hablar de amor en lenguaje digno y armonioso, ni oír junto á las fuentes y en los prados esmaltados de flores los cantares de damas tan discretas como hermosas;

«No, nada de esto logra hacer estremecerse mi corazón, desde que la que fué en la tierra la sola luz y el solo espejo de mis ojos, envolvió en su mortaja mi corazón con ella.

«La vida me es tan fastidiosa, tan pesada y tan larga, que no ceso de implorar su fin, con el deseo infinito de volver á ver aquella junto á la cual nada me pareció jamás digno de ser mirado.»

IV.

Más adelante recuerda el día en que se separó de aquella de quien nunca debió alejarse.

«Al ver su actitud, su rostro, sus vestidos, al oír sus palabras y la espresion compasiva hacia mí, que se reflejaba en sus ojos, hubiera debido decirme á mí mismo, si hubiese conocido aquellas señales de la muerte: Este es el último de los días de tus años venturosos.

«Llamo en vano, y nadie contesta á mi llamada.

«Huyeron mis días, más rápidos que los siervos de los bosques; huyeron deslizándose como una sombra; no gustaron mas bienes que algunas horas serenas, cuya impresion conservo en mi alma, en mis lábios, como un brebaje agri-dulce.

«¡Mundo miserable, inestable y engañador!
¡Cuán ciego es el que pone en tí su esperanza!
¡Tú eres quien me arrebató la que era mi propio corazon, y ahora la guardas entre el polvo, semejante al cadáver que está bajo de la tierra, y cuyos nervios no están ya unidos á los huesos!

«Pero la mayor parte de ella, que vive todavía, y que vivirá eternamente allá arriba, en la rejion más alta del cielo, me *reenamora* cada día más y más de sus inmortales perfecciones.

«Y camino solitario, mientras que mis cabellos cambian de color, pensando en mí mismo en lo que ella es y en qué mansion reside, y qué felicidad disfrutan aquellos á quienes es dado contemplar tan deslumbrante vision.»

V.

Mas hé aquí uno que tiene su fecha y su origen en las exclamaciones del amante viudo de su amor, al ver solitario el sitio donde tanto amó. Si pudieseis leerlo en la lengua en que está, más bien salmodiado que escrito, creeriais escuchar en la vibracion de los versos la vibracion de bronce de la fúnebre campana que dobla sobre la tumba de los muertos.

Sento l' aura mia antica e i dolci eolli!

«Respiro aquí las áuras de otros tiempos y las dulces brisas, y veo alzarse delante de mí las suaves colinas donde nació aquella cuya espléndida luz deslumbró con su claridad mis ojos sedientos y felices, aquella cuya desaparicion los contrista y los llena hoy de lágrimas.

«¡Oh, esperanzas deleznales! ¡Oh, vanos pensamientos! Mústias están ahora las plantas, turbias las aguas y vacío y frio el nido donde descansaba; ese nido donde hubiera querido pasar

mi vida y dormir despues de mi muerte.

«Esperando encontrar al fin por la virtud de esas yervas saludables, y por la influencia de aquellas hermosas miradas que me consumieron, algun reposo despues de las penalidades de la vida.

«He sido esclavo de un amo cruel y avaro, (el amor) y he ardido mientras que el hogar de mi corazon ha permanecido ante mis ojos; y ahora lloro sus cenizas esparcidas por el viento de la muerte!»

VI.

Así pues, su alma se esparcia en versos, que son lágrimas, y en oraciones, que son á la vez reliquias y amor: á fin de purificar su pasion, intentaba confundirla con la piedad. Sus meditaciones las más santas, eran solo pláticas sagradas con el alma de Láura. Esta forma del amor, la más sublime de todas, porque es la forma inmortal, no habia sido inventada antes de Petrarca. Hacia el mismo tiempo, Santa Teresa, la inventaba en sentido inverso en España, aplicando al amor divino los éstasis, las espresiones y las imágenes del amor terrestre.

VII.

Mas si la enfermedad del corazon de Petrarca era incurable, su imaginacion era demasiado poderosa para no luchar y hacerse fuerte contra el dolor. Paseó sus tristezas incesantemente evaporadas en sus hermosos versos, de Parma á Florencia, y de Florencia á Róma, y dedicó á sus amigos, y sobre todo, á Boccacio, el más querido de todos, los ócios que hasta entonces habia consagrado solo á sus pensamientos amorosos.

Su vida es la de un hombre, cuyas pasiones están apagadas, pero cuyos delicados gustos sobreviven y se manifiestan cultivando la filosofía, la poesía, la piedad y la amistad. Tristeza en el corazon, pero frecuentes sonrisas en los lábios. Su talento creció con sus lágrimas. Habitaba ya en Parma, ya en Pádua, ya en Venecia, solicitado, amado y agasajado por todos los hombres eminentes de aquellas ciudades. Nadie gozó tan completa y modestamente de su gloria; solo tenia la ambicion de la posteridad y del cielo; vivia enamorado de una memoria.

Sin embargo, tuvo algunos deslices de amor, más profano que el amor etéreo que alimentaba por Láura; amor que no pretende ocultar. Además de su hijo Juan, nacido en Aviñon, de madre desconocida, hace mencion en sus cartas y

en sus sonetos de una jóven y hermosa dama italiana, cuyos encantos despertaban, á su pesar, en su corazon, sentimientos que se avergonzaba de confesar.

Sin duda por huir de ella resolvió encerrarse por sétima vez en su retiro de Vaclusa. Aquí analiza en una de sus cartas las inquietudes de su espíritu, que le condujeron al lugar testigo de sus más hermosos dias y de sus más amargos recuerdos.

«Ya sabeis que tenia resuelto no volver más á Vaclusa. Pero se apoderó de mí, y á pesar mio, un deseo vehemente de visitar otra vez estos lugares. Ninguna esperanza me llama aquí, ni aspiro á buscar pasatiempos en un lugar tan silvestre; no es tampoco la amistad (el más honesto de cuantos sentimientos pueden mover á los hombres) porque ¿qué amigos puedo tener en este desierto donde ni aun el nombre de amistad es conocido, y donde sus habitantes ocupados únicamente en tender sus redes y en cultivar sus viñas y sus olivos, desconocen los atractivos de la sociedad y los encantos de la conversacion?

«Hé aquí cuanto de más razonable puedo alegar para disculpar este cambio de mi alma: el deseo de la soledad y el reposo es quien me ha inducido á tomar este partido. Demasiado conocido, demasiado solicitado en mi pátria, alabado y lisonjeado hasta la saciedad, busco un lugar donde pueda vivir solo, desconocido y sin gloria.

Nada encuentro que sea preferible á una vida solitaria y tranquila.

«El recuerdo de mi desierto de Vauclusa se ha presentado á mi imaginacion con todos sus encantos; al representarme sus colinas, sus fuentes y sus bosques tan á propósito para mis estudios, he sentido en el fondo de mi alma una satisfaccion, que no podria espresar. No me extraña que Camilo, aquel grande hombre que Roma desterró, suspirase por su pátria; cuando pienso que un hombre nacido en las márgenes del Arno echa de menos su mansion allende los Alpes. La costumbre es una segunda naturaleza. Considero esta soledad, donde tanto tiempo he vivido, como una segunda pátria. Lo que más me seduce en ella, es que cuento dar aquí la última mano á algunos trabajos que tengo empeizados. Tenia deseos de ver mis libros, de sacarlos de los cofres donde estaban guardados, y de esponerlos á la luz del dia abiertos ante mis ojos.

«Finalmente, si no cumplo la palabra que dí á mis amigos, deben perdonarme esta falta; es una consecuencia de la inconstancia propia del espíritu humano, y de la que nadie se esceptua, como no sea uno de esos hombres perfectos, que jamás pierden de vista el soberano bien. La identidad es la madre del hastío, del que no podemos libertarnos, sino es mudando de sitios.»

VIII.

Salió de Pádúa el día 3 de mayo, llevando consigo á su hijo Juan, que habia sacado hacia poco tiempo de la escuela de Hilberto de Parma. «Trájelo conmigo, dice, para que su presencia me recordase mis deberes hácia él. ¿Qué hubiera sido de este niño si hubiese tenido la desgracia de perderme?»

Pocos dias despues de su llegada á Aviñon, Petrarca obtuvo del Papa, para aquel niño *carñoso y dócil, pero iliterato, que se avergonzaba de su ignorancia*, una canonjia en Verona. Libre ya de todo cuidado acerca del porvenir de aquel niño, encerróse en su retiro de Vauclusa, y en él, en presencia de sus recuerdos y de la imájen de Láura, escribió los piadosos y sublimes sonetos que hemos citado anteriormente.

La llegada á Aviñon de su antiguo amigo político, Rienzi, le distrajo momentáneamente de sus melancólicos ócios.

Rienzi, el tribuno de la imaginaria república romana, no se habia conformado con su derrota. Escapado de Roma, como dejamos indicado en la conferencia precedente, hízose ermitaño con el nombre de Padre Angel, en el monte Maiella, en el reino de Nápoles. Vuelto impunemente á Roma con una banda de peregrinos, reanudó sus

conspiraciones contra el legado del Papa. En una sedicion popular escitada por Rienzi, el legado fué herido de un flechazo en la cabeza. Acusábase al antiguo tribuno de ser el alma del complot tramado para restablecer el tribunado. Rienzi tuvo la audacia de presentarse en Praga al emperador y de pedirle su concurso para restablecer en Italia lo que llamaba el reinado del Espíritu Santo. El emperador le envió con una fuerte escolta, mas no encadenado, al Papa, á Aviñon, donde entró más bien como gefe de secta, que como prisionero. Petrarca se compadeció de su suerte, como amigo, partidario, y aun cómplice que habia sido del tribuno de Roma. En esta circunstancia, el poeta encontrábase indeciso acerca de la actitud que debia tomar con un hombre á quien habia exaltado en otro tiempo hasta el nivel de los antiguos héroes de la libertad romana. Estos sentimientos se transparentan en una larga carta que escribió en esta época.

«Rienzi, dice, acaba de llegar á Aviñon; este tribuno tan poderoso y temido en otro tiempo, es en el dia el más desgraciado de los hombres, ha sido conducido aquí como cautivo.... Le he prodigado alabanzas y consejos; esto se ha hecho más público de lo que acaso me conviene; amaba su virtud, aprobaba su proyecto, admiraba su valor y felicitaba á Italia porque Roma iba á recuperar el imperio que tuvo en otro tiempo. Le escribí algunas cartas, de las que no me ar-

repiento del todo. Yo no soy profeta.... ¡Ah, si hubiese continuado como empezó....! Trátase ahora de determinar qué género de suplicio merece un hombre que quiso que la república fuese libre. ¡Oh tiempos, oh costumbres....! Debe decirse la verdad; Rienzi entró en la ciudad sin cadenas ni ligaduras. Preguntó si yo estaba en Aviñon; ignoro si espera recibir auxilios de mí, y no veo en qué podría favorecerle. El crimen de que le acusan le cubre de gloria á mis ojos. Un ciudadano romano, se aflige viendo su pátria, que es de derecho la reina del mundo, convertida en esclava de los hombres más viles. Estos son los fundamentos de la acusacion; trátase de saber qué suplicio merece semejante crimen.»

Esta carta, recientemente encontrada, que fué dirigida al prior del convento de los Santos Apóstoles de Pádua, demuestra hasta qué punto la imaginacion italiana en la Edad Media, y hasta el clero papal suspiraba por la antigua libertad, por más que esta libertad solo fuese ya el sueño de los poetas.

Petrarca hizo más todavía; escribió una carta elocuente, especie de llamamiento á la insurreccion, á la ciudad de Roma, para escitarla á defender ó á vengar su tribuno.

«Intentad algo, dice á los Romanos, en favor de vuestro ciudadano. Que el pueblo de Roma no tenga más que una voz y una alma! Pedid que os entreguen el prisionero. El terror que reina aquí es tan grande, que nadie se atreve á

hablar con otro, como no sea al oído, de noche y en lugar apartado. Yo mismo, que no vacilaría en morir por la verdad, si mi muerte pudiera ser útil de alguna manera á la república, no me atrevo á firmar esta carta! El imperio está todavía en Roma, y no puede estar en otra parte, mientras subsista siquiera la roca del Capitolio.»

IX.

Semejantes opiniones no hicieron perder á Petrarca el favor del Papa Clemente VI, pontífice de costumbres relajadas, pero elegantes, que sabia distinguir á los hombres de génio, como un *Médicis* francés. Ofreció á Petrarca el título y el empleo de secretario de la Corte pontificia; distincion que el poeta tuvo la prudencia de no aceptar, considerando que si bien este cargo le daba un ilimitado poder bajo el gobierno de un Papa débil y harto condescendiente, le arrebatava por otro lado su dulce libertad.

En su consecuencia, regresó á Vaclusa, donde permaneció el resto del año 1352, filosofando y poetizando. Esta fué la época del apojeio de su génio; derramábalo, como la fuente de Vaclusa derrama sus aguas, sobre los asuntos y con inagotable abundancia; su vida toda entera estaba en su pensamiento.

«Aunque tengo todavía ricos vestidos, escribía á su amigo el prior de los Santos Apóstoles, me tomaríais por un campesino ó por un pastor, yo que fui en otro tiempo tan cuidadoso en el aderezo de mi persona. Por desgracia, no subsisten las mismas razones; los lazos que me ligaban se han roto, los ojos á quien yo quería agradar se han cerrado; nada me complace tanto como verme desligado y libre.... Me levanto á media noche, salgo al alba, estudio en el campo como en mi aposento, leo, escribo y deliro; recorro durante el día las áridas montañas, los valles húmedos, las cavernas ocultas; paseo frecuentemente por las orillas del Sorgues, solo con mis inquietudes. Gozo con el recuerdo de todo lo que he amado, con el de la sociedad de todos los amigos con quienes he vivido, y con el de aquellos que murieron antes de mi nacimiento, y que conozco por sus libros.»

Esta amistad con los muertos es una necesidad, como es un consuelo para las almas grandes. Virgilio y Ciceron eran verdaderos amigos del solitario de Vauclusa, como el amante, el filósofo, el poeta de Vauclusa es el amigo de los hombres sensibles y superiores de nuestros tiempos. El hombre de génio universal, tiene por contemporáneos todos aquellos á quienes admira; es la sociedad de los fieles en todos los tiempos.

X.

Clemente VI, aquel Papa caballeresco, murió en Aviñon durante la estancia de Petrarca en Vauclusa. Petrarca no le lloró tanto, acaso, como merecia ser llorado. Sucedióle Inocencio VI, conocido tambien en Limoges, pero más austero que su antecesor, sentó sobre la silla pontificia la rijidez de un teólogo, en lugar de la elegancia de un gentil-hombre francés, como lo fué Clemente VI.

Cuéntase que el nuevo Papa, consideraba el génio literario de Petrarca como una especie de sortilegio. Petrarca pagaba el desden con el desden.

«Pronto vendrá, decia en una de las poesías que escribió á la sazón, pronto vendrá despues de Clemente VI, un hombre taciturno y molesto; abonará los pastos romanos con el estiercol de la Auvernia.»

Sin embargo, este Papa hizo ofrecimientos á Petrarca, á fin de atraerle á su causa. El poeta respondió estóicamente á estos ofrecimientos.

«Estoy contento, decia; no quiero nada, he puesto un freno á mis deseos, tengo cuanto necesito para vivir. Cincinato, Curio, Fabricio, Régulo, despues de haber subyugado naciones enteras y arrastrado reyes detrás de su carro

triunfal, no fueron tan ricos como yo. Si abro la puerta de mi corazon á las pasiones, seré siempre pobre: la avaricia, la lujuria y la ambicion no tienen límites; sobre todo, la avaricia es un abismo sin fondo. Tengo vestidos para cubrirme, alimentos para mantenerme, caballos para viajar, y un pedazo de tierra para acostarme, pasearme y sepultar mi cuerpo despues de muerto. ¿Acaso tenia más que esto un emperador romano? Mi cuerpo está sano; domado por el trabajo, no se muestra rebelde al alma. Tengo libros de todas clases, y este es mi tesoro; nutren mi alma con una voluptuosidad exenta de hastío. Tengo amigos que estimo como el mayor de los bienes; con tal que sus consejos no vayan encaminados á privarme de mi libertad. Añadid á esto que vivo seguro, sin más enemigos que los envidiosos. En realidad, los desprecio, y sentiria no tenerlos. Cuento tambien en el número de mis riquezas, el aprecio de todos los hombres honrados que existen en el mundo, aun de aquellos que jamás he visto, y que probablemente no veré. Haceis poco caso de estas riquezas, ya lo sé; ¿qué quereis, pues que haga para enriquecerme? ¿Que preste con usura, que comercie en el mar, que vocee en el foro, que venda mi lengua y mi pluma, que me afane por acumular tesoros que guardaria con inquietud, que dejaria en el mundo con pena, y que otro gastaria alegremente despues de mi muerte? ¿Es esto lo que exijís de mí? Encuéntrome

bastante rico; ¿es necesario que aparezca tal á los ojos de los demás? Por otro lado, este es asunto exclusivamente mio. ¿Pedimos acaso el parecer de los otros para alimentarnos? Guardad para vos vuestro modo de pensar, y dejadme el mio; lo tengo basado sobre cimientos tan sólidos, que nada puede conmoverle.»

XI.

Sin embargo, la melancolia, esa enfermedad, esa musa de las grandes imaginaciones, se apoderó de él hasta en su retiro de Vauclusa. Fuése á dar un eterno adios á su hermano, prior de la Cartuja en Mont-Rieu, y se encaminó de nuevo hácia su verdadera pátria la Italia. Todas las ciudades se disputaban la honra de darle asilo. A pesar de las instancias de su amigo el Cardenal, de Talleyrant, no quiso despedirse de aquel Papa iliterato, á quien temia. «No iré, decia, temeria perjudicarle con mis sortilejos, como él me perjudicaria con su credulidad.»

Recuérdese que Inocencio VI creia que Petrarca tenia algun comercio con los espíritus maléficos.

Desde la cima de los Alpes saludó con versos magníficos el horizonte de Italia, y descendió á Milan.

Juan Nisconti, arzobispo y tirano de Milan y

dueño de toda la Lombardia, le acogió como al príncipe de la humana inteligencia.

Petrarca puso por condicion para aceptar los beneficios de aquel soberado, que se respetaria su libertad y su retiro. Juan Visconti le dió una casa elegante y torreada, próxima á la iglesia y á la biblioteca de San Ambrosio. Descubríase desde lo alto de las torres el magnífico panorama de los Alpes, cubiertos de nieve hasta en el verano. El jardin del convento estaba consagrado por la vision de San Agustin, ese Petrarca africano de otra fecha, que en él se arrepintió de los desórdenes amorosos de su juventud.

La santidad de este sitio no le preservó de una nueva y última flaqueza de corazon; prendóse de una bella Milanesa, que segun se dice pertenecia á la ilustre familia *Beccaria*. Nació de estos amores una niña, que se llamó *Francesca*. El gran poeta de nuestro tiempo, Manzoni, se casó con una jóven de esta misma casa de Beccaria, célebre por tantos títulos entre los filósofos, los políticos y los poetas. Las familias tienen su destino como las naciones; ¡dichosas las que empiezan y acaban por consanguinidades, aunque sean tradicionales, con los poetas! testigos Láura en Aviñon, y Francesca en Milan.

Sin embargo, esta tradicion no tiene nada de auténtica, como no sea el nacimiento de la hija de Petrarca, en este tiempo poco más ó menos.

XII.

Encargado por Juan Visconti de negociar un tratado con los Genoveses, Petrarca desempeñó con tanta habilidad su embajada, que se formó una estrecha alianza entre Génova y Milan.

Concluida su mision diplomática, pasó al castillo abandonado de *San-Colomban*, construido sobre las alturas que baña el Pó. La política le habia devuelto á la poesía; la poesía trasportaba de nuevo su corazon hácia Láura, y su imaginacion á Vauclusa. En San-Colomban compuso versos y escribió cartas llenas de melodía. Allí tambien compuso algunas de sus odas llamadas *Trionfi*, especie de ditirambos filosóficos, vaciados evidentemente en el molde de los cantos místicos del Dante. Nos gustan más sus sonetos, porque son más bien la esplosion de su alma, que el fruto de una larga meditacion. El retórico brilla en los *Triunfos*, el hombre, el poeta se revelan en los sonetos.

XIII.

Allí tambien mantuvo una larga correspondencia con el emperador de Alemania, Cárlos VI,

para incitarle á restablecer el imperio de Augusto en Italia.

«Nada se puede hacer, desde que la Italia se ha desposado con la esclavitud,» le respondió el emperador.

Se vé, pues, que á ejemplo del Dante, el republicano Petrarca, cansado de presenciar las eternas disensiones de su pátria, tomó partido por el emperador, y ofreció la Italia á Cárlos VI. El Petrarca de Milan, no es ciertamente, el Petrarca amigo de Rienzi; pero los escesos del tribuno de Roma disculpan el desaliento del poeta de Vauclusa.

Petrarca habia desertado á la sazón de las banderas de la poesía y pasádose á las de la política. La unidad de Italia solo podia realizarse, á juicio suyo, por el emperador, y citaba como ejemplo á Rienzi, diciéndo á Cárlos VI: «Si un tribuno ha podido hacer tanto, ¿qué no podria hacer un César?»

Poco tiempo despues fué enviado con una misión diplomática á Venecia; misión que tenia por objeto reconciliar los Venecianos con los Genoveses, lo que no pudo conseguir. Los Venecianos le echaron en cara sus simpatias por la causa del emperador.—«Vos, el amigo y el grande arador de la libertad,» le escribió el Dux Dandolo, «¿no debíais elojiarnos, en lugar de vituperarnos, por nuestros esfuerzos dirigidos á libertar la Italia de la esclavitud imperial?»

Durante esta embajada, murió, jóven toda-

vía, Juan Visconti; Petrarca pronunció la oración fúnebre en sus funerales. Visconti dejó tres hijos, entre los cuales se repartió su vasta herencia, que comprendía toda la Lombardía.

XIV.

Entre tanto tienen lugar en Roma acontecimientos tan graves como imprevistos.

Ya hemos visto que Rienzi, entregado por el rey de Bohemia al papa Clemente VI, permanecía en Aviñon, guardado en una honrosa cautividad.

Clemente VI era demasiado humano para vengarse de un tribuno; que si bien habia extralimitado sus poderes, habia obrado, sin embargo, como mandatario del Papa. Empero Inocencio VI se mostró harto más severo, pues hizo juzgar á Rienzi por una comision de Cardenales, que le declaró hereje y rebelde. Rienzi iba á sufrir el último suplicio, cuando se levantó otro tribuno en Roma llamando al pueblo á la libertad.

La córte de Aviñon, queriendo oponer tribuno á tribuno, puso en libertad á Rienzi, y le envió á Roma en calidad de delegado del Papa. Rienzi reunió sus antiguos partidarios, y triunfó en pocos dias de su rival; pero habiendo renovado sus demencias y crueldades, fué asaltado en el Capitolio por un motin combinado de

los grandes y el populacho. Rienzi trató de huir disfrazado, mas habiendo sido reconocido, cayó acribillado á puñaladas. Su cadáver fué arrastrado hasta la horca, entre los ultrajes de un populacho desenfrenado.

¡Insensato, que se imaginó poder reanimar el fuego de una popularidad muerta dos veces!

XV.

Petrarca, que se habia pasado ya enteramente al partido del emperador, recibió la noticia de la muerte de Rienzi con la mayor indiferencia.

Cárlos XI entraba á la sazón en Italia; «La alegría me embarga el uso de la palabra, le escribió Petrarca; poco importa que hayais nacido en Alemania, con tal que hayais nacido para Italia.» Invitado por el emperador para celebrar una conferencia, Petrarca se trasladó á Mantua. La narracion de la larga entrevista del emperador y el poeta, prueba que Cárlos VI era tan literato como Petrarca político. «Me refirió todas las circunstancias de mi propia vida,» dice Petrarca en la carta en que describe esta conferencia, «como si él hubiera sido mi misma persona, y me conjuró de ir á Roma con él. Dionisio no recibió mejor á Platon,» añade el poeta; pero el poeta prefirió los tranquilos goces de su

retiro, á la gloria de instalar á *César en Roma*.

Cárlos VI, príncipe más pacífico que ambicioso, negoció en Mantua una paz fácil por la mediación de Petrarca, con los Visconti. El emperador se contentó con recibir la corona de hierro en Milan, en lugar de la corona de los Césares de Roma. Vana ceremonia que significaba el imperio, pero que no lo daba. Petrarca indignado de esta debilidad, escribió desde Milan al emperador una carta llena de reproches, y casi de ultrajes sobre su cobardía é ignominioso regreso á Alemania.

«Id, le decia, llevaos coronas vacías y títulos risibles á Alemania. La Italia os abría los brazos, y solo pensais en vuestra Bohemia. Me han traído de parte vuestra una medalla antigua que representa á César; si esta medalla hubiese podido hablar, ¿qué no os hubiera dicho para apartaros de esa vergonzosa retirada? ¡Adios, César! Comparad lo que perdeis con lo que vais á encontrar en Bohemia!»

XVI.

Galeazo Visconti, de quien Petrarca era el amigo y el consejero desde la muerte de Juan Visconti, le envió con una embajada á Praga, cerca de aquel mismo emperador á quien habia tratado con tanta destemplanza. El buen Cárlos

VI no se acordó de la injuria, é hizo cuanto pudo por retener al poeta en su córte; pero Petrarca solo pensaba en su pátria.

A ella regresó despues de esta corta embajada, para ser testigo de las disensiones de la familia de los Visconti en Milan, sin que ellas turbasen lo más mínimo su reposo. Habitaba unas veces en Milan, otras en la Cartuja de Gariñano, cerca del Adda, en el camino de Milan al lago de Como. La relacion que hace de su vida á su amigo Lelio de Vauclusa, parece una página arrancada a las *Confesiones* de San Agustin.

«La situacion es agradable, dice, el aire puro; la Cartuja se levanta sobre una pequeña colina situada en medio de la llanura, rodeada por todos lados de fuentes no tan abundantes y bulliciosas como las de Vauclusa, pero límpidas y corriendo por suaves pendientes. El curso de sus aguas se multiplica y reproduce en tantas direcciones, que no se sabe á punto fijo si van ó vienen. Los dias de mi vida continuan siendo uniformes desde que los años han amortiguado aquel fuego de mi alma, que tanto me consumió é hizo sufrir en otro tiempo.... Conoceis mis costumbres, sabeis que he residido aquí dos años: semejante al viajero ansioso de llegar, apresuro el paso á medida que me acerco al término de mi carrera. Leo y escribo noche y dia; un trabajo sirve de descanso al otro.... Las vijilias han debilitado mi vista, mi mano se cansa de mover pluma, y mi corazon sufre un continuo desa-

sosiego.... Me veo obligado á combatir mis pasiones. En cuanto á lo que hace relacion con la fortuna, me encuentro en un término medio, igualmente distante de los dos extremos. Alcanzo más gloria que la que necesito para mi reposo; el mayor príncipe de Italia, con toda su corte, me quiere y me honra; el mismo pueblo me manifiesta más cariño del que merezco; me ama sin conocerme, puesto que salgo poco, y acaso en esto consiste el amor y consideracion que le merezco.

Habito en uno de los extremos de la ciudad, hácia el poniente; duermo poco, porque el sueño es una muerte anticipada; en cuanto me despierto, paso á mi biblioteca; cada vez gusto más de la soledad y el silencio, pero soy hablador con mis amigos; idos mis amigos, me abismo otra vez en el silencio.... Al despuntar el verano he tomado una casita de campo muy agradable, situada á una hora de distancia de Milan; los aires son aquí muy puros, y en ella me encuentro en estos momentos. Todo lo tengo con abundancia; los campesinos me traen á porfía frutas, pescado, patos y toda clase de caza. Hay al lado una Cartuja, donde encuentro á todas las horas del dia los placeres inocentes de la relijion.... Solo tengo que lamentar la pérdida de algunos amigos.»

Y luego hablando de su hijo Juan, que habia llevado consigo desde Aviñon, dice:

«¿Quereis saber noticias de nuestro niño? No

sé qué deciros de él: su carácter es dulce, y las flores de su adolescencia prometen mucho; ignoro, sin embargo, qué fruto darán; pero creo que será un hombre honrado. Sé que tiene talento; pero ¿de qué sirve el talento sin el trabajo? Huye de los libros como de una serpiente; yo me consuelo pensando que será un hombre honrado, ««Prefiero; decia Temístocles, un hombre sin letras, que letras sin hombre.»»

XVII.

Así vivía este sábio, desimpresionado antes de tiempo de todas la ilusiones de la vida, menos de la poesía y del amor. El rey de Nápoles le llamaba á su córte para encomendarle la direccion de los negocios diplomáticos, como quiso hacerlo el emperador Cárlos VI; pero él reusaba con insistencia todo puesto importante que pudiera privarle del sosiego y de la paz. Iba con frecuencia á Venecia, cuyo esplendor y magníficas fiestas durante el invierno, le indemnizaban de su austera soledad durante el verano. Su amigo Boccacio venia de Florencia á visitarle; Boccacio no se atrevia á leerle su *Decameron*, colleccion de cuentos graciosos y lijeros, con que habia entretenido y escandalizado toda la Italia durante su juventud.

«Petrarca, escribia Boccacio, me separa de

las vanidades del mundo, dirijiendo mi alma hacia las cosas eternas, y dá á mis amores un alimento más santo.»

Los dos amigos se comunicaban sus más íntimos pensamientos; jamás hubo dos grandes hombres más dispuestos á amarse. Boccacio tenia todo el espíritu y toda la jovialidad de que carecia Petrarca; Petrarca tenia toda la gravedad, toda la majestad del génio, que sin él, hubiese faltado á Boccacio.

«Hemos pasado juntos dias deliciosos, escribia Petrarca á Simonide; pero se han deslizado demasiado pronto. No puedo consolarme de la ausencia de un amigo tan querido.»

De regreso á Florencia, Boccacio envió á Petrarca el poema del Dante, copiado todo entero de su misma mano. ¡El poeta virgiliano de Vauclusa no tenia el poema del Dante en su biblioteca!

Este poema, objeto de una especie de supersticion en Italia y en Francia, repugnaba al gusto delicado y al tipo antiguo de la poesía homérica ó virgiliana de Petrarca. Este hacia cumplida justicia al vigoroso pincel del cantor del Infierno y del Paraiso; pero encontraba en él oscuridad, escolasticismo, cinismo, y algunas veces obscenidad en sus imágenes y en su estilo.

Mucho se me ha insultado en Italia y Francia por haber dicho que la *Divina Comedia* del Dante se parecia más á un apocalipsis que á un poema épico. Me han acusado de blasfemo; Vol-

taire, que no carecia de gusto, habia blasfemado antes que yo. Mucho me he sorprendido al leer las cartas latinas de Petrarca á Boccacio, viendo que el poeta más delicado y más patriota de Italia habia blasfemado antes que Voltaire y antes que yo. No puedo resistir al deseo de citar textualmente las palabras de la carta de Petrarca á Boccacio sobre la *Divina Comedia* del Dante.

«Aplaudo vuestros versos, y me uno á vos para elogiar ese gran poeta, trivial en el estilo, pero muy elevado en los pensamientos.... Le concedo la palma de la locucion vulgar. Que no se me acuse de querer menoscabar su reputacion; acaso conozco mejor las bellezas de sus obras que muchos de los que se declaran sus fanáticos admiradores, sin haberlas leído.»

—¿No es este el entusiasmo de que hacen gala en Francia muchas gentes que no han leído ó comprendido el Dante?—

«Estas gentes, continua Petrarca, se parecen á esos pretenciosos árbitros del gusto, de quienes habla Ciceron, que aplauden ó censuran, sin poder dar cuenta de los motivos de su admiracion ó de su gusto. Si esto ha sucedido con Homero y con Virgilio, juzgados por hombres literatos y superiores, ¿cómo no ha de acontecer lo mismo á vuestro poeta florentino en las tabernas y en las plazas públicas? Esas lenguas nada limpias, ensucian la belleza de su lenguaje. Decís que hubiera sido escelente si se hubiese

dedicado á otro género de poema; convengo en ello con vos; tenia bastante génio para acertar en todo cuanto hubiese emprendido; pero aquí no se trata de lo que hubiera podido hacer, sino de lo que ha hecho. ¿Qué podria yo envidiarle? ¿Los aplausos enronquecidos de los bataneros de *la encrucijada*, de los taberneros, de los carniceros y otras gentes de esta estofa, cuyos elogios hacen más daño que provecho?»

Se vé que las imágenes y las espresiones contrarias á la casta pureza y á la eterna belleza de la poesía antigua repugnaban á Petrarca, como á Voltaire, como á mí.

Pero los libros tienen como los hombres su destino y sus movimientos de fortuna; la posteridad tiene sus caprichos como el tiempo; resucita ó mata en un momento dado los filósofos, los historiadores y los poetas; sepulta á los unos en el mar de sus desdenes, y exhuma á los otros á su antojo. Nada es estable en este pobre mundo, ni aun la tumba de los grandes hombres; los sepulcros tienen sus vicisitudes, así como los imperios. Los caprichos de este siglo han exaltado al Dante por encima de sus obras, sublimes algunas veces, pero frecuentemente bárbaras; el olvido de este mismo siglo ha desatendido á Petrarca, tipo de toda belleza de lenguaje y de sentimiento desde Virjilio.

Estos caprichos y estos desdenes duran tanto como los antojos de la posteridad (que por cierto los tiene); luego vendrá la tercera y última

posteridad, que pondrá cada uno en su lugar; á Dante, en la cúspide de los génius sublimes, pero monstruosos; á Petrarca en la cúspide de los génius perfectos de sensibilidad, de estilo, de armonia y de equilibrio, caracteres de la soberana belleza del espíritu.

XVIII.

Durante su permanencia en Milan, ó en sus cercanías, tuvo un pesar doméstico que alteró la envidiable paz que disfrutaba. Su hijo Juan á quien la ociosidad arrastraba hácia los vicios, le hurtó el dinero que habia ahorrado para sus dos hijos, y lo malgastó en alegres francachelas. Petrarca que atribuía aquellos sucesos mas bien á la debilidad que á la perversidad de su hijo, se contentó con separarle algun tiempo de su lado, y luego le perdonó.

Sin embargo, el recuerdo de aquel suceso le hizo enfadosa la estancia en su casita de Milan, situada cerca de la abadía de San Ambrosio, y fuese á buscar más sosiego y soledad en un convento de benedictinos distante de la ciudad. «La casa está situada donde me es fácil libertarme de las visitas importunas, escribía á su amigo Sócrates en Vaclusa. Tengo una estension de mil pasos para pasearme en un sitio abrigado y cubierto, separado de los campos, de un lado por

un espeso monte bajo y del otro por un sendero desierto, espacioso y alfombrado de yerbas. Confieso que esta mansion me ha gustado.»

Galeazo Visconti le arrancó momentáneamente de su retiro, enviándole á París á cumplimentar al rey Juan y á negociar con este príncipe un tratado de alianza que debia cimentarse con un matrimonio entre príncipes de las dos casas. Petrarca arengó al rey en París, en estilo ciceroniano.

A su regreso de Paris, la peste le obligó á salir de Milan. Retiróse á Pádua en una de sus canonjias. En Pádua perdió su hijo Juan, muerto de la peste, y casó su hija Francisca con un gentil hombre llamado Brossano. La belleza, la virtud, la docilidad de su hija y el carácter caballeresco de su yerno dulcificaron el pesar de la muerte de un hijo que no merecía aquel padre.

Abrió su casa á los dos esposos y vivió con ellos hasta que la muerte los separó.

Los diez años que pasó en Pádua y en Venecia, solo se señalaron por numerosas y admirables cartas que escribió, y por algunos sonetos que compuso llenos de la memoria de Láura.

Estos sonetos están impregnados de esa tristeza y doliente serenidad que acompaña las horas de la tarde de la vida de los grandes hombres, durante las cuales, y á medida que su sol descende al ocaso, su alma parece crecer con su genio.

Su amigo Boccacio, convertido por una vision á una vida cristiana y austera, le visitó por segunda vez en Venecia. Estos dos hombres cuyas obras eran tan diferentes parecian tener el mismo corazon. Sus correspondenciás y sus conversaciones respiran el encanto de la confianza mútua, de la amistad fraternal y de la poesia dulce, y de las letras íntimas.

Horacio y Virgilio, Racine y Moliere no debian conversar más deliciosamente.

Se ama á Boccasio, y se venera á Petrarca.

XIX.

Apenas Boccasio hubo emprendido el camino de Florencia, cuando Petrarca, que no podia acostumbrarse á su ausencia, le suplicó que viniese á establecerse en su misma casa.

«Os habeis hecho infinitamente más estimable para mí, le escribia; ¿quereis saber la causa? Pues es que de todos mis antiguos amigos solo vos me quedais. Satisfaced mis deseos, venid. Ya conoceis mi casa; está bien situada; mi sociedad, no la hay mejor. Benintendi vendrá como lo tiene de costumbre á pasar las tardes con nosotros; nada encuentro más afectuoso y amable que su trato. Sus ocurrencias son graciosísimas, festivas y candorosas. ¿Y nuestro Donato

que por estar á nuestro lado ha dejado las colinas de la Toscana y fijado su residencia en las orillas del mar Adriático? ¿Conoceis en el mundo una alma más bella, un corazón más tierno y que mejor os ame? Podría citaros otros muchos, pero basta con estos. No apruebo una soledad absoluta: me parece contraria á la humanidad; pero á un hombre de letras y á un filósofo le basta poca gente, porque, en rigor, podría bastarse á sí mismo. Si Venecia no os acomoda por que temeis la destemplanza del otoño, nos iremos á Capo d'Istria, ó á Trieste de donde me escriben que los aires son muy sanos. Si aceptais este partido, buscaremos donde se encuentra el manantial del Timave, tan celebrado por los poetas y tan ignorado de los doctores, pero no en el Paduano, donde comunmente la colocan. Un verso de Lucano ha dado origen á este error, uniendo el Timave al Apono en los montes Euganeos.»

XX.

En esta época, poco más ó menos dirigió al nuevo papa Urbano V, pontífice que merecía todas sus simpatías, una carta verdaderamente ciceroniana suplicándole que restableciese la silla apostólica en Roma. Urbano V, hizo comentar y publicar esta carta de Petrarca como si

fuera un documento diplomático, y salió, al fin para Roma con toda su corte.

La muerte del hijo de Francesca Brossano amargó la alegría que experimentaba con la traslación de la Santa Sede á Roma

«¡Ay de mí! escribía al pié de aquella cuna vacía, este niño se parecía tan perfectamente á mí que cualquiera que no hubiese conocido á su madre, le hubiera creído hijo mío. Todavía no tenía un año, y ya se encontraban en la suya todos los rasgos de mi fisonomía. Este parecido le hacía más querido de su padre y de su madre, y hasta de Galeazo Visconti, de tal manera que él (el señor de Milan) que no derramó una sola lágrima sobre el cadáver de un hijo muy niño que se le murió, lloró al saber la muerte del mío. Yo también hubiera derramado muchas; pero me daba vergüenza pareciéndome que esta prueba de debilidad era impropia de mis años. Le he mandado erigir en Pavia un pequeño mausoleo de mármol, en el que he hecho grabar con letras de oro doce versos elejacos; cosa que no hubiese yo hecho por otro y que no quisiera que se hiciese por mí.»

Boccasio estaba en camino para visitar á Petrarca, cuando tuvo noticia de esta desgracia.

No es posible leer sin el más vivo interés la cariñosa carta que desde Pavia escribió á su amigo. El autor del *Decameron* no encontró á Petrarca en Pavia, pero sí á su yerno Brossano en el camino, é hizo una visita á Francesca,

á quien llama *Tulia* por alusion al nombre de la hija del antiguo Ciceron.

Hé aquí la carta.

«Mi querido maestro, salí de Certaldo el día 24 de Marzo para ir á buscaros á Venecia donde os encontrábais á la sazón. Lluvias incesantes, los discursos de mis amigos que no me querían dejar marchar, y el mal estado de los caminos segun noticias de las gentes que venían de Boloña, fueron cosas todas que me retuvieron tanto tiempo en Florencia, donde al fin supe que, por mi desgracia, habíais sido llamado de nuevo á Pavia. En poco estuvo que no renunciase á mi proyecto; pero ciertos negocios que algunos amigos me habian encargado, y sobre todo el deseo de ver á dos personas que os son muy queridas, vuestra *Tulia* y su esposo que yo no conocía todavía, me decidieron á ponerme en camino en cuanto el tiempo abonanzó. Encontré, por casualidad, en el camino á Francisco Brosano, quien ha debido deciros cuánta fué mi alegría. Despues de los cumplimientos de costumbre y de algunas preguntas que le dirijí acerca de vuestra persona, púseme á considerar su aventajada estatura, su tranquilo semblante y la dulzura de sus maneras y palabras. Admiré vuestra eleccion, y ¡cómo no admirar todo cuanto vos haceis! Por último, habiéndome separado de él, porque era ya preciso, me embarqué para Venecia. Desde el primer instante de mi llegada encontré á varios de nuestros compatriotas que

se disputaron sobre quién me alojaría durante vuestra ausencia, sobre todo nuestro Donato, que se enojó porque di la preferencia á Francisco Allegri con quien vine desde Florencia. Describiendo á todos estos detalles para justificarme de no haber aceptado en esta ocasion los amistosos ofrecimientos que me hicisteis en vuestra carta. Sabed, que aunque no hubiese encontrado amigos deseosos de alojarme en su casa, hubiera ido á parar á una posada antes que ir á casa de vuestra Tulia en ausencia de su marido. No dudo que aplaudireis mi manera de pensar en todo lo que os atañe; pero los demás no me conocen, como vos me conoceis. Mi edad, mis cabellos blancos y mi gordura, no me dan ciertamente el aspecto de un Adonis, y deberian, por lo tanto, alejar toda sospecha; pero yo conozco el mundo; sé que supone malicia hasta en las acciones más inocentes y se empeña en encontrar huellas allí donde nadie ha puesto los pies. Materia es esta muy delicada y en la cual frecuentemente un simple rumor escandaliza tanto como la verdad.

«Después de haber descansado fui á ver á vuestra Tulia. En cuanto me oyó nombrar salió á mi encuentro apresurada, como hubiera podido hacerlo tratándose de vos mismo; se sonrojó un poco al verme, y, bajando los ojos me hizo una honesta reverencia, luego me abrazó con filial y modesta ternura. ¡Cuánta fué mi satisfaccion! Comprendí que esos obsequios habian sido dispuestos

por vos, y me felicité por mereceros tan señalado aprecio. Despues de cumplir con las generalidades que son consiguientes en toda primer visita, nos sentamos en vuestro jardin con algunos amigos que nos acompañaban; entonces me ofreció vuestra casa, vuestros libros y todo cuanto os pertenece, instándome para que aceptase, con todo el calor y la decencia que su sexo permite.

En tanto que me hacia estos ofrecimientos, ví llegar vuestra niña muy amada, andando con un paso tan circunspecto y modesto como no era de esperar atendida su edad; me miró sonriendo antes de conocerme y yo la tomé en mis brazos colmado de alegría. Creí ver en ella la niña que perdí; se le parece mucho; si no me creéis, preguntádselo á Guillermo médico de Rávena, y nuestro Donato que la conocieron; os dirán que tiene el mismo semblante, la misma sonrisa y la misma alegría en los ojos; que en cuanto al gesto, el aspecto y la forma del cuerpo no es posible encontrar una cosa más parecida, con la sola diferencia de ser la vuestra un poco mayor. Tenía cinco años cuando Dios me la llevó. Prescindiendo de esta circunstancia no encuentro más diferencia entre ellas sino que la vuestra es rubia y que la mia tenía el cabello castaño. ¡Ay de mí! cuantas veces al besar á vuestra bien amada, hablando con ella y escuchando su charla infantil, he derramado lágrimas, que procuraba ocultar pensando en la que

he perdido! Harto conoceis el motivo de mi dolor.

«No acabaria nunca si os dijera todo lo que tengo que deciros de vuestro yerno, si os contara todas las pruebas de amistad que he recibido de él, todas las visitas que me ha hecho cuando vió que reusaba obstinadamente el alojarme en su casa, todas las comidas que me ha dado y como fueron estas. Solo os referiré un rasgo y este bastará! Sabía que yo soy pobre; nunca lo he ocultado; cuando me vió á punto de salir de Venecia (era muy tarde) me llamó aparte, en un rincon de su casa; y, viendo que á pesar de sus discursos, no podía hacerme aceptar las pruebas de su liberalidad, alargó sus manos de gigante para ponerme sobre mis brazos lo que me queria dar. Esto hecho, huyó apresuradamente diciéndome adios; dejándome confundido con su generosidad y reprendiéndole por la violencia que me hacía. Quiera Dios que pueda yo devolverle la recíproca!»

¡Qué encantadora familiaridad de detalles, de sentimientos y de imágenes domésticas en esta carta de Boccacio! ¡Cómo se reconoce en la naturalidad y en la sencillez este hombre de estilo delicado siempre y que solo pensaba y buscaba el encanto de escribir!

XXII.

La corte pontificia que echaba de menos la residencia, los palacios y los placeres no siempre honestos de Aviñon lanzaba destempladas invectivas contra Petrarca que habia ayudado tan poderosamente á su reinstalacion en Roma; pero el papa Urbano V, resuelto á dar á la Iglesia la misma capital que al mundo cristiano, le protejia contra sus enemigos, y le conjuraba en sus cartas que viniese á verle al Vaticano.

«Hace ya mucho tiempo le escribía este papa tan amante de las letras, que deseo veros, porque sois un hombre dotado de todas las virtudes y adornado de todas las ciencias; no debeis ignorarlo, y sin embargo no venis á verme. Venid; yo os daré el reposo del alma por el que tanto suspirais.»

«¡Podría yo, respondió el poeta, no desear ardientemente ver á un hombre que Dios ha suscitado para sacar la Iglesia de aquel fétido calabozo de Aviñon donde yacía encenagada? No me tendria por cristiano si no amase ¿qué digo amar? si no adorase al pontífice que tan señalado servicio nos ha hecho á la república y á mí. Pero cuando viérais á vuestros piés á un anciano débil y enfermo que solo puede aspirar

al ócio y al descanso, estoy seguro que me despediríais muy luego para mi casa.»

XXIII.

Por más que no tocase todavía en los límites de la caducidad humana, su salud estaba gravemente perturbada con accesos de fiebre intermitente que le atormentaban casi todos los años durante los meses de setiembre y octubre. Veía sin terror estas señales evidentes de su fin próximo. Hizo su testamento en el que dejaba muchos recuerdos póstumos á sus amigos, al uno sus caballos, al otro sus cuadros, á este sus libros, y al otro su breviario, á fin de que este manual de oraciones recordase á su amigo la necesidad de rezar por él; á Boccacio le dejó quinientos escudos de oro, á fin de que se comprase, dice, una capa de invierno para estudiar durante la noche. *¡Estoy avergonzado añadia, de dejar tan poca cosa á un hombre tan grande!*; á su yerno, Francisco Brossano, todo su caudal, y su casita de Vaclusa á un antiguo criado que cuidaba de ella.

XXIV.

Siéndole nocivos los aires de las riberas,

pantanosas del Pó, y con deseo de alargar sus dias y hallar un preservativo contra las calenturas otoñales que minaban su existencia, Petrarca se trasladó á las colinas enganeas, próximas á Pádua. Estas colinas se han hecho célebres más recientemente por las admirables cartas de Ugo Fóscolo, quien las describe amorosamente en su Werther italiano de *Jacopo Ortiz*. Hace poco tiempo que yo mismo las he visitado, en la estacion más favorable del año. En ellas permanecí embriagado con la lectura de los versos amorosos y relijiosos de Petrarca, que todos los ecos de aquellas encantadoras colinas parecian repetir en derredor de su sepulcro.

En el pueblecito, de *Arqua*, situado en la pendiente de una de estas colinas, se hizo construir su última morada en la tierra. La vista se estiende desde aquí hasta las lejanas playas del Adriático; el horizonte es inmenso y luminoso, como todos los horizontes que refleja el mar; la mirada se baña en el pálido azul del cielo. El pueblo fortificado de *Monte Felice*, forma pirámide á corta distancia en derredor de una montaña volcánica, cuyo cono hiende el firmamento y cuyas pendientes ennegrece el verde oscuro de los pinos; los campanarios, en forma de torres cuadradas, de las abadías ó de las populosas aldeas, se levantan en todas direcciones destacándose en medio de los bosques de moreras, y numerosos rebaños pastan en los prados ó pasan

por los caminos envueltos en espesas nubes de polvo. Es una verdadera escena de la Arcadia situada en la tierra firme de Venecia; el olor de las yerbas y de las resinas embalsaman el aire.

La distancia que separa Arqua de las grandes poblaciones libertaba á Petrarca de la importunidad de las visitas atraídas por la fama que alcanzaba su nombre. En este retiro podía contemplar la vida desde lejos, y esperar en paz la hora de su muerte. Su casa, que todavía existe, estaba rodeada de jardines, de huertas, dehi-gueras, de parras y de árboles frutales de todas clases.

XXV.

Sin embargo, la envidia no le dejaba descansar en su retiro. Una sociedad de filósofos Venecianos, que hasta entonces habian sido sus amigos ó sus discípulos, dieron en profesar, á resultas de sus frecuentes relaciones con el Oriente y la Grecia, un gran desprecio al cristianismo y un culto exajerado por las doctrinas de Aristóteles. Querian atraer á Petrarca á sus desvíos por las doctrinas científicas y racionalistas; como Aristóteles pedían á la ciencia y á la razon la esplicacion de los misterios de una y otra vida. Demasiado anciano y piadoso para discutir su culto, Petrarca se negó á entrar con

ellos en esta controversia. Ellos llamaron su piedad supersticion, y él llamó impiedad á su audacia. La discusion se envenenó, y el partido, muy numeroso de la filosofía veneciana sacrificó á Petrarca á Aristóteles. El poeta filósofo quedó aislado en su retiro de Arquá, con su yerno, su nieto, algunos servidores y sus libros.

La extenuacion de su cuerpo no había alcanzado ni con mucho á su alma, vivía con el recuerdo de Láura; este recuerdo parecía rejuvenecerse en su alma á medida que la vejez le alejaba de los tiempos de su amor. La memoria cada vez más viva y más penetrante de aquellos ó de aquellas á quien hemos amado en los hermosos años de nuestra juventud, son como apariciones sobrenaturales que la vida evoca al declinar de los años, para hacernos estimar más la existencia ó suspirar más intensamente por la mansion donde todo lo hemos de encontrar.

A su estancia sobre la colina de Arquá deben indudablemente referirse las poesías retrospectivas que dá de vez en cuando al viento de sus recuerdos como el árbol que se deshoja y entrega al viento del Otoño sus últimos frutos, que suelen ser los más sabrosos. Tales son los últimos sonetos de Petrarca. La muerte que se acerca arroja su sombra sobre el amor, y dá este sentimiento fugitivo de suyo, algo de la eternidad.

Ite rtme dolenti al duro sasso

Che il mio caro tesoro in terra asconde.....

«Id, oh! mis dolientes versos! hácia la piedra cruel que esconde bajo tierra mi tesoro; invocad allí á la que me responde desde el alto cielo, por más que la porcion mortal de su ser yazca en la oscuridad de las tinieblas.

«Decidla que estoy ya demasiado cansado de vivir, de navegar en este tormentoso mar de la vida, pero que ocupado en recojer sus sagrados vestigios camino detrás de ella pisando sus mismas pisadas.

«Pensando solo en ella viva ó muerta ¡qué digo! viva en otro tiempo y ahora trasfigurada y elevada por encima de la inmortalidad á fin de que el mundo tuviese ocasion de conocerla y de amarla.

«Que se digne ser amable y complaciente en mi paso de este mundo al otro, momento que felizmente se acerca; que salga al encuentro de mis pasos, y que la resurreccion, me llame y me atraiga, hácia ella en el cielo.»

XXVI.

Pocos dias despues considera los rápidos progresos de su caducidad, y se aumenta su impaciencia de ver rotos los lazos que le encadenan á la vida.

«!hO, dulce y adorada prenda que la muerte

me arrebató y que el cielo me guarda..... Tú que ves lo que por mí pasa que sufres conmigo el mal que me devora, tú que sola puedes trocar en beatitud tantos dolores que tu sombra al menos se me aparezca en sueños y que tu vision calme mis gemidos.

«Con aquella mano que yo tanto deseaba estrechar entre las mias enjuga las lágrimas de mis ojos, y el eco de su voz y sus dulces exhortaciones inundan mi alma de un bienestar que ningun hombre mortal experimentó.

«Cesa de llorar, me dice, ¿no has llorado ya bastante? ¡Que no estuvieras realmente vivo como yo no estoy muerta....!

«Y me tranquilizo, continua en otro soneto, y me consuelo hablando conmigo mismo, no quisiera por ningun precio volverla á ver en este infierno que llaman vida: ¡No; prefiero morir ó vivir solo!»

Muy luego, los sonetos le parecen una urna demasiado estrecha para contener sus lágrimas, sus esperanzas y sus plegarias, y las deja desbordarse en esos ditirambos de amor, de piedad y de dolor, que se llaman sus *Canzones* sobre la muerte de Láura.

«Mas luego los compendia de nuevo en sonetos como el siguiente en el que su alma se reduce á la medida de algunos versos como la luz en el diamante.

Volo coll' ali de miei pensieri, etc.

«Vuelo tantas veces hácia el cielo con las alas

de mis pensamientos, que me parece ser uno de los que habitan la celeste mansion despues de haber dejado en la mísera envoltura, y á cada paso siento mi corazon estremecerse oyendo aquella que tantas veces me hizo palidecer, que me dice: ¡Amigo, ahora te amo, ahora te honro, porque con la nieve de tu cabellera has cambiado al fin de vida!

«Me coje de la mano y me conduce hácia el trono de Dios, su Señor. Entonces inclino la cabeza y le suplico humildemente que me permita permanecer allí, y contemplar el uno y el otro semblante.

XXVII.

Despues de estas santificaciones del amor por la separacion y por la piedad complácese a'gunas veces, como para dar descanso á las lágrimas de sus ojos en representarse á Láura en la primavera de su juventud.

«Alma dichosa! esclama, que inclina tan amorosamente sus ojos más resplandecientes que la luz, y que hace llegar á mis oidos suspiros y palabras tan penetrantes que me parece su acento resuena todavia en mi alma!

«¿Eres tú, á quien yo ví en otro tiempo, encendida en una honesta y pura llama, vagar entre el césped y las violetas, andando no como una mujer sino como se mueven los ángeles; fan-

tasma de aquella que jamás estuvo tan presente como ahora á mis ojos.....? Desde el dia que bajastes al sepulcro, la muerte me pareció dulce cosa!»

XXVIII.

Asi corrian entre recuerdos y suspiros transformados en versos al salir de su corazon, los últimos y serenos dias de aquel grande hombre.

«He construido, escribe en esta época á uno de sus amigos, una casa pequeña y decente sobre las colinas euganeas, donde espero el término de mis dias prefiriendo la libertad á todo.»

Ya solo escribía sonetos á Láura, himnos al cielo y algunas cartas á su amigo Boccacio en Florencia.

La calentura otoñal á penas si le dejaba un momento de reposo: mas encontraba un secreto placer en consumirse como una llama.

Su sola ocupacion hasta su último dia, era el estudio de Ciceron y de Virgilio; estos dos hombres, eran, con Homero, y segun yo, los tres ejemplares más perfectos de la especie humana, sociedad inmortal la cual se reanuda con ellos la conversacion en otra parte.

«¡Adios mis amigos! adios mis correspondencias en la tierra!» escribia pocos dias antes de su muerte.

Su tránsito fué dulce, poético amoroso y santo como su vida.

En la noche del 18 de Julio de 1374, se levantó como tenia por costumbre antes del amanecer y se arrodilló, sin duda para orar, delante de su mesa de escribir. Un volúmen de Virgilio, copiado todo de su propio puño y letra, estaba abierto delante de él; escribió en uno de los márgenes algunas líneas, que entonces pasaron desapercibidas, pero que más tarde fueron descubiertas en Milan; era un recuerdo aniversario de su amor, convertido en piedad, por Láura, una nota para su corazon..... inclinó la frente sobre la nota y sobre el libro y quedóse dormido con el último sueño....

¡Qué muerte y qué almohada! entre el poeta que amaba sobre todos los hombres, y el nombre de la mujer que adoraba sobre todos los espíritus celestes, y que iba á encontrar al fin, en la casa eterna de su Dios!

Sorprendidos sus criados de no verle bajar segun su costumbre al jardin para leer los *Matinés* en su breviario, entraron en su aposento, y creyéronle dormido.

Dormia, sí; pero el sueño de la inmortalidad.

XXIX.

Venecia, Pádua, Milan, toda la Italia occidental se conmovió al recibir la noticia de su

muerte, como si hubiera percibido el estremecimiento que produce la caída de un gran monumento. Sus funerales fueron réjios; todos los príncipes, todas las repúblicas de la Italia, y sobre todo las letras, asistieron á ellos representados por ilustres personajes.

Su yerno, verdadero hijo de adopción para él, le hizo construir, frente á la pequeña iglesia de Arqua, un sepulcro de mármol blanco, sostenido sobre cuatro pequeñas columnas. Mandó grabar en él un tierno y modesto epitafio en latín, en el cual no se pedía la gloria para el ilustre finado, sino paz y misericordia.

Boccacio, informado de su muerte por Francisco Brossano y por Francesca, la hija de Petrarca, les escribió una carta de pésame, que se encuentra en sus obras.

La carta dice así:

«Al leer vuestro nombre he adivinado desde luego el motivo de vuestra carta. Ya sabia yo por el público rumor el dichoso tránsito de nuestro maestro desde la Babilonia terrestre á la celeste Jerusalem. Mi primera intención fué dirigirme á esa para despedirme de mi padre sobre su sepulcro, y llorarle con vosotros; pero desde que esplico aquí, en público, la *Divina Comedia* del Dante, hace de esto unos diez meses, padezco una enfermedad de languidez, que me ha debilitado en términos, de que si me viérais, no me reconoceríais. Ya no tengo aquellas carnes y aquel buen color con que me habeis visto en Ve-

necia. Estoy sumamente flaco, y mi vista no menos debilitada; las manos me tiemblan y las rodillas se me doblan; apenas si pude arrastrarme hasta mi casa de campo de Certaldo, donde languidezco. Despues de leida vuestra carta, he llorada todavía una noche entera á mi querido maestro: no de lástima sobre él, (sus costumbres, sus ayunos, su piedad y sus oraciones, no no me permiten dudar de su salvacion) sino por mí y por sus amigos, á quienes ha dejado en este mundo como un navío sin piloto en una mar agitada. Deduzco de mi dolor cual será el vuestro y el de Tulia, mi querida hermana y vuestra digna esposa, á quien os ruego consoleis de tan dolorosa pérdida, que no debió sorprenderla. Las mujeres, más flacas que nosotros en estas ocasiones, necesitan nuestros consejos.

«Envidio á Arquia la dicha de poseer los despojos mortales de un hombre, cuyo corazon era la mansion de las musas y el santuario de la filosofía, de la elocuencia y de las bellas artes. Ese pueblecito, apenas conocido en Pádua, será famoso en el mundo entero; se le respetará como respetamos el monte Pausilipo, que guarda las cenizas de Virjilio; y las playas del Ponto-Eurino, porque en ellas se vé el sepulcro de Ovidio; Esmirna, porque se cree que allí murió y fué sepultado Homero. El navegante que venga del Océano cargado de riquezas, al surcar las ólas del Adriático, se prosternará en cuanto descubra los montes Euganeos. Esas montañas, dirá,

guardan en sus entrañas al gran poeta, gloria del mundo. ¡Oh, Florencia! desdichada pátria, no has merecido tan señalado honor! Has descuidado atraer á tu seno aquel de tus hijos que más te ha ilustrado. Le hubieras acogido si hubiese sido capaz de traicion, de avaricia, de envidia, de ingratitud y de todo género de crímenes. Hé aquí puesto en accion el proverbio que dice: *Nadie es profeta en su pátria.*

«Decisme que quereis erijirle un mausoleo; apruebo el proyecto; mas permitidme haceros una observacion; y es, que el sepulcro de los grandes hombres debe quedar ignorado ó corresponder por su magnificencia á su renombre. ¡Que la Italia entera sea el sepulcro de Petrarca!»

XXX.

Desde la fecha de esta carta, Boccacio ya solo vivió una dulce agonía, que le condujo al sepulcro.

En aquellos tiempos la amistad era una verdadera pasión entre las inteligencias capaces de comprenderse; se moría de pesar, como hoy se muere de envidia.

Recojiéronse y se esparcieron con profusion todas las obras y todas las correspondencias de aquel hombre divino. El nombre de Laura se difundió durante cinco siglos con sus versos; hoy

todavía vive como entonces en la memoria de los hombres. Jamás mujer alguna tuvo por monumento un corazón como aquel, ni un genio que la cantase en tales versos.

Pero si Láura de Noves debe su inmortalidad á su poeta, el poeta debe verdaderamente la suya á su amor. Por más que todas las obras de aquel gran genio sean casi perfectas y tan dignas de la antigüedad como de la posteridad, sin sus cantos ¿quién se acordaría de los poemas, de las negociaciones, de los discursos y de las obras latinas del poeta de Vauclusa? En una palabra, si Petrarca solo hubiese tenido genio, ¿qué sería? Mas tuvo alma y se hizo inmortal. El alma es el principio de toda gloria duradera así en las letras como en todos los actos de los verdaderos grandes hombres. Jamás esta verdad se hizo más evidente que lo es en el renombre de Petrarca, renombre que solo cesará de irradiar en los corazones cuando el manantial de la *Sorgues* cese de correr ó cuando los peregrinos de Arqua dejen de ir á visitar el sepulcro y la casa del poeta.

Es así que el manantial cae eternamente de su gruta, y que los peregrinos se renuevan sin cesar como las hojas de los árboles, en la colina euganea de Arqua ¿Qué iman existe, pues, en aquella piedra; sobre aquella colina, ó en aquella casita de aldea, que así atrae desde mil leguas y durante mil años el corazón y los pasos de las generaciones?

XXXI.

Estando escribiendo estas líneas llega á mi mano un pequeño libro italiano de *Ugo Fóscolo*, intitulado, *Cartas de Orliz*. Ugo Fóscolo que escribió este caprichoso y patético volúmen en 1809, fué un génio avortado en la miseria y en la proscripción, que participaba á la vez del *Dante*, de *Gœthe*, de *Byron*, y de *Petrarca*: adusto y sombrío como el Dante, melancólico como Gæthe, áspero como Byron y enamorado como Petrarca.

El tambien fué, algun tiempo antes que yo, á visitar la tumba de Arqua, y puso en las colinas euganeas próximas á su pátria, las escenas de su poema en prosa titulado *Jacobo Orliz*. Hé aquí como describe en una de sus cartas á su amiga Teresa, sus impresiones en Arqua, que son las mismas que nosotros hemos experimentado:

«Al ver mi melancolía, Teresa cambió de acento y trató de sonreir «¿Algun dulce recuerdo, sin duda?» me preguntó interpretando con esta interrogacion mi silencio. Luego inclinó la mirada, y yo no me atreví á responder....

«Nos acercábamos á Arqua y bajábamos la suave y verde pendiente de la colina hácia la aldea. Las cabañas que poco antes divisábamos

diseminadas por los valles inferiores, se desvanecían ya entre el humo y los vapores de la noche. Nos encontramos al fin en un camino hondo, en una de cuyas orillas crecían vistosos álamos cuyas ramas movidas por las brisas del otoño, dejaban caer sus hojas amarillentas sobre nuestra cabeza; en la otra dábanos sombra una hilera de corpulentas encinas, cuyas oscuras hojas contrastaban con el pálido follaje de los álamos. De trecho en trecho las dos hileras de árboles estaban unidas por parras silvestres que formaban otras tantas guirnaldas muellemente balanceadas por la brisa de la mañana.

Teresa levantó la frente y paseó en su derredor una mirada melancólica.

«¡Oh! cuantas veces exclamó, me he recostado sobre este menudo césped á la sombra de estas encinas! Venía aquí á pasar el verano con mi madre.....

Quedó silencioso; detuvo el paso, y volvió la cabeza como para esperar á Isabelina que se había quedado un poco atrás. Me pareció que su intencion había sido ocultar algunas lágrimas que sus ojos no podían contener.....

Continuamos nuestra peregrinacion hasta que vimos aparecer á lo léjos la casita blanca que albergó *aquel grande hombre para cuya fama el mundo es estrecho, y por quien el nombre de Láura obtuvo honores casi divinos.*

Acerquémeme á ella como si bubiera ido para arrodillarme junto al sepulcro de mis padres.

La casa, que debiera ser sagrada como un templo de aquel que fué el más grande de los hijos de Italia se encuentra medio arruinada por la impía negligencia de los que poseen en su pueblo tan inapreciable tesoro. En vano llega el viajero de lejanos países para descubrir su frente con piadosa devoción en el aposento donde resonaron los cantos verdaderamente divinos de Petrarca; pues solo encontrará un montón de escombros cubiertos de ortigas y amarillentos jaramagos entre los cuales los zorros han abierto su madriguera. ¡Oh, Italia! aplaca los manes de los hombres que te hicieron tan gloriosa! ¡Ah! Torcuato Tasso, después de haber vivido cuarenta y siete años en medio del desprecio de los cortesanos y del orgullo de los príncipes; encarcelado unas veces, otras errante, vagabundo, siempre triste, melancólico, enfermo é indigente, se recostó en su lecho de muerte, y escribió al exhalar su último suspiro:

—No me quejo de la malicia de la suerte, por no decir de la ingrati'tud de los hombres. Quisieron gozarse en la infame gloria de llevarme hecho un mendigo, como Homero, hasta mi sepultura!

«¡Oh! caro Lorenzo, estas palabras resuenan siempre en mi corazón, y me parece que conozco alguno que acaso morirá un día como el Tasso y repitiendo sus mismas palabras.»

Ugo Fóscolo bablaba de sí mismo en esta circunstancia; su triste presentimiento se reali-

zó. Murió todavía jóven en Lóndres, desterrado y viviendo en la indigencia con el fruto de un trabajo mercenario. ¡Vergüenza á la Italia que lo dejó morir en la miseria!

«Entre tanto, continúa, me retiré con el alma llena de armonia y de amor, recitando la *canzone* de Petrarca: *Chiare fresche dolci aque!* y el soneto; *Di pensier in pensier, di mole in monte*, y otras muchas composiciones que mi memoria sujeria á mi pobre corazon entre los muros y bajo los árboles donde fueron escritas.»

He citado con delicia esta carta de Ugo Fóscolo, porque he encontrado en ella mis propias impresiones, escritas por un grande escritor que tenia, como yo, la idolatria de las grandes almas, las más grandes por que son las más sensibles.

XXXII.

Y ahora, antes de acabar, démonos cuenta del vibrante poder y larga estabilidad de una conviccion experimentada por un alma y transmitida por la misma á millones de almas durante largos siglos en esta tierra (y, ¿quién sabe si en otro sitio? porque ¿quién puede decir donde acaba el éco de las almas antes ó despues de la tumba?) Esta es la mayor y mejor leccion de espiritualismo que se puede dar á aquellos

que examinan con profundidad los fenómenos humanos.

Hé aquí, en una pequeña ciudad sacerdotal, asentada en las orillas del Ródano, un joven levita de Florencia que entra una mañana, al amanecer, en la iglesia de un monasterio para asistir devotamente á los divinos oficios que conmemoran la pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

Alza la vista distraido, y su mirada se fija por casualidad, ó por predestinacion, en una joven vestida con un traje de terciopelo verde, bordado en oro. La fisonomía modesta é impresa de una celestial dulzura de aquella joven desposada, le deslumbra hasta causarle un vértigo. Su alma se desborda toda entera por sus ojos, y se estiende como una atmósfera de fuego sobre aquella encantadora vision. Inflámase, no de un deseo carnal y culpable, sino de una admiracion y de una adoracion que no es en él sino el culto de la belleza increada. Regresa é su casa; procura borrar de su mente aquella imágen, y no puede conseguirlo; es la fascinacion el sortilegio de la belleza, que ningun género de exorcismo puede disipar; es la vision del cielo sobre el rostro de una muger; es la hoguera encendida que jamás se apagará. Respeta aquella joven esposa, se respeta á sí mismo y respeta su estado medio religioso; y sobre todo respeta aquella castidad de esposa honesta, que si desapareciera de sus ojos y de su cándida frente le arrebatara-

ria el complemento de toda belleza, es decir, la virtud.

Conságrase solamente á verla, á seguirla y á celebrarla como una divinidad visible durante toda su vida. Su amor se convierte en génio por efecto de la constancia del jóven poeta, en buscar, entre dos lenguas que luchaban entonces, el latin y el italiano, las espresiones los ritmos y las imágenes más espresivas para honrar eternamente á la que ama. Elije el italiano á fin de que el nombre de su ídolo tenga mayor eco entre la muchedumbre y dé á ese nombre la inmortalidad de la popularidad. ¡Crea una lengua para cantarla!

XXXIII.

Sus sonetos se convierten al nacer, en proverbios de las almas. El nombre de Láura de Noves se estiende desde Aviñon y Vauclusa en Francia y en Italia, como si un éco invisible lo hubiese dejado caer del firmamento y enseñado á los hombres á pronunciarlo. La misma Láura se convierte en una cosa sagrada, en un mito del amor.

Su amante, ó su Platon se retira á la soledad de Vauclusa, á cierta distancia de esta incomparable mujer, para no abrasarse en ella como la mariposa en la llama: la sigue, la observa durante veinte años en todos los períodos de su

vida como esposa y como madre, pero solo con los ojos del alma. Ella muere, su poeta la sobrevive pero su alma la sigue en el cielo, y encuentra en su viudez, acentos de una melancolía piadosa que santifican su luto.

Los sonetos en que dá rienda suelta á sus lágrimas son como *salmos* del amor humano y divino.

El poeta abandona la Francia, cuando ya su Láura no existe y vaga errante por Italia de soledad en soledad, sin tomar á penas parte en los acontecimientos políticos ó religiosos de su época, indiferente á todo, desimpresionado de todo escepto á los recuerdos de la belleza que encontró en su peregrinacion por la tierra, y que vuelve á ver en las perspectivas de la inmortalidad como el más dulce el más hermoso y el más radioso destello de la divinidad.

Alcanza dilatados años, y muere con la frente y los lábios sellados sobre su nombre que acaba de escribir antes de que su mano se yele y se seque en el sepulcro.

XXXIV.

¿Qué hay de extraordinario en todo esto, en ese joven levita, en esa hermosa desposada, en esos sonetos escritos bajo la bóveda de una gruta, dados luego á las brisas de la Sorga y recogidos por los enamorados de Aviñon, que sea de

naturaleza á perpetuar su repercusion y su sonido á través de los siglos? ¡Nada!; nada, si se esceptua una alma, una alma poderosa, sonora, melodiosa, y profundamente impresionable; una alma que vive en cada uno de sus recuerdos, que canta en cada uno de sus versos, que llora, espera ú ora en cada una de las notas del clavicordio de las almas; y esa nada es bastante para que el mundo se llene para siempre de los nombres de Láura y de Petrarca como se llenó con los nombres de los grandes capitanes que han conquistado el mundo al frente de sus ejércitos.

Hay celebridades para los oidos del vulgo como las hay para los corazones celestes de la tierra; estas últimas producen menos ruido, pero son amadas, más sagradas, y más consanguinas, si así puede decirse, á nuestro propio corazon. Su génio es su sensibilidad; les ha bastado sentir con intensidad y amar divinamente para trasformarse en potencias de sentimiento; un cerrar y abrir de ojos ha fijado su destino. Y si estas sensibilidades profundas, y delicadas como la de Petrarca, han sido dotadas por la naturaleza y por el arte del don de espresar con vigor, gracia, naturalidad y armonía su entusiasmo, de cantar sus suspiros, de modular sus lágrimas, de confundir su pasion profana por una criatura divinizada con esta pasion santa por la eterna belleza que se transforma en santidad de pasion, entonces, estas almas se apoderan del

mundo por derecho de consonancia con todo lo que siente, sufre ó ama, como ellas amaron; porque el corazon del hombre ha sido hecho sonoro como el bronce ó como el cristal; vibra unísono con todos los otros corazones formados de la misma arcilla y susceptibles de los mismos acordes en el concierto universal de las sensaciones.

XXXV.

De todas esas almas consonantes con las otras almas formadas para la más divina funcion del alma, AMAR. Petrarca es, á juicio mio, la más cabalmente inmortal de la tierra por sus cantos. Su sentimiento es sincero, su ficcion es una historia; sus entusiasmos ó sus gemidos no son declamaciones sino suspiros; sus lágrimas no brotan de la fuente antigua de Castalia, sino de sus ojos y tiene la sal y el amargo de las verdaderas lágrimas humanas. Sus versos sobrios de imágenes, pero nuevos en la espresion, salen en corto número, no de su pluma sino de su corazon que se repercutó sobre la página.

La música de sus sonetos se asemeja á majestuosos y sonoros murmullos de la gruta de Vauclusa, que proceden del abismo, que retumban sordamente, que llenan el alma, que la turban y que la calman como écos subterráneos de los misterios de Dios.

La lengua en la cual fluyen estos versos, parece no haber sido compuesta ni para los hombres, ni para los espíritus emancipados de su cuerpo; es una lengua entre el cielo y la tierra, comprendida igualmente allí y aquí que toma de la tierra los ecos de la pasión y del dolor, y del cielo la esperanza y la serenidad.

Ni Homero, ni Virgilio, ni Horacio, ni Tibullo, ni Milton, ni Racine tienen versos semejantes, porque ninguno de ellos amó ni oró tanto. Solamente David tiene versos de esta estructura en sus Salmos.

Para todo hombre sensible que lee y comprende los sonetos de Petrarca en la lengua en que han sido llorados y gemidos, los sonetos del poeta de Vaclusa son un manual que debe ser llevado sobre el corazón ó en la memoria como un confidente ó un consuelo en todas las vicisitudes de los afectos humanos; calman como los versículos de la *Imitacion*, y además encantan con melodías interiores siempre en concordancia con el sonido y el sentido. Es una música, que ama y que reza en todas sus notas; es el salterio del amor y de la muerte en la tierra, el de la reunion y de la inmortalidad en el cielo: es ¡Petrarca!

Dichosa Italia de haber tenido ese salmista. Desdichada Italia que lo olvida hoy para deificar hombres cuyas epopeyas bárbaras, y tragedias declamadoras, no valen uno de los sonetos de ese David de Vaclusa.

